



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Uso del cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas en “Las Venus”: la ficha
como circuito de comercio *sexo-erótico* en San Cristóbal de Las Casas,
Chiapas

T E S I S
QUE PARA OPTAR AL GRADO DE
MAESTRO (A) EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

P R E S E N T A

Diana Monserrat González Lozano

DIRECTOR (A) DE TESIS

Dra. Hiroko Asakura

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas; Febrero, 2019



2018

Uso del cuerpo de las mujeres
ficheras/bailarinas en “Las Venus”: La
ficha como circuito de comercio sexo-
erótico en San Cristóbal de Las Casas,
Chiapas

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:

El inicio del camino en el mundo de la ficha.....14

I. Una aproximación a la ficha como trabajo sexo-erótico.....37

CAPÍTULO 1

Transposiciones: la lógica del sin sentido etnográfico.....41

CAPÍTULO 2

“Las Venus” como espacio erotópico en San Cristóbal de Las Casas.....50

CAPÍTULO 3

La fábrica del deseo en “Las Venus”.....75

3.1 El proceso de metamorfosis entre el cuerpo y la ficha.....87

3.1.2 Sistema de pago: la ficha como mediación entre el cuerpo y el valor.....90

3.2 La fabrilización como sistema organizativo crono-arquitectónico.....92

3.3 De noches y cuerpos en “Las Venus” la producción escénica del cuerpo y el
performance.....100

CAPÍTULO 4

Microhistorias del cuerpo en “Las Venus”.....107

4.1 Esmeralda.....115

4.2 Alyssa.....123

4.3 Gala.....129

4.4 Cristina.....133

4.5 Nadia137

CONCLUSIONES	141
i. Habitar el margen: el cuerpo marginal.....	149
ii. Ciudadanía sexual.....	156

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Ubicación en la zona urbana de establecimientos etnografiados en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.	58
Mapa 2. Zona de tolerancia en San Cristóbal de Las Casas.....	62
Mapa 3. Distribución de zonas en “Las Venus”.....	70

Todo el amor y cariño para mis padres *Virginia Lozano Cortés* y *Guillermo González Becerril*, quienes me han apoyado y acompañado incansablemente durante todo este camino.

AGRADECIMIENTOS

Parto de la idea de que el presente trabajo surge como resultado de una andanza que me ha llevado a encuentros devenidos en experiencias, amistades y aprendizajes que han quedado marcados a modo de rompecabezas, ya que cada parte es importante y en conjunto construyen un todo.

Agradezco a la antropología por siempre alentarme al ejercicio y la pasión por alejarme de mí misma, que me ha permitido conocer realidades tan diversas. Este documento no habría sido posible sin el infinito apoyo de mi directora, la Dra. Hiroko Asakura, quien con paciencia se mostró siempre firme a darle seguimiento a la presente investigación, a pesar de los titubeos y obstáculos que supone todo proyecto de dos años.

Así mismo, me siento agradecida con mis compañeros de la maestría, con el apoyo de CONACYT, de CIESAS y con los profesores Edith Kauffer, Araceli Burquette, Carolina Rivera, Witold Jacorzynski, Hanna Laako, Carmen Fernández, Cecilia Sheridan, Gabriela Robledo, Shinji Hirai, José Juan Olvera, Sergio Meneses, Dolores Palomo, Aaron Polack, y Rubén Muñoz, quienes formaron parte de este aprendizaje y a través de sus críticas y recomendaciones fortalecieron mi carácter y mi ímpetu por forjar una mente crítica.

Dedico también un agradecimiento especial al profesor José Luis Escalona, quien como profesor tiene la facultad de inspirar siempre con reflexiones apasionantes que en numerosas ocasiones me sacaron del embote. Las ideas devenidas de las discusiones con él son parte fundamental del desarrollo de este proyecto.

Agradezco al profesor Juan Blasco, quien con gran apertura y disposición me apoyó para conocer el contexto previo del trabajo sexual en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, y a partir de eso se forjó una linda amistad.

Agradezco a Miguel Paz, que me brindó su apoyo compartiéndome datos sobre la migración centroamericana, y quien es un hombre comprometido con las personas migrantes.

Agradezco al comité de tesis, Claudia Salinas, Carolina Rivera y José Luis Escalona.

Agradezco infinitamente a mis compañeras de trabajo, cuyos nombres permanecerán en anonimato, pero ocupan un espacio importante que forma parte de mi persona. En esencia, este trabajo está dedicado a ellas, todas mujeres fuertes, alegres y cariñosas que luchan día y noche. A ‘la mami’, chicos de seguridad, *DJ* y a Abraham (gerente) por permitirme entrar en ese mundo.

A mi querida amiga Lisbeth Chávez, a quien tuve la oportunidad de conocer gracias a la maestría y compartir una bella amistad.

A Geraldine Padilla, Marina Acero, Ed Ruiz, Alicia Ríos, Benjamín Sandoval, Carlos Cueto, Reynaldo Moshan, y Aldo Gutiérrez, quienes fueron mis redes de apoyo y compañía durante mi estancia en San Cristóbal de Las Casas, y sobre todo durante el tiempo que realicé el trabajo de campo.

A quien nunca dejaré de agradecer, Arturo Ignacio Arce Quiroz.

LANZAR LOS DADOS

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.

De otra forma ni siquiera comiences.

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.

Esto puede significar perder novia (o) s,

esposas,

parientes,

trabajos y,

quizá tu cordura.

Ve hasta el final.

Esto puede significar no comer por tres o cuatro días.

Esto puede significar congelarse en la banca de un parque.

Esto puede significar la cárcel.

Esto puede significar burlas, escarnios, soledad...

La soledad es un regalo.

Los demás son una prueba de tu insistencia, o

de cuánto quieres realmente hacerlo.

Y lo harás,

a pesar del rechazo y de las desventajas,

y será mejor que cualquier cosa que hayas imaginado.

Si vas a intentarlo, ve hasta el final.

No hay otro sentimiento como ese.

Estarás a solas con los dioses

y las noches se encenderán con fuego.

Hazlo, hazlo, hazlo.

Hazlo.

Hasta el final,
hasta el final.

Llevarás la vida directo a la perfecta carcajada.

Es la única buena lucha que hay.

Charles Bukowski (traducción al español).

ROLL THE DICE

If you're going to try, go all the
way.

Otherwise, don't even start.

If you're going to try, go all the
way. This could mean losing girlfriends,
wives, relatives, jobs and
maybe your mind.

Go all the way.

It could mean not eating for three or
four days.

It could mean freezing on a
park bench.

It could mean jail,

It could mean derision,
mockery,
isolation.

Isolation is the gift,
all the others are a test of your
endurance, of
how much you really want to
do it.

And you'll do it
despite rejection and the
worst odds
and it will be better than
anything else
you can imagine.

If you're going to try,
go all the way.
There is no other feeling like
that.
You will be alone with the
gods
and the nights will flame with
fire.
Do it, do it, do it.
Do it.
All the way
all the way.
You will ride life straight to
perfect laughter,
it's the only good fight
there is.

Charles Bukowski (texto original en inglés).

Introducción: El inicio del camino en el mundo de la ficha

El presente texto corresponde a un ir y venir de maneras de organizar las ideas que componen la totalidad de mi proceso de investigación. La versión que puede leerse ahora quizá difiere exponencialmente de intentos anteriores de presentar el tema debido a la transformación de mi experiencia a lo largo de dos años adentrada en este trabajo. Así que finalmente he tomado como solución “comenzar por el principio”, en afán de dar un sentido lógico a lo que en tanto vivencia fue en vez de inteligible, rebasada por el caos al confrontar la realidad social del tema de investigación.

En otras palabras, con “comenzar con el principio” me refiero al esfuerzo por presentar una narrativa de tipo auto-etnográfico¹, que se hila en sentido cronológico de las vivencias durante el proceso de investigación, cuyo objetivo es situar —posicionar o contextualizar— la experiencia de modo que la información contenida en este escrito sea tejida en un curso más natural y fluido, esperando superar las fragmentaciones, desarticulaciones y discontinuidades que puede presentar un texto creado a partir de pedazos que después se unen para dar un producto final.

Mi interés, por tanto, sería el de aportar información etnográfica que no esté exenta de la experiencia misma, o en otras palabras enfatizar la auto-etnografía como método de investigación.

¹ De antemano, se puede inferir la etnografía como tautología de la auto-etnografía al considerar que no hay etnografía que no conlleve la experiencia propia del investigador. Aquí propongo dar énfasis a la auto-etnografía como “ejercicio consciente” de esta relación (cuerpo-investigación) que se plasma en un particular estilo narrativo que deja en claro que la interpretación está mediada por la experiencia y apreciación, en este caso de la autora ante el fenómeno de estudio. Asimismo, la relevancia que adquiere el cuerpo en la auto-etnografía es muy importante, pues conlleva a un proceso no sólo autoreflexivo, sino experimental. Es decir, se hace uso del cuerpo como espacio de experimentación.

Basada en Ellis (2003), Blanco (2004) menciona que otra de las características del método auto-etnográfico consiste en la creación de un género narrativo. Desde mi perspectiva, la narrativa auto-etnográfica define más que un paisaje coherente, una serie de subjetividades que surgen al adentrarse al mundo de lo social a través del cuerpo mismo, ya que es una manera de conectar lo personal con lo cultural (Ellis, 2003 citado en Blanco, 2004).

Un enfoque metodológico precursor de la auto-etnografía sería como lo que Esteban denomina como “antropología encarnada” que consiste en: “el ejercicio consciente y explícito de la interconexión entre la experiencia corporal propia y la investigación” (Esteban, 2004:3). Por lo que entiendo la auto-etnografía como un estilo intencional de narrar lo acontecido a través de la incursión directa o encarnada del objeto de estudio, pero a su vez como un estilo narrativo en el que el mismo autor se expone para ser a su vez sujeto de interpretación en su propia narrativa.

Bourdieu nos recordó que aprendemos con el cuerpo, ya que el cuerpo se somete a una confrontación permanente del orden social, siendo así necesario o enriquecedor apearse a un método que permita la inmersión absoluta al cosmos de estudio para tratar de comprender² lo que los otros hacen a partir de la experiencia propia (Wacquant, 2006).

Por lo que, de manera breve, me adelanto únicamente a mencionar que la experiencia que relato fue a partir de la incursión directa como trabajadora en un centro nocturno de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. Mi estatus dentro de este espacio fue de tipo encubierto³, de modo que la información personal, tales como los nombres de las personas con las que interactué, se encuentra modificada. Respecto a los lugares como centros nocturnos, cantinas y centros

² Aquí entiendo por “comprensión” no como el acto de percibir lo mismo que los demás, sino como la interpretación propia del sujeto que vive una experiencia compartida.

³ A lo largo de esta narrativa el lector podrá descubrir los motivos que me llevaron a la elección de esta estrategia.

botaneros, sólo aquellos nombres en los que llevé a cabo una etnografía densa fueron alterados, otros, en los que no muestro más que información superficial, se presentan bajo su nombre real.

Procedo entonces a mencionar que, con este trabajo, se propone resolver la siguiente pregunta de investigación: ¿qué significado adquiere el uso del cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas en el circuito de producción del espectáculo en “Las Venus” inmerso en un proceso —vinculado a la modernidad— de mercantilización del erotismo en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas?

Por lo que los objetivos se desglosan en los siguientes tres puntos:

1. Comprender cómo se instaura el orden social e institucionalizado en la arquitectura urbana de San Cristóbal de Las Casas en los cuerpos adscritos al comercio sexo-erótico dentro de la “zona de tolerancia”.
2. Describir la práctica de la ficha como circuito comercial, fabril y teatral en la dimensión espacio-temporal, cuyo objetivo económico es la transformación del cuerpo en erotismo y sexualidad, así como la forma en la que las mujeres ficheras/bailarinas participan en este proceso como actrices protagónicas del cuerpo del deseo.
3. Analizar distintas relaciones de poder que atraviesan el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas, y cómo éstas adquieren un sentido biográfico que remite a la experiencia del trabajo en el ambiente de la ficha, configurando una tensión entre la estructura y la estrategia.

De manera general las primeras páginas las dedico a hacer un repaso sobre el camino que me llevó primero a elegir el tema sobre la ficha como actividad laboral femenina⁴.

⁴ Actualmente el comercio de la ficha se ha diversificado en cuanto a los actores que la llevan a cabo. De tal manera, que en bares, cantinas y centros botaneros es posible encontrar a personas transgénero,

Quizá se preguntará el lector en qué momento me topé con el tema de la ficha. Pues bien, en esta parte introductoria trazaré un recorrido por las experiencias que me fueron llevando a descubrir el comercio de la ficha, cuando en los primeros meses de la maestría me inclinaba hacia los temas de género, migración, cuerpo y violencia. Partiendo de dichas categorías, aún tan limitadas y sin una forma concreta o aterrizada hacia un fenómeno en particular, comencé a recorrer el camino de los temas a elegir dentro de estos campos de interés, procedentes de mi formación como antropóloga física.

Cabe destacar que desde la licenciatura “el cuerpo” concebido desde la perspectiva fenomenológica de Merleau Ponty (1945)⁵, así como otros enfoques que van de la mano como el de Goffman⁶, se convirtieron tanto en mi pasión como en mi obsesión.

Anteriormente, ya había descubierto la figura de la mujer fichera en la Ciudad de México, en una cantina de la zona centro que era de un estilo muy “español”: en la cantina Dos Naciones, “museo de tragos y arrabal”, una cantina que sus dueños autodefinieron como cantina botanera tradicional, pues operó durante 70 años en el centro histórico de la Ciudad de México hasta su reciente cierre. Este tipo de lugares surgieron de la influencia de diversas intervenciones extranjeras en México, cuya mezcla se consolidó en espacios que aún dejan entrever las huellas

transsexuales y hombres que desempeñan dicha actividad. No obstante, desde sus inicios la ficha, en tanto actividad vinculada al servicio para “el hombre”, fue concedida a las mujeres.

En esta investigación me enfoco (con las limitaciones que “el enfoque” entendido también como “sesgo”) en las mujeres ficheras que laboran en un centro nocturno de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

⁵ La perspectiva fenomenológica plantea el contacto ingenuo, pre-reflexivo del “ser-del-mundo”. Con esta postura, se sugiere la oposición al objetivismo y a los planteamientos biologicistas que materializan al cuerpo y lo eximen de su cualidad relacional. A la inversa, el pensamiento fenomenológico devuelve al cuerpo a un estatuto de complicidad con el mundo; el cuerpo y el mundo no sólo se cohesionan, sino que se transforman en esta perpetua relación de interconexiones.

⁶ Según Crossley (1995), el método propuesto por Goffman sirve para operacionalizar sociológicamente las nociones de intercorporalidad. Para este autor, la intercorporalidad por sí misma constituye acciones, gestos, modos de comportamiento que manifiestan intenciones, sentimientos y estados subjetivos de los agentes sociales (Goffman en Crossley, 1995). Merleau-Ponty (1945) alude a esta noción cuando señala que las experiencias personales están siempre atravesadas por las experiencias de los otros.

del proceso de transformación que un poco nos recuerda a las antiguas tascas españolas, pero que ofrecen botana, baile, orquesta, música de salsa en vivo, y música tropical.

La mayoría de las mujeres que trabajaban en ese lugar eran quizá de más de 30 o 40 años, se sentaban con los clientes y bailaban por diez pesos una pieza de salsa, merengue, o una balada romántica (de esas que se bailan con el cuerpo pegadito, despacio, y a pasos cortos).

Esta primera noción de la ficha quedó olvidada aproximadamente cuatro años, desde aquella vez que pisé esa vieja cantina, hasta que llegué al Estado de Chiapas, con la intención de encontrar un tema de investigación que me apasionara. El proceso fue largo. Primero pensé que sería más interesante apegarme a algún tema que se ubicara en este Estado, y comencé a indagar espacios, personas, prácticas y formas de vida.

Mi primera aproximación al contexto del comercio sexual estuvo situada en la ciudad de Tapachula, Chiapas⁷, durante agosto y septiembre de 2016, cuando llevamos a cabo una visita grupal coordinada por los profesores de CIESAS Noreste y Sureste.

Entre las actividades que realizamos para conocer el contexto migratorio en esta frontera, recorrimos el cruce informal conocido como el paso “El limón”, por donde personas de nacionalidad mexicana, guatemalteca y en menor medida de otras partes del mundo, cruzan

⁷ En el 2008 conocí la ciudad de Tapachula. En esta ocasión yo viajaba desde Oaxaca de “mochilera” con la idea de llegar lo más lejos posible. Cabe destacar que no llevaba documentos y aún así debido a porosidad de las fronteras tuve la posibilidad de llegar hasta El Salvador cruzando a través del río Paz. Dicha experiencia me otorga una noción parcial de cómo las políticas de criminalización que operan bajo el financiamiento de Estados Unidos [operativos anti-trata y anti-inmigrantes] implementadas a partir del 2008, como el Plan Mérida contra el crimen organizado y narcotráfico y el Plan Frontera Sur que comenzó a operar en el año 2014 (Maldonado, 2016), han impactado nuevamente con otra ola de violencia que se suma a las anteriores en países centroamericanos:

- Gobiernos militares, represión y golpes de Estado.
- Insurgencia y guerras contra los gobiernos militares.
- Transición a democracias incipientes con elevada polarización política.
- Desastres naturales que dejan destrozos permanentes.
- Economías basadas en la emigración y las remesas
- Violencia delictiva a gran escala (Villalobos, 2014:36).

Por tal motivo, la Tapachula que encontré ocho años más tarde ya no era la misma.

incesantemente por las aguas lodosas que pintan de tonalidades grisáceas el río Suchiate; frontera natural que delimita la brecha entre el “estar en Guatemala” de un lado del río y “estar en México”, o mejor dicho “en Chiapas” del otro lado. Aquí el cruce se vuelve mundano por medio de un vehículo austero —balsas hechas de madera y cámara neumática—; mismo que cruza repleto de mercancía exenta de impuestos (desechables, botanas, bebidas edulcorantes, etcétera) y de gente que paga a los balseros por el cruce.

El cruce formal a través del puente coexiste con el cruce informal de “El limón”, a tal grado que desde arriba del puente autoridades migratorias observan de manera natural y cotidiana el flujo de mercancía y de gente que nunca se detiene. Quienes habitan en esta zona límite a veces se asumen como mexicanos, otras, como guatemaltecos por motivos de conveniencia (uso o manipulación de la identidad nacional) o simplemente porque en la cotidianidad del tránsito entre una frontera y otra “no se sabe si se es de aquí o de allá”. Goffman (1959) se refiere con frecuencia al uso estratégico que los actantes realizan para adaptar su actuación a las condiciones ante las que se presentan en el transcurso de la escena.

En esta visita, también recorrimos la zona del centro, en donde las calles se tapizan de carpas brillantes y multicolores de comercio ambulante. Después de caminar por esta zona, donde se intersectan distintas formas de vida comercial que van desde el comercio ambulante de fayuca⁸, locales, y puestos de comida, descendimos por una avenida amplia que nos condujo al mercado de San Sebastián. La calle estaba bordeada por posadas, en las que mujeres jóvenes esperaban ociosamente —recargadas en los marcos de las puertas o sentadas en las escaleras— la llegada de los clientes desde la tarde, ante el paisaje aún alumbrado por la luz del sol, vestidas con shorts, playera y sandalias.

⁸ El término de “fayuca” en México es empleado para nombrar un producto de imitación comercializado de contrabando.

Más tarde, nos detuvimos en el Parque Central Miguel Hidalgo, pues fue otro de los escenarios en donde se nos explicó que se llevaban a cabo los contratos de palabra de servicio sexual y doméstico. Estas actividades parecían cohabitar el mismo espacio. Los arbustos y las jardineras de concreto fungían como el montaje en el que se negociaban los precios y las condiciones de trabajo de manera discreta. Todo esto, para cualquier visitante primeriza como yo, hubiera resultado imperceptible.

Esa misma noche, en la compañía de dos compañeras, decidimos adentrarnos inocentemente en ese mundo del parque. Nos sentamos en una de las bancas y esperamos a encontrar alguna pista sobre la actividad de servicio sexual. Después de tan sólo unos minutos notamos que proliferaban personas afrodescendientes, pensamos, probablemente de Honduras, Haití o de algún lugar del continente africano⁹. Después de unos minutos, un hombre comenzó a susurrar detrás de nosotras y en ese instante percibimos miedo, por lo que decidimos abandonar el parque y regresar al hotel.

El impacto que me generó el paisaje industrial y el comercio informal en las calles — especialmente del centro—, la migración y su relación con el comercio sexual en distintos tipos de establecimientos de esta ciudad, fueron perfilando los primeros trazos de lo que sería mi interés final por la ficha. La ficha es una actividad de servicio llevada a cabo dentro de establecimientos comerciales de diversos tipos que tienen en común la venta y consumo de bebidas alcohólicas; éstos pueden ser bares, cantinas, centros botaneros, centros de espectáculo o

⁹ Una nota describe que en ese año llegaron “poco más de 20 mil migrantes haitianos y africanos” a la frontera de Chiapas, la mayoría son originarios de la República del Congo, Ghana, Guinea, Etiopía, Bangladesh, Eritrea, Somalia, Sudán, Nigeria y Haití. “Algunos africanos que apenas hablaban inglés, dijeron que para llegar a Tapachula primero tuvieron que viajar a Brasil, para luego emprender el periplo en autobuses y camionetas hacia Ecuador, Perú, Colombia, Costa Rica, Panamá y Guatemala, la última conexión con Centroamérica para ingresar a territorio mexicano a través del río Suchiate” (Maldonado, 2017).

centros nocturnos, por mencionar algunos. Tradicionalmente, en las antiguas cantinas, la ficha era una actividad desempeñada por mujeres para los varones que concurrían en dichos espacios.

En su explicación más básica, la esencia de la ficha consiste en el acompañamiento que se brinda al cliente en la mesa, con una bebida a cambio de una comisión para la mujer por cada trago vendido a dicho comensal. No obstante, a medida que transcurre la interacción entre el cliente y la fichera, el juego erótico se complejiza dependiendo de una serie de factores que no son fáciles de aterrizar en prácticas concretas, siendo la persuasión del cliente para la obtención de la ficha el objetivo para la fichera. Por otra parte, para el cliente, la ficha representa la búsqueda y/o la satisfacción de deseos o fantasías —por describirlo de alguna manera— que pueden ir desde el anhelo de convivencia hasta la interacción física erótica como las caricias, besos, abrazos, etcétera. En otras palabras, sugiero entender la relación a través de la ficha como un juego, por lo que en el capítulo 3 me dedico con especial interés al análisis de dicha interacción.

Un día, me fue sugerido investigar sobre “las ficheras” ya que era un tema que englobaba todos mis intereses previos. Se me advirtió sobre la importancia que tenía dicha actividad laboral que se ha expandido y diversificado en la frontera Sur de México, como resultado de la inserción de las mujeres a esta modalidad de trabajo informal.

Específicamente, a pesar de los diversos actores que hoy en día desempeñan dicha labor, en esta investigación me refiero a las mujeres que trabajan dentro de los establecimientos antes mencionados, insertas en la dinámica del intercambio de “acompañamiento” a cambio de la ficha. Especialmente, es de mi interés centrarme en la relación de esta actividad laboral con el cuerpo, ya que la fichera encarna —produce, exhibe y representa— un cuerpo erotizado cuyo papel consiste en brindar un servicio; en tanto que al referirme como encarnación, quisiera destacar la importancia del cuerpo como producto de una construcción social a partir de la cual es posible

dar una interpretación a los parámetros de valoración que permean el cuerpo del deseo, cuya variabilidad no se puede deslindar del contexto político, económico social y cultural.

En este caso, las exigencias de la representación de un cuerpo femenino para la ficha impulsan a una reflexión más profunda en torno al género dispuesto a manera de una práctica de improvisación como lo define Butler (2006) ante un escenario constrictivo. Para la autora la feminidad de un cuerpo no es una cualidad que pueda ser poseída, sino que al contrario, implica la desposesión del ser al ser generizado, hecho en virtud del —o para el— otro, aunque “el otro” pueda ser sólo imaginario. Por lo tanto, para la persona implica “la experiencia de ser deshecha” en este proceso de construcción social.

El cuerpo de la fichera en ciertos contextos de la ficha, como al que en este texto me dedico, implica la concretización del cuerpo feminizado a través de la construcción estética, práctica, quirúrgica, cosmética, sin dejar de lado la feminidad como representación.

De tal manera que el acompañamiento también implica “ser para otro”, la experiencia de ser desposeído en consideración “del otro” (Butler, 2006).

En el inicio de mi búsqueda, intrigada por el fenómeno de migración centroamericana de mujeres, comencé a encontrarme con literatura de quienes investigaron dos de los sectores laborales más socorridos por esta población —el servicio doméstico y el trabajo sexual— en la frontera Sur¹⁰. Sin embargo, habría que pensar en que la existencia de dichas formas laborales, así como su adherencia por parte de las mujeres inmigrantes, prevalece en correspondencia a las reformulaciones de las viejas estructuras de división del trabajo que actualmente operan bajo el

¹⁰ El factor de vulnerabilidad es una de las cuestiones que está en el foco de interés de los estudios de migración: el acceso a la salud, la feminización de la epidemia del VIH (Suazo, 2011:18), la violencia sexual entre otras formas de violencia y riesgos que se incrementan con los flujos migratorios y el desplazamiento (Bronfman, et. al., 1998, Bronfman, 2004; Leyva y Quintino, 2011; Rivera, 2014; Fernández, 2009); siendo el comercio sexual (Mariscal, 2013) y el trabajo doméstico sectores a los que recurren con mayor frecuencia las mujeres centroamericanas.

fenómeno de migración en la frontera Sur de México y forman parte de lo que Ariza y Portes (1991) identificaron como “línea de montaje feminizada”. Los autores, hacen sobretodo referencia al fenómeno que ocurre cuando las mujeres migran desde sociedades “posindustriales”, hasta cierto punto condicionadas por las necesidades laborales, la globalización corporativa, el cambio cultural y la reestructuración económica.

El género entonces, se convierte en una variable de suma importancia, pues la condición servil que se le adjudicó al papel de la mujer fue fundamental para el desarrollo e instauración de modelo capital. De tal manera que “el servicio” se diversificó dando origen a una infinidad de tareas especializadas, que en su inicio fueron adscritas a las mujeres como protagonistas de su desempeño.

Por lo tanto, la visibilización de la participación de las mujeres en otras esferas que han permanecido vetadas o no reconocidas permite dar seguimiento a nuevas preguntas tales como: ¿qué pasa cuando las nuevas dinámicas de mercantilización y globalización devienen en la “transgresión” de los estereotipos que por tradición posicionan a la mujer en el ámbito doméstico? Lo que supone para una mujer salir de casa, migrar, buscar trabajo, dejar la familia y/o a los hijos, alejarse del matrimonio, ser proveedora, y además laborar dentro del ámbito del trabajo sexual. En este sentido, Bourdieu (1998) argumenta que existe una estructura de dominación masculina que tiende a la perpetuidad del dualismo encarnado y naturalizado del “eterno femenino” y el “eterno masculino”. Dicha estructura ha dado pie a desvalorizar diversas formas de trabajo de la mujer mediante expresiones de violencia simbólica, donde la mayor eficacia simbólica reside en “las características corporales”.

De modo que, en correlación con el cuerpo, la acción psicosomática de la violencia simbólica que persiste en la segmentación de estos dos grandes bloques de trabajo en donde se insertan las mujeres, está asentada en una base histórico-cultural creada a partir de distinciones

raciales que funcionan de acuerdo a las representaciones colectivizadas de etnicidad, género y nacionalidad encarnadas¹¹. De esta manera, el racismo les da forma a los distintos sectores laborales.

En el mes de noviembre realicé una segunda visita a la ciudad de Tapachula, ya con intereses centrados en explorar distintos espacios en donde se llevaba a cabo la actividad de la ficha. En esta visita mis objetivos eran básicamente conocer la ubicación de los establecimientos, las formas en las que estaba estructurado este tipo de comercio, los diversos actores situando especial interés en las mujeres ficheras¹² y la forma en las que interactuaban con los clientes en los espacios de trabajo.

La actividad fronteriza y en términos generales, la atmósfera de una ciudad como Tapachula me resultaba lejana, desconocida y hasta cierto punto percibía un ambiente hostil y peligroso. En este contexto supuse que todas las mujeres ficheras se insertaban *a priori* en la ficha casi como sinónimo de *prostitución*¹³, idea que también partía de una creencia colectivizada, pero errada y estigmatizante sobre dicha forma de trabajo¹⁴.

¹¹ Cruz (2011) realizó una investigación sobre el enfoque de corporeidad que brinda interesantes aportes sobre el racismo en mujeres inmigrantes centroamericanas dentro del contexto de Chiapas. La alteridad se distingue entre los mestizos y los indígenas. En este sentido de diferenciación racial, las mujeres guatemaltecas son valoradas como ‘menos bellas’ en comparación con las mujeres hondureñas y salvadoreñas a quienes se les atribuye un estatuto exótico y de erotización (Cruz, 2011).

¹² En esta primera exploración, la inserción de mujeres centroamericanas en la red-ficha fue muy importante para situar mis observaciones. A medida que comencé a indagar sobre este aspecto adquirí nuevos elementos que me permitieron problematizar sobre las mujeres centroamericanas como las actrices centrales o protagónicas de la red-ficha, sobretodo porque mi investigación estuvo aterrizada en San Cristóbal de Las Casas, en donde el contexto, a pesar de ser parte de la frontera Sur tiene particularidades que lo hacen ampliamente distinto al de Tapachula.

¹³ Lamas (2016) hace uso del término de *prostitución* en cursivas con la finalidad de recordar al lector sus implicaciones, ya que, en diversas fuentes literarias y coloquiales, estas distinciones no se precisan y se vuelven parte del mismo concepto.

¹⁴ A lo largo de esta investigación trataré de esclarecer cómo estas primeras visiones entran en cuestión y adquieren otras formas de re-pensar el trabajo de la ficha en relación a otros conceptos tales como comercio sexual, trata sexual y *prostitución*.

Así pues, en esta segunda ocasión en Tapachula tuve la oportunidad de conocer tres lugares en donde se llevaba a cabo esta actividad, todos establecimientos comerciales en los que circula el cuerpo, el alcohol y el dinero principalmente en un complejo sistema de mercantilización; pero también en el caso de los centros botaneros, los platillos “botaneros” que conforman el menú del día en compañía de las “caguamas” o las cervezas medias.

A mi llegada, durante el atardecer, caminé nuevamente por las calles del centro, siguiendo el itinerario de los parques Miguel Hidalgo y Bicentenario. Después bajé hacia la zona del mercado de San Sebastián, en donde vi sin prestar mucha atención a un hombre amputado de una pierna. Uno de mis compañeros en seguida me comentó: “aquí en Tapachula es muy común ver a gente mutilada por el tren”, comentario que me reiteró el panorama migratorio encarnado en el cuerpo amputado de aquel hombre con muletas que por unos instantes acaparó toda mi atención.

Mis emociones en esta visita no tenían una forma concreta y hasta cierto punto una atmósfera de desolación me irradiaba al saberme parada sobre aquel concreto que parecía haber enterrado todo resto de historia anterior al proceso de industrialización, que inspirado por los ideales de progreso y modernización dieron origen a esta urbe.

Indagué con la comunidad de algunos varones trabajadores del sector salud en Tapachula sobre cuestiones que me dieran pista acerca de los centros de ficha y las mujeres ficheras en esta ciudad, siendo así como descubrí la amplia relevancia que tenía este sector.

En Tapachula, la ficha conforma un vasto sistema comercial o de entretenimiento que se expresa en la organización de esta práctica consumible en la arquitectura del escenario diurno (centros botaneros y cantinas) y nocturno (*stripclubs*) de esta ciudad. La red-ficha incide en prácticas diversas de socialización masculina vinculadas a la satisfacción de cierta demanda. Empleo el concepto de “red-ficha” para referirme a un sistema de comercio sexual y erótico que se lleva a cabo dentro de establecimientos que ofrecen además una amplia variedad de servicios

según sea su denominación: bar, cantina, centro botanero, centro nocturno, centro de espectáculos.

Todos los anteriores, son espacios en los que se ofrece al cliente la posibilidad de interactuar con las ficheras. Considero que tales lugares a pesar de ser diferentes entre sí, configuran un tipo de ambiente o red en tanto los actores implicados tejen una serie de conexiones. En el caso de las mujeres ficheras se puede encontrar una relación entre la experiencia profesional y su trayectoria laboral, ya que muchas de ellas desempeñan su labor en más de un establecimiento a lo largo de su carrera. En la red-ficha existen diversas variables que hacen de la movilidad una de las principales cualidades dentro de este ambiente.

Los servicios en el tipo de espacios mencionados con anterioridad, van desde la comida que se ofrece en los centros botaneros, hasta el espectáculo sofisticado que se presenta en los *strip clubs*, en torno a lo que surgen negociaciones, entretenimiento, satisfacción de necesidades emocionales e intercambio sexual, todo inmerso en un ambiente altamente complejo que polariza y crea fuertes contrastes entre la escenificación de lo que culturalmente atañe al género como *performance* (Butler, 1988).

El comercio de la ficha se constituye a partir de una figura elemental, la “mujer fichera”, que según su definición es: “una mujer que se dedica a acompañar a los clientes en un bar, a bailar y a beber con ellos, a la que entregan una ficha por cada período de tiempo o por cada bebida” (Lara, 2010:799).

Los trabajadores del sector de salud, me informaron que al menos en Tapachula, la visita a los diversos establecimientos que conforman la red-ficha es tan común que “cualquier hombre” en Tapachula debe acudir a estos espacios a comer, beber, observar el *show* y a consumir otros de los servicios de uso del cuerpo que promueve la modalidad del centro nocturno.

Cuando la noche cayó sobre la ciudad comenzó el recorrido a tres de los lugares recomendados, partiendo de la intención de cubrir al menos uno de los distintos espacios que conforman la red-ficha (cantina, centro botanero y centro nocturno¹⁵).

El primer lugar visitado fue “El Jacalito”, el cual se presenta como un *Dance & Night Club Pub*. No muy alejado de las calles del centro, el aspecto al interior del bar era similar al de una cantina, pero tenía una pista de baile en donde las chicas realizan el *striptease*¹⁶.

Este bar tiene la fama de ser un lugar al que llegan clientes diversos con la intención de divertirse con el ambiente que ofrece. A este espacio, acuden grupos de jóvenes con sus amigas o parejas a beber cerveza, mientras un animador evoca con su micrófono los saludos a “El Salvador”, lo que, con ayuda de otros elementos como una bandera de este país, confirma la presencia de inmigrantes salvadoreños que trabajan dentro de este ambiente.

La bulla entremezclada con el sonido de la música era lo que el animador empleaba como si tratara de apropiarse con destreza de toda esa energía sonora motivada por las emociones que saturaban el ambiente. Después, manipulaba habilidosamente la euforia del público por medio de comentarios, chistes, y la organización apenas imperceptible de los cuerpos femeninos que producían el *show* erótico sobre la pista, dentro del establecimiento.

Más adentrada la noche, conocí un centro nocturno de nombre “El Marinero *Men’s Club*”, el cual es un local importante en el Estado de Chiapas debido a la gran afluencia de mujeres

¹⁵ Con el paso de los años, el espectáculo del *strip dance* ha extendido a su auditorio. Si bien, anteriormente este tipo de *show* era demandado por varones, los medios de comunicación que exhiben películas, programas, revistas, el mercado de la industria de productos “eróticos”, y la liberación sexual, han cobrado un impacto efectivo en la presencia de personas heterosexuales, bisexuales, lesbianas y *gays* que consumen este tipo de espectáculo.

¹⁶ El *striptease*, también conocido como *lap dance* o en su versión más coloquial como “*teibol*” *dance*, es un tipo de baile erótico que acontece en una relación entre la bailarina y el público. La bailarina produce su imagen previamente, coronándola con un vestuario escaso y ajustado para dar vida a su personaje en la pista de baile. La escena, consiste en un ritual coreográfico en el que la bailarina lentamente va despojando las prendas de su cuerpo en el escenario al ritmo de la música.

centroamericanas que alberga este establecimiento. La calle que conduce al sitio está escasamente iluminada y forrada de terracería, apenas las luces del vehículo alumbraban un poco el camino.

La llegada al bar se anunciaba con un gran portón que conducía a un estacionamiento amplio, en donde un hombre sacudía una franela señalando el lugar para estacionarse. La siguiente escena serían los decorados de las paredes con ilustraciones de siluetas femeninas curvilíneas, y algunos anuncios de chicas voluptuosas disfrazadas de angelitos.

Para entrar, tuve que pagar un *cover* de \$200 establecido sólo para las mujeres. La entrada de los hombres era gratuita, lo que creaba un filtro económico discreto para que no accedieran tan fácilmente mujeres como clientas, o por lo menos dejaran ese aporte significativo por su acceso¹⁷.

Quienes estaban a cargo de la seguridad eran hombres robustos que portaban un traje de camuflaje y un paliacate negro que cubría su rostro¹⁸. En esta ocasión, el ambiente me generaba cierta tensión.

Ya una vez dentro del local, observé una estructura similar a una bodega muy amplia, básicamente de lámina. Las luces de tonalidades coloridas y el hielo seco inundaban la pista de baile en donde las chicas se presentaban.

En “El Marinero” noté la presencia de numerosas chicas, lo que confirmaba la fama del lugar. Las características de las chicas presentes eran muy diversas, sin embargo, todas se exhibían con un vestuario ajustado de algún personaje (algunas de angelitas, diablitas, felinos, etcétera). La mayoría de ellas tenían un cuerpo escultural y presentaban un rango de edades muy

¹⁷ A diferencia de los varones, las mujeres heterosexuales no consumen (o en la gran mayoría de los casos) otros servicios tales como los privados o reservados, pues recurren a estos espacios principalmente motivadas por la curiosidad que les genera este ambiente. Esto repercute en las ganancias para el bar y para las mujeres ficheras/bailarinas, ya que el consumo promedio de una mujer heterosexual es de unas cuantas cervezas u otras bebidas durante un período corto de tiempo.

¹⁸ Posiblemente este vestuario fue temporal, ya que mi visita coincidió con la celebración de *Halloween*. Sin embargo, la imagen que me generaba este atuendo en esos cuerpos corpulentos era impactante y violento, ya que no podía ver sus rostros y de alguna manera lo asociaba con la indumentaria empleada por los grupos paramilitares.

amplio, pues en este lugar se pueden ver mujeres probablemente menores de 18 años, hasta algunas en la década de los 50.

Cada una de las mujeres tenía una manera distinta de trabajar. En un par de horas, pude notar que aquellas mujeres de mayor edad interactuaban más a nivel emocional con sus clientes; se les acercaban cariñosamente, sonreían, bailaban con ellos o los escuchaban atentamente; mientras que las más jóvenes se presentaban esparcidas en el salón con posturas seductoras y gestos de indiferencia, que en conjunto se expresaban en estos contrastes para evocar al deseo e interés de los clientes; empleaban un vestuario más escaso y sencillo que los brillantes vestidos de noche cubiertos de lentejuelas de las mujeres mayores.

Los clientes se hacían notar en grupos de jóvenes eufóricos u hombres maduros solitarios que observaban el *show* mientras fumaban un puro¹⁹, quienes encontraban cierto goce al rechazar la sugerencia que en numerosas ocasiones hacían las chicas mientras se sentaban a su lado.

Al día siguiente, durante la tarde, visité un centro botanero conocido como “La Palapa de Marian”, en donde se ofrecía un menú de platillos tales como caldo tlalpeño o barbacoa acompañados de una cerveza. Esa ocasión sólo había una mesera joven de alrededor de 20 a 25 años, delgada con el cabello teñido de rubio. Ella portaba un pantalón de mezclilla ajustado y una blusa ligera, sin embargo, el local estaba desierto. Lo que animaba en ese sitio era la *rockola* y un pequeño monitor que suspendido del techo proyectaba videos musicales.

En esta etapa aún consideraba que mi trabajo sería realizado en la ciudad de Tapachula, por lo que comencé a indagar sobre la literatura que desarrollaba el tema de la ficha. La búsqueda me dio claridad acerca de un primer punto de interés sobre las complicaciones del tema de la

¹⁹De acuerdo con Preciado (2010), el puro, al igual que la pipa u otros objetos similares, son “significantes de género” que acentúan o exaltan la representación de la masculinidad. Sin embargo, el gesto que guarda el puro en este caso, está asociado a la corporalidad de manera que “junto con el gesto corporal relajado, sugiere distracción y ocio [...]”, cualidades atribuidas al “ser hombre” desde la perspectiva hegemónica (Preciado, 2010:23).

ficha, y era que la actividad de la ficha no había sido desarrollada como un tema en particular, sino que estaba englobada en las investigaciones sobre trabajo sexual de manera más amplia.

La primera literatura que consulté con enfoques antropológicos situados en las mujeres trabajadoras del ambiente en el Estado de Chiapas, fue de autores como Maldonado (2016), Marín (2014) y Zarco (2009), quienes desde distintas perspectivas se adentraron en el mundo relacionado con la red-ficha en la frontera Sur²⁰.

Evidentemente, mi primera aproximación al contexto de Tapachula reafirmó mi obsesión por el cuerpo o la corporeidad²¹ que se encarnaba en las mujeres trabajadoras ficheras de los distintos ambientes visitados. Pensaba que a través de la dimensión corporal podría comprender fenómenos macrosociales tales como la migración femenina desde países centroamericanos, diferencias étnicas en cuanto al uso del cuerpo, presentación y exhibición en el ambiente erótico, entre otras cuestiones. La corporeidad era un enfoque que no podía dejar de lado y sería incluso, como he sugerido, el motor en mí que impulsó todo este recorrido.

²⁰El trabajo de Maldonado (2016) surgió por la confusión que prevalece en torno al tema controversial de la trata de personas y el trabajo sexual en la frontera Sur.

Marín (2014) es una investigadora que trabajó en un bar de Frontera Comalapa, motivada por adentrarse en uno de los mundos donde San Simón cumple una función de cohesión, lógica, y protección de las mujeres trabajadoras sexuales.

Zarco (2009) fue el único investigador que trabajó en San Cristóbal de Las Casas. Realizó una exploración posibilitada como cliente para entrar en contacto con mujeres ficheras de esta ciudad. Zarco conoció las historias que llevaron a las mujeres a ese espacio de trabajo por su interés principal que consistía en indagar sobre el tema de salud sexual y migración de las trabajadoras sexuales en San Cristóbal.

El panorama que describe Zarco a poco menos de 10 años ha cambiado sustantivamente, sobre todo porque en los años subsecuentes hubo una reducción masiva de los espacios de ficha. Asimismo, en la exploración que llevé a cabo, se observa una clara segregación espacial entre el trabajo sexual de mujeres indígenas y de mujeres mestizas. En los siguientes capítulos proporcionaré mi experiencia situada en uno de estos espacios de trabajo.

²¹La corporeidad busca entender al cuerpo en las ciencias sociales no como un objeto, sino como “un saber cenestésico dotado de un poder estructurante”. Lo que nos permite comprender al cuerpo como un entramado entre “la percepción y apreciación de un mundo que lo determina” (Bourdieu, y Wacquant, 1995).

La literatura de Marín (2014), Zarco (2009) y Maldonado (2016), detonaron ciertas dudas, reflexiones y experiencias de investigación de otros antropólogos previas en el terreno que contribuyeron a forjar mis primeras apreciaciones, con las cuales comencé a moverme.

A la llegada de este punto me comenzaba a plantear cuestiones clave sobre la ficha, las cuales fui resolviendo a lo largo de este recorrido:

- * ¿Cuál era la diferencia entre conceptos de gran relevancia como trata, *prostitución*, trabajo sexual y comercio sexual?
- * ¿La ficha era necesariamente una modalidad de *prostitución* o de trabajo sexual, o era posible distinguir ciertas particularidades que no estuvieran englobadas del todo en estos modelos?
- * ¿Cómo comprender la ficha dentro de este sistema económico de intercambio en el que el cuerpo estaba inmerso?
- * ¿El cuerpo de las mujeres ficheras en este sistema de intercambio económico era objeto o sujeto? ¿Cuáles eran las posibilidades de estrategia dentro de esta actividad laboral?

Desde que comencé a externar mi interés de trabajo en distintos ámbitos en conversaciones casuales o formales, la ficha se me sugirió a través de comentarios como una actividad *cuasi* sinónimo de *prostitución*. Fue más de una vez que yo refería hacer una investigación sobre las mujeres ficheras, a lo que se me respondía con afirmaciones tales como “¡ah, las ficheras son las *prostitutas!*”, o preguntas como: “Tú estás trabajando un tema de *prostitución*, ¿verdad?”. Comentarios que denotaban un juicio distante y ajeno sobre la

apreciación de esta actividad que además contribuye y a su vez muestra el estigma que se le imputa a dicha profesión.

En cuanto al ámbito académico, en el primer coloquio en el que participamos exponiendo nuestros aún esbozos del protocolo de investigación se me sugirió “no ruborizarme al hablar de trabajo sexual, porque las ficheras eran trabajadoras sexuales”. De esta manera, la alusión a la *prostitución*, trata sexual, trabajo sexual, comercio sexual y el vínculo que se homologaba con el trabajo de la ficha, comenzó a remover inquietudes y confusiones que, de alguna forma tendrían que comenzar a esclarecerse en el camino de la investigación.

Descubrí que detrás de cada uno de esos conceptos había diferencias sustantivas, pero también articulaciones, lo que crea una especie de modelos y, por supuesto, experiencias yuxtapuestas que en síntesis se componen de los siguientes elementos:

- *Contexto histórico*. Entendido como la situación histórica en la que el modelo se desarrolla, se implementa y se vive en distintos ámbitos de la sociedad.

El problema o desafío que supone a los investigadores es que partimos de nociones lógicas que persiguen encontrar una realidad completamente coherente dentro del margen de sus categorías analíticas. El investigador entra en duda debido a que dichas categorías lógicas no se presentan de la misma manera en la realidad social. Incorporar el pensamiento traspuesto²², quizá es más atinado que el intento fracasado de interpretar el

²² Escalona (2014) invita a re-pensar el “objeto antropológico” como traspuesto, ya que se presenta como y en un sitio de conexiones y flujos sociales que dinamiza dicho objeto, lo mueve, lo desplaza, lo entrecruza en el mismo sentido de la inagotable movilidad e interacción humana a través del tiempo y del espacio.

En el mismo sentido, considero que la persistente característica del antropólogo de querer situar o aterrizar categorizaciones ‘tal cual’ en la realidad social presupone ciertos riesgos al situarse en un panorama en donde nuestros preceptos teóricos se descomponen, pues en la dinámica relacional dichas categorías adquieren formas innombrables.

contexto en idealizaciones de continuidad que pretenden ubicar un punto claro de inicio y de final en cada categoría para definir los distintos modelos que organizan, regulan y dan vida a la sexualidad en distintas sociedades y distintas épocas.

- *Tratamiento institucional.* La sexualidad, en tanto dimensión protagónica de cada uno de estos modelos, vincula y conecta el cuerpo a las instituciones.

Foucault (1986) estudia cómo el concepto de sexualidad apareció en el siglo XIX para ser incorporado en un conglomerado que incide en todas las dimensiones de la vida humana desde las normas y reglas pedagógicas, religiosas, médicas y judiciales. El impacto que reside en dicho concepto ha incidido en el desarrollo de campos de conocimiento y en el sentido y valor que los individuos le darían a su conducta, deberes, deseos, placeres, sentimientos y sensaciones. De esta manera, se articula un sistema de orden corporal y moral ajustado a los distintos modelos que atañen a la sexualidad humana.

- *Arquitectura y/u objetivación del modelo.* Cada uno de estos modelos se ha objetivado en espacios concretos, tales como mancebías, casas de citas, cabarets, centros nocturnos, centros botaneros, *clubes de striptease* y otros en donde las experiencias que atañen a la sexualidad y el erotismo ocurren marcadas por sus respectivas distinciones con relación a su contexto.

El comercio sexual engloba una multiplicidad de actividades que diversifican la mercantilización del cuerpo erótico y sexual; mientras que la *prostitución* de manera “directa y explícita” alude a la actividad de “vender coitos” (Salinas, 2016).

Las modalidades de comercio sexual cada vez son más variadas debido a su vínculo con la tecnología: se consume pornografía, lencería, juguetes sexuales, disfraces eróticos en catálogos que parecen no tener fin. Esta gama de actividades establecen un vínculo con el espectáculo y la producción audio-visual, que difiere de la relación íntima, intercorporal,

que necesariamente implica el contacto; es decir, la relación física se diluye, asimismo, el espacio puede no ser físico, sino abstracto, imaginado²³.

- *Postura moral.* En cada uno de estos modelos reside la intervención pública; debates, opiniones, estigma y políticas que impactan directa e indirectamente el cuerpo de las personas inmersas en este ambiente.
- *Construcción social e institucional de los actores implicados en cada modelo.* Cada uno de los modelos crea idealizaciones y representaciones de los personajes que le dan vida a partir de prácticas y relaciones; algunos ejemplos pueden ser mujer pública, la/él trabajadora (trabajador) sexual, la fichera, la bailarina, la madrota, el chulo, el proxeneta, el empresario, entre otros.

De manera general, Lamas (2016) considera que la *prostitución* es un término que únicamente alude de modo denigratorio a quien vende servicios sexuales, mientras el comercio sexual da cuenta del proceso de compra-venta, que incluye también al cliente. Según la distinción entre dichos preceptos, en la visión denigrada y estigmatizada de la *prostitución* “ninguna mujer elige prostituirse” sino que es coaccionada, engañada y explotada, es decir, se presenta como imagen de una mujer que ha sido victimizada en favor de “otorgar beneficio sexual a los hombres” (Salinas, 2016). Además, es una actividad que se presume, deriva de estigmas personales consecuentes de abusos y maltrato para explicar el ejercicio de la *prostitución* de forma muy cercana a una patología.

²³ Lamas (2014) menciona que el comercio sexual obedece a la expansión y diversificación del mercado, que más que un fenómeno económico se puede ver como la transformación de un “fenómeno cultural”. Dicha transformación, viene de la mano de la liberalización de las costumbres sexuales y de la desregularización neoliberal de los mercados.

Actualmente todo está rebasado, proliferación de productos y servicios sexuales en donde intervienen nuevos actores y espacios, tales como empresarios, agencias de contratación y clubes, industria audio visual, etcétera.

Un problema más se suma cuando la confusión entre el comercio sexual y el trabajo sexual se adhieren a un fenómeno distinto que es el de la trata sexual. Dicha confusión está alimentada por las políticas anti-trata²⁴ que criminalizan a la población inserta en las modalidades de trabajo y comercio sexual autónomo, yugo que recae evidentemente con mayor severidad sobre las personas trabajadoras de este ambiente. Sin embargo, Maldonado esclarece en la siguiente definición puntos distintivos entre el problema de la trata y el trabajo, en este caso sexual, autónomo:

La trata de personas en general y con fines sexuales en particular, se inscribe en un contexto de violencia de género generalizada, a su vez anclada en un sistema social y económico voraz: el neoliberalismo. Es una violación a la integridad, al ser y a cualquier derecho humano; la trata de personas se ejerce a través de la desposesión del sujeto por medio de diversas violencias con el fin de someter y esclavizar a seres humanos en diversos ámbitos y obtener diversos tipos de ganancias. La trata de seres humanos es también un delito, un tipo penal, un complejo problema social a diversas escalas [...] (Maldonado, 2016:44).

El principal problema consiste en que culturalmente e institucionalmente²⁵ prevalece la tendencia de querer englobar a todas las prácticas que configuran el comercio sexual bajo la definición única de *prostitución*²⁶, de manera que a la “teibolera” se le llamará *prostituta*, a la fichera *prostituta*, y así en un sentido un tanto victimizante, denigrante, pero sobre todo permeado

²⁴Las diversas formas de criminalización, entre las cuales se encuentran las políticas anti-trata, obedecen en el sentido que Maldonado (2016) las presenta como tecnologías de poder del Estado, ya que se plasman en dispositivos que funcionan a distintos niveles que se implantan en productos reales e ideológicos. Según este discurso hegemónico: “La trata de personas, vincula la trata sexual con el comercio sexual, explicando que el 79% de las mujeres víctimas de trata están en situación de explotación sexual [...]” (Salinas, 2016:148).

²⁵Más adelante en el capítulo 2, el lector podrá conocer que el documento que regula las actividades dentro de los centros nocturnos de San Cristóbal de Las Casas está identificado como reglamento de *prostitución*.

²⁶Los movimientos abolicionistas tienen una historia vinculada a la lucha contra la esclavitud; es decir contra la división de libres y esclavos. El uso del término de “esclavitud sexual” cuestionaba en la práctica la cualidad servil atribuida a la mujer como una forma de esclavitud. El neabolucionismo surgió en 1970 pretendiendo erradicar cualquier forma de comercio sexual (Lamas, 2016). En respuesta, se conformaron diversas organizaciones y movimientos de trabajadoras sexuales que han seguido una lucha para reconocer sus actividades como formas de trabajo y demandar mejores condiciones de vida.

de ignorancia que da forma a un estereotipo estigmatizado de la mujer que labora en estos ambientes. De tal modo que no podría obviar las distinciones entre cada uno de estos conceptos.

Por lo que doy seguimiento a la idea de que las actividades en las que se hace uso del cuerpo para desempeñar actividades comerciales que requieren de la implementación de habilidades eróticas y/o sexuales de manera voluntaria (dentro de un margen de acción) deben ser reconocidas como formas de trabajo, pues así, estimo se pueden superar o trascender las vastas desventajas que representa igualar dichas profesiones al estatus de *prostitución*, concepto que como hemos visto favorece la estigmatización, marginación y desconocimiento de los derechos de las personas inmersas en este ámbito laboral.

Dentro del campo del estudio social, el abordaje en específico de la ficha como una forma de trabajo, conlleva a la necesidad de estudiar la dinámica y a los actores en una actividad que se debe de llevar a cabo mediante un ejercicio de perfeccionamiento y pericia en el uso del cuerpo sujeto y estratégico en un entorno de reglas, normas, convenciones y un sistema de relaciones laborales.

I. Una aproximación a la ficha como trabajo sexo-erótico

Una vez aclarados los conceptos, debates, y opiniones, sitúo la actividad de la ficha²⁷ como una forma de trabajo dentro de un sistema de comercio.

La ficha es una dinámica que se da en un espacio público que es el salón de la cantina, el centro nocturno o botanero, y en tanto, ésta ocurre ante los ojos de los demás clientes, y otros

²⁷Sugiero como actividad central la ficha ya que fue el punto de origen de esta investigación, no obstante, al comprender esta práctica como un circuito (como lo desarrollo en el capítulo 2), introduzco una actividad más que es el baile erótico, actividad que se vincula a la ficha dentro de este circuito en la modalidad del centro nocturno.

trabajadores. Las interacciones que se llevan a cabo en la mesa son siempre moderadas²⁸ y limitadas a un juego erótico y de contacto íntimo (caricias, besos, abrazos, baile, conversación). A simple vista, como espectadora ajena a este sistema, inferí que la ficha era una dinámica aislada, aunque tenía la idea de que en algún momento fungía como una especie de seducción cuyo triunfo culminaba con la negociación de la relación sexual en otro espacio —dentro del mismo establecimiento o en alguna de las posadas aledañas a los espacios de red-ficha—. Sin embargo, cabe mencionar que en este momento sólo contaba con la información que disponía como observadora ajena al contexto²⁹. La propuesta de Zarco (2009) me aportó más claridad acerca de la posición de la ficha con relación al comercio sexual. Evidentemente la ficha no era *prostitución*, pero sí era parte del circuito de comercio sexual, pues se vincula de una forma particularmente estratégica con otras actividades dentro del comercio del sexo.

Tomando en consideración las reflexiones anteriores, propongo concebir la ficha y el baile como formas de trabajo sexo-erótico con la intención de que prevalezca la conciencia de estas actividades como una profesión que demanda el uso del cuerpo dentro de parámetros eróticos, de seducción y por supuesto de la construcción, representación y exhibición de un personaje.

Postulo que el trabajo sexo-erótico requiere del aprendizaje, desarrollo de habilidades y del arte de construir un cuerpo que va de acuerdo a las exigencias de la profesión. Otro punto de interés para la comprensión de esta distinción, consiste en recalcar que la ficha y el baile erótico no necesariamente significan relacionarse sexualmente con los clientes.

Así pues, entre toda esta maraña de discusiones, opiniones y creencias persisten dos posturas, que a su vez se encuentran entrecruzadas —prohibicionistas y reglamentaristas—. Las

²⁸ La moderación del cuerpo en cuanto a la sexualidad se presenta de manera distinta en cada espacio de la red-ficha. Como lo desarrollo en el capítulo 3.

²⁹ Me refiero a las primeras aproximaciones como clienta y a través de la literatura.

primeras consideran que la explotación, la denigración y la violencia contra las mujeres son inherentes al comercio sexual, y por lo tanto habría que abolir dichas prácticas de comercio y de trabajo, y las segundas, plantean que dichas actividades tienen formas variadas de desempeño que deberán regularse, pero sobretodo, de reconocerse los derechos laborales de quienes las desempeñan (Lamas, 2016). Me presentaba ante un mundo de opiniones que me invitaban a ver por un lado las relaciones de poder, el patriarcado, la explotación, pero también algo ocurría en mí que me indicaba que no todo giraba en torno a estas constricciones.

Al principio, quise sugerir que los usos del cuerpo posibilitaban explicar que había estrategias que se implementaban como formas plenamente activas de anteponerse, sobrellevar y hacer frente a la experiencia cotidiana del trabajo de la ficha, lo que subvertía la pasividad. Estaba claro que no sabía cómo, ni de qué manera, pero veía actores en vez de víctimas y victimarios.

Para mí, el cuerpo lo explicaba todo, ya que también dejaría entrever que, no obstante, nuestra realidad, y en específico la realidad de la ficha, estaba permeada también por un campo de poder que incidía directa e indirectamente en la vida de las mujeres ficheras. Un campo de poder plasmado en estereotipos de belleza, idealizaciones, reglamentos, estigma, cosificación del cuerpo de la mujer, etcétera. Sin embargo, finalmente comprendí que la autonomía y la explotación no son formas excluyentes (Lamas, 2016), sino que nos movemos en un rango de decisión y coerción todo el tiempo y en cada una de las acciones que constituyen nuestras vidas.

En resumen, ante este debate, con esta investigación, me sumo a las posturas que conciben las distintas actividades que se engloban en el comercio sexual —centrándome en la ficha y el baile erótico— como actividades laborales, en el entendido de que son formas de trabajo, pues suponen una “fuente de ingresos” (Salinas, 2016) y por tanto, un elaborado manejo del cuerpo, aprendizaje y desarrollo de una serie de habilidades que además están enmarcadas

dentro de un sistema administrativo que se articula con la economía y la cultura erótica (manejo del tiempo, producción del deseo, producción del cuerpo). Con esta postura, además espero contribuir con la demanda de los derechos laborales, dignificación del trabajo y desestigmatización de las personas trabajadoras del comercio sexual que persigue la postura de la ciudadanía sexual.

En términos generales, el documento se compone de cuatro capítulos los cuales están organizados de modo que posibiliten al lector adentrarse de manera progresiva a la cotidianidad del trabajo en centro nocturno. Cada uno de los capítulos conlleva un manejo conceptual distinto cuyo desarrollo da lugar a un análisis del cuerpo desde distintas dimensiones.

Así pues, el primer capítulo es una guía teórico-metodológica que propone un camino de cómo comprender el proceso etnográfico y la narrativa en general que constituye la tesis partiendo de la idea de las transposiciones.

En el capítulo 2 se realiza un análisis del espacio considerando la zona de tolerancia como espacio “erotópico”³⁰, espacio marginal, pero incluido en la dinámica de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, de modo que incorpora el proceso de modernización del cual emergen los centros nocturnos del tipo de “Las Venus”.

En el capítulo 3 recorro a la explicación de la administración del sistema comercial en el que se encuentra inserto el cuerpo de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas, de manera que el cuerpo se convierte en una mercancía pero que trasciende los límites de un objeto, lo que problematiza el cuerpo como entidad pasiva cosificada por el sistema mercantil en el que está inserto. En este capítulo recorro a las metáforas de la fábrica y de teatro como modo de aproximarme a la administración y uso del cuerpo encargado de vender acompañamiento, erotismo y seducción.

³⁰ El lector podrá comprender el significado del concepto de erotopía a profundidad en el capítulo 2.

Finalmente, en el cuarto y último capítulo, trato de explicar la interacción del poder a través de las relaciones que acompañan a los cuerpos de las mujeres en “Las Venus”. Aquí el poder rebasa las relaciones laborales y se impregna en las relaciones personales dando lugar a un exhaustivo juego, que en este caso las actoras encarnan entre la estructura y la estrategia.

La tesis no deja de abordar a lo largo de todo el contenido el estigma, que es un tema que persigue el trabajo sexual, en este caso sexo-erótico. El estigma que se plasma en el espacio de una zona marginal denominada “zona de tolerancia”, que se impregna en el cuerpo de las mujeres dedicadas a esta profesión y que se porta en el juego de relaciones laborales y personales.

A lo anterior sumo una discusión más, que es la del cuerpo administrado, o, en otros términos, gobernado por un sistema mercantil que constriñe dichos cuerpos al objetivo único de generar ganancias económicas, lo que conlleva a la autoexplotación y la anulación de los derechos laborales, cualidad que no es particular del trabajo sexo-erótico, sino que se considera como parte esencial del sistema capitalista y de la tendencia creciente hacia la informalidad del trabajo. Lo que me conduce a contribuir con elementos que apoyen la discusión sobre la ciudadanía sexual.

CAPÍTULO 1

TRANSPOSICIONES: LA LÓGICA DEL SIN SENTIDO ETNOGRÁFICO

“Del mismo modo que la luz blanca, uniforme en apariencia, se analiza en el espectro, el espacio puede descomponerse analíticamente; pero este acto de conocimiento llega hasta desvelar los conflictos internos de lo que parece homogéneo y coherente, y se presenta y actúa como si lo fuera”
(Lefebvre, 1974:385).

Este capítulo tiene la finalidad de dar una visión global del cuerpo de las mujeres ficheras en el comercio sexo-erótico que articula los capítulos subsiguientes. Para lo cual retomo como veta de análisis al cuerpo dentro de la dimensión espacio-temporal que enmarca la serie de relaciones comerciales, laborales y personales que acontecen dentro del espacio de trabajo. Por lo tanto, concibo como primera alternativa entender la etnografía bajo la idea de espacios transpuestos, lo que posibilitará, en tanto eje teórico-metodológico, comprender los flujos y conexiones sociales protagónicas de cambios en determinado momento histórico (Escalona, 2014). En el terreno empírico, la transposición corresponde al primer espacio de la experiencia que es el cuerpo mismo de la mujer fichera dentro del campo del comercio sexo-erótico. El cuerpo, sumido en una serie de desfases, desarticulaciones, tensiones y relaciones que no siempre se comportan de manera armónica, sino que por su esencia sólo pueden ser interpretadas a partir de las contradicciones que derriban cualquier intento por establecer una rigurosa lógica explicativa, como por ejemplo restringir las relaciones y el cuerpo a un “automatismo comercial” que únicamente funciona de acuerdo a la lógica del comercio.

Por el contrario, trataré de compartir una textura narrativa que permita aproximarse, en la medida de lo posible, a las subjetividades que encausan interpretaciones diversas devenidas a partir de la experiencia auto-etnográfica.

En correspondencia con las contradicciones del espacio, Lefebvre (1974) menciona que existe un esfuerzo persistente por subordinar el espacio social a las manipulaciones cuantitativas hacia una tendencia de eficacia operativa, no obstante, en el espacio “lo cualitativo no se deja absorber por lo cuantitativo, como tampoco el uso por el valor de cambio. En realidad, reaparece el espacio” (Lefebvre 1974: 385).

Como comprenderá el lector, el trabajo etnográfico se sitúa exclusivamente en un centro nocturno de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, por lo que aquí hago un esfuerzo por introducir algunas precisiones que ayudarán a vincular, y sobretodo hacer más comprensible la idea general que se plantea y que resumo en los siguientes puntos, mismos que se desprenden del análisis de las transposiciones que se encuentran en los elementos distinguibles en la información etnográfica: erotopía, teatro, fábrica, relaciones personales, poder y estigma. Cada uno de los elementos se encuentran desarrollados de manera indistinta, entremezclados y correlacionados a lo largo de todo el contenido.

Comenzaré por sugerir, que a su vez cada uno de estos elementos pueden ser también trabajados a modo de niveles. En este sentido, el primer nivel sería el de erotopía que surge en afán de construir una lectura del contexto del centro nocturno ubicado dentro de la ciudad de San Cristóbal como un compuesto conceptual que deriva de la composición de tres nociones —no lugares, heterotopía y pornotopías³¹—. Dichas nociones se articulan de modo que se pueda tomar en cuenta el espacio de estudio, en este caso “Las Venus”, no sólo en su interior como un sitio

³¹ Para conocer la especificidad conceptual y el desarrollo de cada una de las nociones que componen la erotopía, el lector puede remitirse al capítulo 2.

aislado, sino como un espacio que ha sido creado e influenciado en todo momento por fuerzas externas tales como globales, institucionales y sociales que fueron partícipes de su creación y ubicación dentro del imaginario urbano en torno a las polaridades del centro-periferia.

Al ser San Cristóbal una ciudad con gran afluencia turística es considerada una *borderzone*, ya que describe a aquellos lugares en los que convergen múltiples circuitos de turismo transnacional caracterizados por la producción de relaciones efímeras (Escalona, 2016). En dicha lógica, la “zona de tolerancia” se ubica marginada de la dinámica central en su calidad de espacio estigmatizado, pero contradictoriamente incluida en tanto espacio deseado y necesario al contrastar con las expectativas hegemónicas que dominan las zonas habitacionales y los espacios turísticos de la urbe. Es preciso entonces apuntar que el concepto de “zona” remite a un espacio físico y “tolerancia” se vincula con aquello que persiste a pesar de ser “inaceptado” o “inapropiado”. Las instituciones gubernamentales y la moral pública adquieren la función de implementar un orden que regularice, normativice y contenga (en el sentido espacial) las prácticas y a los actores implicados en el comercio sexo-erótico, pues cabe mencionar que al ser un negocio es también una fuente de economía que activa los recursos a costa de lo que “no se quiere ver”, que implica la transformación monetaria de las prácticas sexuales y eróticas que produce el cuerpo femenino.

Se hace uso del siguiente nivel que corresponde a la metáfora de fábrica, en la que destaca —en un sentido interpretativo— la administración y la gestión de los cuerpos eróticos movilizadas a favor de las prácticas de consumo. En este sentido, me interesa hacer notar que “Las Venus” posee un complejo sistema que podemos decir que se divide en el control operativo de dos dimensiones intensamente experienciales e indisolubles tiempo-espacio, que con motivos encaminados es este análisis, se traducen en erotopía-erocronía.

Existen distintos referentes que nos ilustran la manera en la que el tiempo operacionaliza los ritmos de trabajo dentro de “Las Venus”, comenzando con la jornada laboral, y seguido por la ficha, la cual, es el valor común impuesto a los distintos tipos de actividades que las ficheras/bailarinas realizan mediante el uso de su cuerpo a lo largo de la noche.

El tiempo de trabajo aquí es entonces “la noche”, otra de las características que no debemos pasar por alto, ya que se asocia con el estigma que conlleva la realización de una actividad laboral nocturna vinculada al uso del cuerpo con fines eróticos y sexuales. Aquí en “Las Venus” la noche se convierte en el tiempo productivo para los trabajadores, cuya función es crear una atmósfera ilusoria de entretenimiento para los usuarios que concurren el lugar.

En lo anterior podemos hacer notables dos transposiciones más que son el horario nocturno yuxtapuesto con el horario de trabajo, y la producción yuxtapuesta con el consumo. Llegado este punto, vale la pena preguntarse cuál es “la magia” —por decirlo de alguna manera— que se encuentra detrás del valor que equivale a una ficha, por ejemplo, al momento que el cliente paga por la bebida de una fichera/bailarina. Pues bien, uno de los objetivos centrales del trabajo sexo-erótico es lograr que el cliente sienta que paga por algo más que por la bebida, lo que de simple modo podríamos llamar como “acompañamiento”. Sin embargo, dicha labor de acompañamiento conlleva una serie de rituales de producción y preparación del cuerpo antecedentes a la puesta en escena, mientras que esta última es la parte visible de dicho proceso³². La teatralidad es el meollo o punto central de la conversión del cuerpo a objeto del deseo.

Como he mencionado, “Las Venus” sería entonces un espacio de ocio, por tanto, Lefebvre (1974) señala que, en las áreas de este tipo el cuerpo recupera ciertos derechos de uso semi-

³² Escalona (2016) propone el enfoque estereográfico para encaminar una búsqueda hacia aquello que pareciera oculto pero que no lo está, sino que simplemente no lo vemos. En este sentido mi participación como trabajadora fichera/bailarina me abrió una puerta para conocer y encarnar directamente la serie de procesos y rituales que añaden el valor a una ficha.

ficticios o semi-reales, lo que hace referencia también a la cualidad del contra-espacio (Foucault, 2010), pues es en esta restitución del cuerpo abstraído de la cotidianidad que apela a una restitución del deseo y del placer (Lefebvre, 1974). Sin embargo, Lefebvre afirma que a dicho deseo “no le corresponde ningún objeto preciso sino un espacio dónde pueda desplegarse” (Lefebvre, 1974:386), punto en el cual implica entrar en controversia al plantear al cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas como espacio de experiencia, pero también como objeto de deseo. Es decir que siendo de la manera anterior, el centro nocturno sí corresponde a un espacio en donde el deseo se despliega, pero también el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas en tanto espacio y en tanto objeto.

A gran escala, la industria de los *clubes* de striptease del tipo de “Las Venus” han encontrado y funcionan de acuerdo a la fórmula del erotismo que ha devenido en una empresa, en la que se promueve la ficha como objeto simbólico de conversión monetaria detrás de la cual existe un proceso social. Al igual que la “etnomercancía³³” que describe Escalona (2016), el erotismo, siendo algo abstracto, induce a la mujer que asume el rol de fichera/bailarina a crear o fabricar una ficción, es decir, a un proceso de sobrefetichización que consiste, con ayuda del escenario que sería el centro nocturno, y a través del *performance*, en adherir valores al objeto (bebida, por ejemplo), para que el consumidor crea que está pagando por algo especial, quien a través del pago termina por aceptar “la magia” mientras dure la bebida. Este proceso sería equiparable entonces a concebir la producción de una eromercancía³⁴, no siendo únicamente el cuerpo objetivado de la mujer fichera/bailarina el que está en juego, sino la composición

³³ El concepto de etnomercancía apela a los elementos (objetos o cuerpos) de una cultura o identidad que son transformados en mercancías. Para que esto ocurra, estos elementos entran en diversos mercados o regímenes de valor: fetichización (Escalona, 2016).

³⁴ Empleo la noción de eromercancía con el objetivo de problematizar la definición marxista que refiere a la mercancía como un “objeto exterior o cosa” (Marx, 1975), al convertirse el cuerpo en la ficha como medio de disposición teatral erótico y sexual.

completa que constituye el juego económico y teatral del centro nocturno. En este espacio, se espera que se construyan relaciones efímeras, volátiles o en términos de Lefebvre, semi-ficticias, que sean capaces de hacerse y de disolverse al ritmo que circulan las comandas dentro del bar.

Quizá uno de los temas más relevantes sería el análisis de transposición del espacio y el poder para destacar algunas de las múltiples formas de poder que convergen en el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas, lo que automáticamente nos remite a una ardiente discusión sobre la estructura y las posibilidades de estrategia que se desempeñan en el ambiente laboral, pero también en la vida cotidiana para poder sortear las presiones que se viven. La estigmatización, la cosificación del cuerpo femenino, los estándares de belleza, la violencia estructural y la explotación laboral característica del sistema capitalista fueron algunas de las expresiones de poder que logré distinguir tanto en mi experiencia propia como en la experiencia de mis compañeras. Deleuze (2014) retoma el análisis que Foucault hace sobre el poder con relación al panóptico y distingue tres definiciones que pueden ser también ubicadas en el trabajo sexo-erótico.

Es verdad que el uso del panóptico está directamente relacionado con el contexto específico de la prisión, no obstante, es un modelo ejemplar para contrastar otras formas de poder quizá más abstractas en sus diferentes dimensiones. En este sentido, Deleuze (2014) distingue que el panóptico está ligado a una materia formada, que son los prisioneros, y a una función formalizada, que es el castigo. En el contexto que aquí compete, es de mi interés contraponer las tres definiciones que el autor desarrolla para estudiar el poder que se ejerce en distintos niveles por medio de los diferentes actores hacia las trabajadoras sexo-eróticas, no sin antes aclarar que ninguno de los actores partícipes queda exento de incorporar el poder tanto en formas de ejercicio como de dominación, ya que según la lógica del neoliberalismo, todos devenimos en cierta medida instrumentos de nuestra propia dominación frente a las instituciones voraces que

dominan nuestras vidas (Coser, 2018). Sin embargo, debido a que mis actrices centrales son las mujeres ficheras/bailarinas, centraré mi enfoque en ellas.

Siguiendo el modelo del panóptico, la materia formada serían las trabajadoras sexo-eróticas o ficheras/bailarinas, y la función sería entonces la de la vigilancia, principalmente, y en menor medida la del castigo. La segunda definición consiste en que el panóptico es un sistema donde se “ve sin ser visto”. Pensemos en la arquitectura misma de la urbe que margina, aísla y contiene dentro de los límites de una “zona de tolerancia” a las trabajadoras sexo-eróticas con el objetivo de “salvaguardar” la moral pública, pero también en virtud de dirigir los aparatos de poder institucionales (seguridad pública y sanitaria) hacia esta zona mediante operativos, reglamentos, y también lucrando con el comercio sexual al recibir sus respectivas comisiones legales o ilegales para desempeñar sus funciones u omitirlas.

Otro ejemplo en un nivel más directo sería el caso de la vigilancia a través de las cámaras instaladas en los camerinos que operan en beneficio de los altos cargos de bar (dueños y gerentes) para mantenerse cerciorados de que las ficheras/bailarinas están trabajando de acuerdo a las normas del lugar. De igual manera, por medio de las amonestaciones que se reciben a través de “la mami”, los dueños y gerentes reafirman la eficacia de este control que mira sin ser visto. “El panóptico entonces, puede convenir para todo, para todas las materias visibles, para todas las materias formadas, sea la escuela, la fábrica, el cuartel, la prisión. Conviene en grados diversos para todo eso. El panóptico deviene en un modelo” (Deleuze, 2014:78).

Pero el panóptico, nos dice Deleuze (2014), no es exclusivamente un sistema arquitectónico y óptico, sino que por medio de éste se impone una organización espacio-temporal rigurosa a “una tarea cualquiera a la multiplicidad humana cualquiera”. Como es el caso de la organización operativa que prevalece en la gestión de las actividades dentro del entorno laboral del centro nocturno.

Ahora bien, el modelo panóptico engloba diversas formas de poder que prevalecen, sobretodo en aspectos muy concretos vinculados al trabajo, pero existen otras expresiones de poder que se escapan de este modelo. Es por lo anterior que en el desarrollo del capítulo 4, doy preferencia al uso del concepto de estrategia por encima del de agencia, ya que la agencia en este caso, apela más a un sentido de libertad del actor, mientras que la estrategia es alusiva a la interacción que los actores realizan con las distintas formas de poder sin querer decir que quedan exentos de las formas de dominación.

En el sentido que Bourdieu (2006) la explica, la noción de estrategia “tiene como primera virtud notar las *coacciones estructurales* que pesan sobre los agentes y a la vez la posibilidad de respuestas activas a estas coacciones” (Bourdieu, 2006:34).

En otras palabras, considero que no hay manera de escapar al poder, sino que deambulamos de una forma a otra mediante las estrategias que llevamos a cabo.

En el caso del trabajo sexo-erótico resulta válido pensar que ciertas formas del uso del cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas prevalecen dentro del margen lo prohibido, por lo que llevar a cabo esta actividad laboral indudablemente conlleva un ferviente ejercicio reflexivo sobre las relaciones, sexualidad, intimidad, erotismo entre otras amplias cuestiones que trastoca en la persona el trabajo sexo-erótico. Empero, a pesar de que las prácticas sexo-eróticas son incluso transgresoras, las mujeres no quedan exentas de in-corporar otras formas de poder como la violencia estructural (pobreza, crimen organizado), estigmatización, marginación, desconocimiento social de su actividad laboral como un trabajo, violencia de pareja, violencia contra la mujer, poco o nulo acceso a la justicia y a las prestaciones de ley, daños a la salud, autoexplotación, entre otras formas de violencia que orillan a la implementación de estrategias para sortear la serie de inconvenientes que supone la cotidianidad del trabajo sexo-erótico.

Por lo tanto, una vez aclarada la lógica de trasposiciones que se implementa para la comprensión global que da sentido al contenido de este trabajo, en los siguientes capítulos aportaré un análisis más fino sobre los temas surgidos a partir de la información empírica.

CAPÍTULO 2

“LAS VENUS” COMO ESPACIO EROTÓPICO EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

1. "Mi cuerpo, implacable topía" Desde que abro los ojos, me es imposible escapar a ese lugar que dulce, ansiosamente, Proust habita en cada despertar. Y no es porque a causa de él me encuentre anclado en donde estoy, pues, después de todo, no sólo puedo moverme y removerme, sino que también puedo removerlo a él, moverlo, cambiarlo de lugar. Pero he aquí que no puedo desplazarme sin él; no puedo dejarlo allí donde está para yo irme por otro lado. Puedo ir al fin del mundo, puedo esconderme por la mañana bajo las cobijas, hacerme tan pequeño como me sea posible, puedo dejarme derretir bajo el sol en la playa: él siempre estará allí donde yo estoy; siempre está irremediabilmente aquí, jamás en otro lado. Mi cuerpo es lo contrario de una utopía: es aquello que nunca acontece bajo otro cielo. Es el lugar absoluto, el pequeño fragmento de espacio con el cual me hago, estrictamente, cuerpo. Mi cuerpo, implacable topía"
Foucault (2008:11).

Como he narrado en la introducción la elección del tema me fue interponiendo ante momentos decisivos, en los que tenía que hacer elecciones sobre la manera más adecuada de abrirme camino en el terreno de la ficha, es decir, en gran medida mi apertura e inclusión al campo fue un proceso orquestado por la improvisación.

Las complicaciones derivadas del traslado a Tapachula durante los meses previos al inicio de la temporada de campo me fueron generando una sensación de estrés, debido a la incertidumbre que me deparaba adentrarme en el tema de investigación. Existían varios factores que alimentaban este sentimiento. Primero se me había advertido que no era fácil trabajar en estos ambientes, a menos que tuviera vínculos con alguna organización que trabajara con mujeres trabajadoras sexuales, ya que generalmente se piensa a los espacios que conforman la red-ficha como lugares herméticos y místicos, así como también, a las personas que laboran dentro de los mismos. En segundo lugar, mi previa concepción de la ciudad de Tapachula como un lugar

riesgoso (cuya sensación de riesgo se incrementaba aún más en los establecimientos de comercio sexual); y finalmente la distancia³⁵ que me dificultaba un traslado continuo que pudiera ayudarme a forjar cierta familiaridad con el entorno y poder iniciar a abrirme camino. Fue así, como mi asentamiento más constante en San Cristóbal fue decisivo para elegir esta ciudad como mi campo de estudio y de trabajo.

En este capítulo propongo el desarrollo de aquello que podría ser alusivo al contexto³⁶ de “Las Venus”, localizada en la ciudad de San Cristóbal, establecimiento de comercio sexo-erótico, en donde resolví finalmente situar la investigación. Por tal motivo recurro a la noción de erotopía, en afán de aproximarme a una reflexión más elaborada sobre cómo pensar la localización del centro nocturno dentro de la “zona de tolerancia”, en correlación con la arquitectura de esta urbe. A partir del concepto de erotopía, trato de destacar la forma en la que el *topos* y el tiempo, inciden de diversas formas en las experiencias de vida de las trabajadoras ficheras/bailarinas que laboran dentro de estos centros de espectáculo, ya que las implicaciones del espacio están configuradas bajo la influencia histórico-ideológica, que finalmente se viven con y a través del cuerpo; es decir, el espacio se hace cuerpo, pero también, el cuerpo es el inicio del espacio, nuestro espacio primario, en el que converge la materialidad permanentemente diluida en la experiencia.

De esta manera, me gustaría enfatizar que es vital partir introduciendo las dimensiones — indisociables—clave que permean a todo momento la existencia del cuerpo (tiempo-espacio),

³⁵ El tiempo promedio de traslado entre Tapachula y San Cristóbal de Las Casas en un vehículo como un autobús es alrededor de siete horas.

³⁶ Considero complicado abstraer el contexto como un fragmento desvinculado de la totalidad del trabajo, ya que toda práctica y toda experiencia está enfocada en distintos niveles contextuales, es decir, está siempre situada. Sin embargo, en este capítulo me enfocaré en priorizar la ciudad de San Cristóbal de Las Casas como el núcleo que permea mi espacio de trabajo: “Las Venus”.

pues en conjunto con la práctica que se gesta a través del cuerpo, se crea una relación con el universo social que lo circunscribe, a su vez, los cuerpos encarnan y transforman dicho universo.

Bourdieu (1999) habla sobre la “doble inclusión”. Basado en Pascal, refiere dos tipos de espacio, lo que yo interpreto como dos cualidades imbricadas que lo conforman, o una coexistencia entre los agentes y sus propiedades —el espacio físico y el espacio social—. El primero, es aquel que te abarca y te comprende, es decir, el cuerpo sumergido en una inclusión material del mundo físico. El espacio social se refiere a aquel que se presenta de manera más o menos deformada en el espacio físico, de modo que, a cada instante, el espacio puede ser representado real y simbólicamente.

Así que, de manera breve, señalo que la erotopía puede ser comprendida a partir de tres referencias fundamentales —no lugares, heterotopías y pornotopías³⁷—. Las tres, derivan de reflexiones teóricas sustentadas sobre la noción del *topos* que ayudan a pensar a la erotopía como una nueva forma para analizar la “zona de tolerancia”, en tanto *topos*, de prácticas articuladas con la sexualidad y el erotismo. Ambas prácticas, estructuradas y administradas a partir del comercio, regularizadas institucional y moralmente³⁸.

³⁷En resumen, entenderemos los no lugares como espacios de anonimato, las heterotopías como contraespacios y las pornotopías como *topos* eróticos de consumo. Estas ideas se irán desarrollando a lo largo de este capítulo.

³⁸Cuando la actual “zona de tolerancia” comenzó a consolidarse, los tres primeros centros nocturnos (El Premiere, Hawaiano y California) firmaron el convenio para regular la *prostitución* el 2 de agosto de 1996. En este mismo año, se trabajó para publicar el Reglamento para el control de la *prostitución* en el municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, documento que organiza la estructura de poder encabezada por el Ayuntamiento que a través de la Dirección de Servicios Públicos —*Subdirección de Salubridad Municipal, Unidad Jurídico Social y Dirección de Protección Ciudadana*— tiene la facultad de “eliminar o reducir sus efectos nocivos en el municipio” (Reglamento para el control del ejercicio de la *prostitución* en el municipio de San Cristóbal de Las casas, Chiapas, 1996:2).

Lo anterior, nos remite a la manera en la que los centros nocturnos son regulados bajo la idea de espacios de *prostitución*. No obstante, en la actualidad el reglamento es inconsistente con la realidad del centro nocturno, principalmente porque en estos espacios se da prioridad a otras actividades económicas “más eróticas” como el baile y la ficha, mientras que el servicio sexual es menos frecuente. El establecimiento no cuenta con áreas señaladas en este reglamento como habitaciones con camas, específicamente destinadas para el intercambio sexual. No existen las inspecciones o control sanitario; y al

Comenzaré con Augé (1992), para presentar la ciudad de San Cristóbal como una pequeña urbe que no ha dejado de ser arrasada por las olas de la sobremodernidad. En San Cristóbal, los tiempos, la historia y los espacios se traslapan formando una mezcla heterogénea, pero a la vez sumergida en un entorno caótico.

Dirá Augé, que el mundo contemporáneo se caracteriza por la sobremodernidad y ésta, se describe por el exceso. En este sentido, la sobremodernidad ha llegado prácticamente a todos los rincones del mundo, pues es un fenómeno global, y San Cristóbal no ha sido la excepción. Según este antropólogo, dicho fenómeno conlleva tres transformaciones que denomina figuras del exceso, las primeras serían los cambios en la percepción del tiempo y del espacio. A medida que la historia se acelera —superabundancia de acontecimientos— el tiempo también parece relativizarse, generalmente bajo la sensación de que es siempre insuficiente. Asimismo, el espacio de la sobremodernidad se vive como un achicamiento del planeta, debido al flujo incesante de información, bienes y personas. Finalmente, la tercera figura, corresponde a la individualización de las referencias, pues, las relaciones que se mediatizan apuntan a fines individualizados, pero convergen en prácticas de movilidad y de consumo.

contrario, pareciera que la actividad de servicio sexual se encubre en estos lugares, pues en diferentes áreas hay carteles que advierten a usuarios y trabajadoras (ficheras/bailarinas) que “está prohibido el acto sexual en ese espacio”. De manera que el servicio sexual pasa a ser una actividad clandestina, más que regulada en el mismo establecimiento, pues si bien ocurre, esto es bajo la responsabilidad de la mujer fichera/bailarina que realiza la negociación con el cliente. Ella es la responsable de tomar las medidas sanitarias convenientes como el uso del preservativo, mismo que debe de comprar. Finalmente, el precio negociado con el cliente le será retribuido a la fichera/bailarina al 100 por ciento, de manera que no existe directamente una comisión para el bar por el servicio sexual. Cabe señalar que ninguna mujer es coaccionada para tener relaciones sexuales con los clientes en “Las Venus”. Todo lo anterior nos remite a una serie de mecanismos que los propietarios emplean para sortear las inconveniencias administrativas de la actividad sexual apegada a la normatividad institucional, pero también existen razones de índole moral que pareciera pretenden “purificar” la apreciación pública del centro nocturno.

La sobremodernidad entonces, crea sus espacios —los no lugares³⁹—. Por un lado, requiere de la conformación de una red apretada de medios de circulación acelerada de bienes y de personas (carreteras, autopistas, centros comerciales, vías rápidas, etcétera), y por otro, la modernidad no borrarán los lugares antiguos, sino que los transformará en un esquema similar al de los museos: espacios iluminados, expuestos y calles peatonales.

Inmediatamente las reflexiones de Augé, cobraron sentido en mi habitar cotidiano de San Cristóbal, ciudad que “no tiene mucho que comenzó a cambiar”, como lo refieren sus habitantes, quienes han vivido este proceso a lo largo de las últimas décadas, y perciben cómo el ritmo se acelera, a medida que la vida y el paisaje se torna más urbano.

Desde que llegué a la ciudad, en agosto de 2016, me asenté en la zona del centro. Los andadores se convirtieron en la ruta continua que recorría día con día. Los primeros días sólo podía notar un flujo incesante de personas, cafeterías con mesas y sombrillas en las banquetas, *boutiques* de ropa, artesanía y productos zapatistas; mientras mis pasos marcaban un ritmo distraído sobre el suelo irregular de piedra caliza. El horizonte me rodeaba por montañas con tonalidades verdes y azuladas, cuya cima se coronaba con antenas de comunicación. No tardé en comenzar a distinguir algunas de las características de las personas con las que me cruzaba: turistas efímeros, residentes de San Cristóbal⁴⁰, y visitantes esporádicos provenientes de Tuxtla u otras regiones de Chiapas.

³⁹ Augé define los “no lugares” de la siguiente manera: “Esta concepción del espacio se expresa, como hemos visto, en los cambios en escala, en la multiplicación de las referencias imaginadas e imaginarias y en la espectacular aceleración de los medios de transporte y conduce concretamente a modificaciones físicas considerables: concentraciones urbanas, traslados de poblaciones y multiplicación de lo que llamaríamos los <<no lugares>>” (Augé, 1992:21).

⁴⁰ A más de dos décadas, la población que integra San Cristóbal de las Casas ha devenido más diversa, pues actualmente radican en esta misma urbe, habitantes nativos, migrantes internos e internacionales y personas indígenas provenientes de comunidades cercanas.

Los andadores de San Cristóbal podrían parecer como un espacio para todos; sin embargo, con el paso de los meses comprendí que existe una lucha racial y una lucha por la subsistencia económica que definen las distintas actividades, prácticas y formas de representar el cuerpo en los distintos lugares que también están diferenciados según estas características.

Así, al principio, lo que comenzó por ser un mar de gente cobró un sentido, quizá simplista, pero dirigido hacia la necesidad de organizar este universo de una manera parcialmente legible, por lo que retomé el concepto de gentrificación para comprender los fenómenos de transformación urbana que yo estaba presenciando.

El fenómeno de gentrificación es muy claro en esta ciudad. Aproximadamente en los últimos años de la década de los 90, la influencia marcada por el ritmo global comenzó a modificar la morfología urbana de San Cristóbal. Basado en otros autores⁴¹, Vergara (2013) describe que la tendencia gentrificadora se dibuja principalmente en tres zonas:

- i) Zonas tugurizadas, donde existe un manifiesto deterioro de las condiciones de los inmuebles y de las oportunidades sociales de los habitantes. Son territorios marginados que generalmente cargan con tipificaciones negativas dentro de los imaginarios urbanos circundantes,
- ii) Zonas periurbanizadas, donde predominan las construcciones de baja densidad en un contexto campestre, pero con conectividad con la “ciudad central” a través del automóvil, y la gama de servicios urbanos; y
- iii) Zonas gentrificadas, generalmente localizadas en los barrios centrales de las ciudades, siendo producto de planes de renovación urbana en el marco de ejes asociativos entre agentes urbanos públicos y privados (Vergara, 2013:221).

⁴¹ Donzelot (2004) y (Gravano, 2005).

En esta nueva forma de la ciudad también se gestan desigualdades en el uso y el acceso a los espacios que polarizan la zona gentrificada (iii) de la zona tugurizada (i): En las zonas gentrificadas (iii) la renta potencial del suelo se invierte por la renta capitalizada de suelo; es decir, en el caso de San Cristóbal, los precios de renta en la zona del centro se incrementan y sólo se puede acceder a ellos a partir de la creación de espacios comerciales destinados al turismo. Por otra parte, las zonas tugurizadas (i), se articulan al imaginario social mediante formas diversas de estigma, se les percibe como lugares peligrosos, pobres, marginales, que contaminan y transgreden lo que se busca mostrar de la ciudad: un espacio inclusivo, limpio, sin desigualdades, paraíso del turista y de las clases sociales que pueden acceder a los bienes y servicios que se prestan en la zona centro.

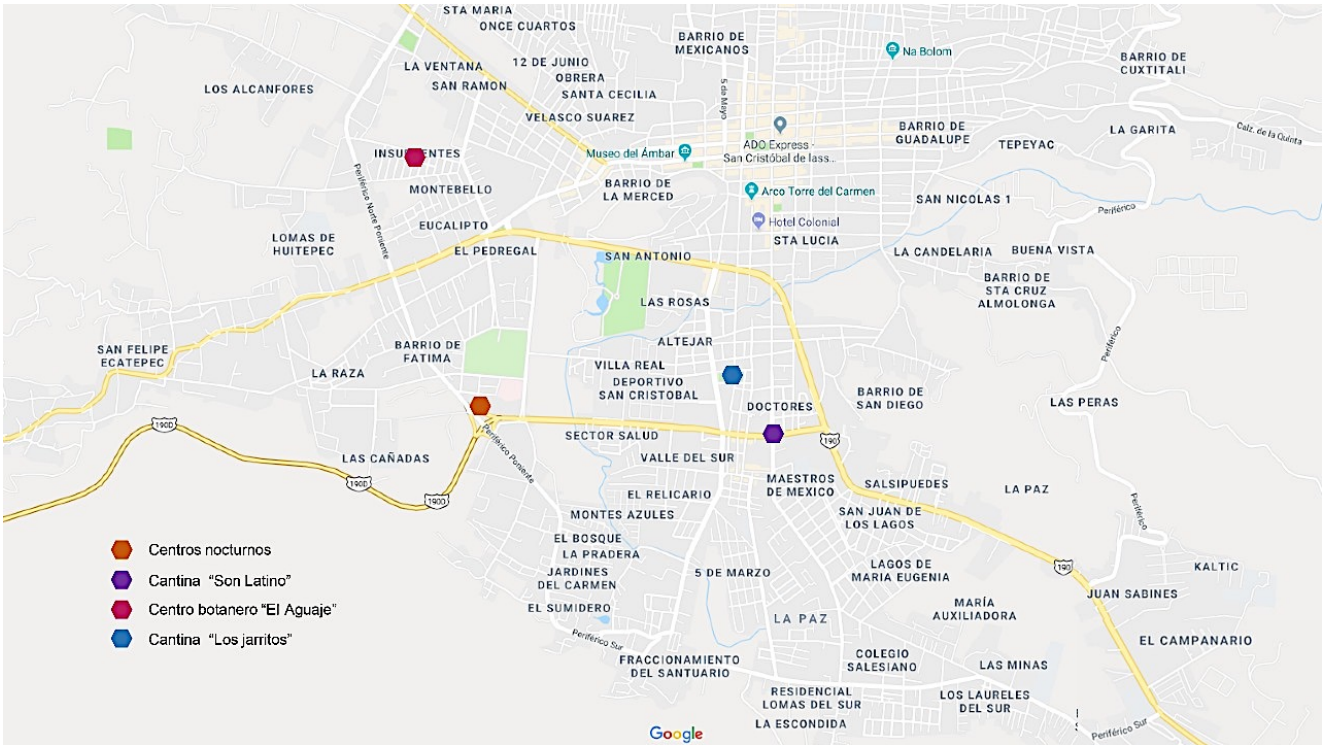
Este fenómeno de transformación capitalista, en San Cristóbal, se conjunta con el proceso colonial, los conflictos religiosos⁴² y políticos que dan forma a un espacio arquitectónico concreto de calles empedradas, asfalto, barrios de extranjeros y turistas, barrios de las personas indígenas expulsadas, etcétera. Pero sin lugar a dudas, uno de los principales eventos que impactó en la forma actual de la ciudad, se originó en los años subsecuentes al levantamiento zapatista, cuando la presencia de organizaciones no gubernamentales (ONG) internacionales y la información vertida en los medios de comunicación agilizaron la difusión global y la conformación de un tipo de industria viajera vinculada al zapatismo. Muchos viajeros, principalmente europeos y del resto del mundo se adhirieron al movimiento, otros sólo se interesaron en las actividades turísticas como el denominado “zapaturismo”. La importancia que

⁴² En el sureste mexicano se han venido gestando procesos de cambio religioso entre católicos tradicionalistas, católicos partidarios de la teología de la liberación, protestantes y milenaristas. Este proceso conforma una lucha político-religiosa que ha sido causante de la expulsión masiva de personas de comunidades de Los Altos de Chiapas acusadas de “evangelistas” y “quemasantos”, hacia San Cristóbal desde la década de los 70 (Vallverdú, 2002).

deriva de este evento se puede correlacionar en dos aspectos con el comercio sexual⁴³: a) la gran afluencia de turismo internacional y la demanda del turismo sexual (manifestada en la presencia de turistas como clientes o usuarios eventuales en los establecimientos de comercio sexual) y b) la reestructuración del espacio urbano, en el que se marcan nuevos contrastes en el imaginario centro-periferia. Bajo esta lógica, el centro alberga al turista internacional y el espacio se exhibe, se muestra como símbolo de lo deseable; en contraste con la periferia, que oculta las realidades marginales (espacios, prácticas y actores) de la ciudad de San Cristóbal.

Fue sugerencia de mis profesoras, también angustiadas por esta situación, que comenzara por explorar espacios de la red-ficha en mi lugar de residencia, San Cristóbal, pues se me señaló: “ahí también hay muchos de esos lugares”. A partir de esta sugerencia comencé a indagar en varios establecimientos, primero en compañía de algunos compañeros quienes también motivados por la curiosidad se mostraron solidarios para acompañarme en estos primeros recorridos. Comencé de igual manera preguntando con personas que conocían la ciudad en qué lugares podía encontrar a mujeres ficheras. Afortunadamente contaba con el trabajo de Zarco (2009), ya mencionado en la introducción, quien había realizado una investigación profunda en cantinas y centros botaneros de esta ciudad. Las primeras referencias que obtuve a través de pláticas informales, fueron de igual manera estos espacios (cantinas y centros botaneros) a los que recurrí.

⁴³ Durante el movimiento zapatista, el incremento de la militarización tuvo un importante papel en la conformación del comercio sexual en San Cristóbal de Las Casas. Para más información acerca de la relación entre el trabajo sexual y la militarización el lector puede recurrir a Ramos y Pérez (2009). No obstante, a lo largo del tiempo de mi trabajo de campo, la presencia de militares en “Las Venus” no era la más significativa en comparación con la de profesionistas, trabajadores del gobierno, comerciantes y empresarios.



Mapa 1: Ubicación en la zona urbana de establecimientos etnografiados en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. En el Reglamento para Vigilancia, Control de Horarios y Días de Funcionamiento de Establecimientos dedicados al Almacenamiento, Distribución, Venta y Suministro de Bebidas Alcohólicas en el Municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, se define la cantina y cervecería como: “Lugares en donde se vendan bebidas alcohólicas en general acompañadas de alimentos”. Mientras que el centro nocturno es: “Un local público de recreación, con venta de bebidas alcohólicas en horario nocturno” (2016:2-3). Fuente: recuperado de *Google Maps* e intervenido.

El primer caso fue una cantina ubicada dentro del área del Mercado Popular del Sur (Merposur)⁴⁴ que actualmente se hace llamar “Son Latino”, antes “Gallo de Oro”. Se dice que el nombre ha cambiado debido a las riñas ocurridas en el local. Este lugar se percibe como peligroso. Un taxista me compartió su percepción acerca del “Son Latino”: “¡No! Ahí han habido hasta muertitos”. En cuanto a los clientes me comentó: “ahí llega puro albañil”; después recaló que la mayoría de los clientes que recurren a este espacio son comerciantes, por la proximidad con los locales comerciales de la zona del Merposur⁴⁵.

⁴⁴ Zona mercantil ubicada sobre el Boulevard Insurgentes de la ciudad de San Cristóbal.

⁴⁵ Entrevista informal con un taxista de San Cristóbal de Las Casas, 2017.

La primera vez que acudí al “Son Latino” fue un fin de semana. A la entrada, el establecimiento estaba repleto, había luces de colores y la mayoría de las mesas y sillas plásticas estaban ocupadas. Tiempo más tarde pude ubicar la dinámica de la ficha. Visualicé primero algunas chicas que estaban sentadas solas, casi todas con ropa oscura, *jeans*, blusas, o vestidos con algunos detalles brillantes. En otras mesas había grupos de hombres riendo y conversando con otras chicas. Esta noche había un altar muy grande y decorado dedicado a San Judas Tadeo, tenía varias figuras del santo de diferentes formas repleto de flores amarillas y veladoras, el altar era imponente. En medio del salón había un espacio libre en donde las parejas se paraban a bailar. Las chicas cobraban 30 pesos por pieza. Como parte del *show* el sitio también cuenta con una tarima de madera en donde se lleva a cabo la “variedad”. “¿Por qué se llama variedad?”, pregunté a un amigo; él me respondió que desconocía el sentido exacto de la palabra, pero “quizá es porque va uno detrás de otro” y es un *show* acostumbrado en algunos lugares en donde se presenta un comediante, se toca música en vivo o se realiza algún tipo de *performance*⁴⁶.

“Los Jarritos” es una cantina que se ubica a un costado de la plaza de toros “La Coleta”, un poco retirado del centro de la ciudad, pero no al margen. “Los Jarritos” es un lugar aislado de otros establecimientos de este tipo. Desde afuera, se ve como un sitio austero, un salón de ladrillo pintado con colores brillantes. Al entrar, este lugar es oscuro, algunos hombres desperdigados por las mesas, solos, y otros con compañeros, pero no en grupos muy grandes (más de tres). Esa noche había una mesera joven, entre 20 y 22 años de edad atendiendo las mesas; ella nos dio

⁴⁶ Variedad: surge en 1790 dentro de las instalaciones del *Théâtre des Variétés* (Teatro de Variedades) en París. Corresponde a un sistema de espectáculo que sin tener un hilo argumental sigue un número después de otro, es decir, podían presentarse actos musicales, circenses, *burlesques*, humorísticos, entre otros, guiados por un animador.

En mi investigación encontré que “la variedad” sigue siendo un término empleado dentro de lugares que promueven algún tipo de espectáculo, sin embargo, la referencia sobre el origen de la palabra se ha perdido hasta el punto de que nadie sabe por qué se le llama así.

nuestras cervezas. Poco después comencé a descubrir a otras mujeres que estaban fichando con los clientes, mujeres entre 30 y 40 años, vestidas con pantalones y blusas de manga larga ajustadas de colores oscuros. Frente a mí había una chica *trans*⁴⁷ fichando con un cliente, quien le acariciaba la pierna de manera discreta por debajo de la mesa. Llevaba una falda corta y una blusa, de vez en cuando se levantaba de su silla para ir por cervezas y los hombres a su alrededor la miraban con deseo. Ella se mostraba muy atenta hacia nosotros, nos miraba constantemente, jugueteaba con otra fichera, su tono de voz era grave. En otra de las mesas, una mujer robusta platicaba con un cliente, quien con sus manos la tomaba de la cara para intentar “robarle un beso”.

“El Aguaje” es un centro botanero localizado en una de las calles próximas al mercado municipal de San Cristóbal “José Castillo Tielemans”, por lo tanto, se puede decir que está dentro del área del centro de la ciudad. Al llegar a la entrada no se ve demasiado movimiento y la música apenas se percibe. Una vez dentro, uno se encuentra con un gran salón, dividido en tres zonas; a la izquierda de la entrada se encuentra la barra y la cocina, que es un cuarto poco visible para los clientes. Este establecimiento ofrece una carta con platillos de botana que se acompañan con bebidas alcohólicas, generalmente los llamados “cubetazos” o las “caguamas”. Dentro del lugar se observa la presencia de las ficheras, algunas de ellas portan el vestuario floreado de tonos morados que usan en Zinacantán. El lugar es conocido por los habitantes de la ciudad, debido a que tiene dos altares dedicados a la Santa Muerte. Un mesero comentó que el segundo día de noviembre conmemoran con botana la fiesta de la “Niña Blanca”. Sin entrar en profundidad, en este establecimiento se puede observar el trabajo sexual de mujeres indígenas. La labor de las

⁴⁷ Hago uso de la expresión “chica *trans*” como un término ambiguo que no define a la persona como transgénero o transexual, por la poca densidad que hubo en la exploración de este establecimiento.

ficheras consiste en dar acompañamiento a los clientes en sus mesas, mientras beben las cubetas de cervezas “medias” que les ofrecen.

Al haber explorado todos estos espacios, me di cuenta de que cada uno era como un mundo distinto. Las mujeres ficheras, los usuarios, la arquitectura y las prácticas que surgían en cada uno, nunca se presentaban de la misma manera en dos lugares diferentes. Por tanto, sin haber encontrado un camino claro sobre cómo me adentraría de lleno en la ficha, consideré que lo más adecuado al tiempo de trabajo de campo—tomando en cuenta que el enfoque del cuerpo implicaba adentrarse de lleno en el tema—, era trabajar en un solo lugar. Fue como comencé a indagar sobre algún establecimiento en el que me dedicaría de lleno a explorar la práctica de la ficha.



Mapa 2: Zona de tolerancia en San Cristóbal de Las Casas⁴⁸. Fuente: recuperado de *Google Maps* e intervenido.

⁴⁸ Los inicios de la zona actual datan de 1997, cuando se dividieron los espacios “tolerados” en centros diurnos y centros nocturnos/cabarets. De acuerdo al costo y los servicios prestados dentro de los establecimientos, éstos estaban designados para la clase media y clase media alta de la ciudad (centros nocturnos/cabarets), y clases bajas y medias bajas (centros diurnos-botaneros) (Ramos y Pérez, 2009). Aunque ya había un interés institucional por establecer un proyecto de “zona de tolerancia”, una vez más, “la estructura *prostibularia* se extendió desproporcionadamente sin ninguna restricción más que la del dinero” (Ramos y Pérez, 2009).

El primer salón fue el “Premier” ubicado sobre el bulevar como salón de baile que funcionaba desde 1994. Un día llegaron con el dueño y le ofrecieron unirse al proyecto de la “zona roja”. Aunque su salón no tenía este giro, él aceptó registrando su local en la modalidad de cabaret. “El proyecto de la Zona Rosa —se emplea de manera indistinta el término “zona rosa”, “zona roja” para designar la “zona de tolerancia”—, sería análogo al de la Zona Galáctica en Tuxtla” (Ramos y Pérez: 2009:118). Algunas referencias mencionan que los centros nocturnos debían de ubicarse lejos del centro y que esta zona fue “espontánea, no autorizada por el Cabildo, *autoseleccionada por la costumbre y el tiempo*” (Ramos y Pérez, 2009:110). Sin embargo, otros se atreven a decir que esta ubicación no fue de manera arbitraria, pues “este reordenamiento *prostibulario* fue consecuencia de la instalación de la 31ª Zona Militar (Ramos y Pérez, 2009:117).

No puedo obviar, que mi experiencia previa en los diversos espacios de la red-ficha en Tapachula me inclinaron más hacia el ambiente conocido como el *tabledance*, debido a la admiración que me generó el aspecto teatral del ambiente y a la ejecución artística que algunas de las chicas llevaban a cabo en la pista de baile, especialmente en centros nocturnos como “El Marinero”. Fue así como comencé una búsqueda por *Internet* sobre los centros nocturnos en San Cristóbal de Las Casas y rápidamente encontré “Las Venus”, que sería mi futura estación de trabajo. Días después, decidí ir en compañía de Santiago, un compañero. Ambos nos encaminamos hacia el bar la noche de un jueves, alrededor de las 9 p.m. Yo desconocía exactamente la ubicación del lugar, así que, esa ocasión Santiago fue el guía, quien me dijo que nos dirigíamos a la “zona de tolerancia” de San Cristóbal, zona en donde se encontraba “Las Venus”. Mientras íbamos de camino le comenté que mi interés era de primera intención conocer el bar, estar ahí un rato como clientes y quizá beber unas cervezas. Después le comenté una idea que espontáneamente surgió: “Probablemente se me haría muy interesante preguntar qué se requiere para entrar a trabajar ahí”. A medida que platicábamos, nos alejábamos de los espacios comerciales e iluminados del centro, después pasamos por calles estrechas de viviendas que eran más oscuras y pasivas, hasta llegar al Panteón Municipal. Nuestro recorrido continuó hasta tomar un bulevar iluminado por el que pasamos centros deportivos y el Hospital de las Culturas. La amplia avenida nos condujo al último tramo, cada vez más despejado de casas y oscuro, hasta llegar a un lugar de intersección entre dos grandes vías, el Periférico Sur y la autopista a Tuxtla Gutiérrez; el paisaje era el siguiente: gasolineras, tiendas de autoservicios Oxxo, posadas de paso, anuncios y señalamientos viales. ¿Qué más sería este escenario si no es el de los “no lugares” del que habla Augé, espacios en donde prolifera el movimiento continuo, desmesurado, a pesar de la imperante sensación de percibirse sola? No lugares, en donde las relaciones se gestan en el anonimato mediadas por una transacción económica en una caseta de cobro, en el

mostrador de una tienda de autoservicio u otras formas de relaciones efímeras generadas en un mar de movimiento acelerado, sin fin, que únicamente permite vínculos personales estandarizados como cuando la cobradora de la caseta le extiende la mano al usuario para recibir el monto por usar las vías; o incluso incorpóreas, como cuando un gran anuncio vial le da la bienvenida a un lugar.

Augé nos permite pensar en la relación de cuerpo y espacio de la siguiente manera: “Al menos en el plano de la imaginación —pero que se confunde en numerosas culturas con el de la simbólica social—, el cuerpo es un espacio compuesto y jerarquizado que puede recibir una carga desde el exterior. Tenemos ejemplos de territorios pensados a imagen del cuerpo humano, pero, a la inversa, también el cuerpo humano es pensado como un territorio, en forma bastante generalizada” (Augé, 1992:35).

De esta manera, la periferia o “no lugar” dibujaba la puerta de la segunda noción a la que me remito en este texto: la heterotopía. La “zona de tolerancia” es un espacio real que oscila entre los límites de lo prohibido, lo que no se quiere ver, pero como su nombre lo indica, de lo “tolerado”. Cuya característica estriba en la conformación de un espacio “fuera de” las formas aceptadas socialmente que privilegian la familia nuclear como “baluarte de la sociedad”. Dichas formas colocan en el pilar social a las uniones monógamas, cuya transición de la poliginia a la monogamia fue de la mano de la del politeísmo al monoteísmo (Zúñiga,2013). Bajo esta lógica, se concede un alto valor a los derechos sexuales de los hombres casados y las prácticas polígamas persisten con disimulo; no obstante, la calidad moral de las mujeres que trabajan en estos lugares es infravalorada. De esta manera, la “zona de tolerancia” se emplea como un espacio en el cual se permiten las prácticas (eróticas y sexuales) y a los actores que quedan al margen de las convenciones morales por un tiempo determinado. La noche, se convierte en el escenario que encubre bajo su velo este mundo, lo que constituye un campo de transgresión que se desvanece

cada mañana. El “retorno a la moral” permite a los trabajadores y usuarios reincorporarse a sus respectivos roles “moralmente aceptables” en sus familias, profesiones, etcétera.

Concibo la “zona de tolerancia” dentro de la noción de heterotopía, principalmente por la cualidad de ser un contra-espacio. Foucault (2010) habla de las heterotopías como lugares reales fuera de todos los lugares. Según Foucault, en las heterotopías se encuentran cinco principios:

1. Todas las sociedades crean heterotopías. En San Cristóbal de Las Casas han predominado distintas formas de estructurar el intercambio sexual. La implementación del modelo colonial de la sexualidad comenzó a plasmarse en la configuración de las ciudades por la división entre mujeres decentes y mujeres públicas, así como la distinción de espacios públicos y espacios privados⁴⁹. La aceptación de la *prostitución* como un mal necesario, conllevó a una regulación también en términos de espacio. La *prostitución* callejera y clandestina era concebida como un malestar social, pues era un foco de enfermedades de transmisión sexual (ETS), manchaba la imagen de la ciudad y atentaba contra las “buenas costumbres”. Estos fueron algunos motivos por los cuales se resolvió en designar establecimientos cerrados que permitieran tener el control de las actividades sexo-mercantiles.
2. En el curso de la historia cada sociedad puede reabsorber y hacer desaparecer una heterotopía. San Cristóbal de Las Casas ha tenido varias “zonas de tolerancia” anteriores a la que funciona actualmente, no obstante, según Ramos y Pérez (2009) en San Cristóbal estos espacios estuvieron demarcados de manera arbitraria y desorganizada. Por lo tanto,

⁴⁹ En las culturas prehispánicas “las alegres” o las mujeres cuya función social estribaba en formas de servicio sexual ritual, no estaban segregadas en barrios, calles o casas especiales que las separara de las “buenas mujeres” (Lamas, 2017:22) pues muy probablemente estas distinciones morales ni siquiera existían.

las “zonas de tolerancia” no son permanentes, sino que, al contrario, se encuentran marcadas por el ritmo de la urbanización, pues guardan correspondencia con las nuevas gestiones de comercio sexual propios de la modernización y son parte de la vida urbana.

3. En las heterotopías, también existe un fenómeno de yuxtaposición de espacios, que consiste en adosar en un lugar real varios espacios normalmente incompatibles. Las prácticas que se desenvuelven en “Las Venus” pudieran ser consideradas llanamente como un circuito de comercio sexual, empero, dichas prácticas persisten bajo una elaborada atmósfera teatral que pone en juego el erotismo como elemento que se opone a la sexualidad descarnada. En otras palabras, la fabrilización⁵⁰ de los cuerpos del deseo hacen de la sexualidad un producto erótico.
4. Las heterotopías están ligadas a cortes singulares en el tiempo, son parientes de las heterocronías⁵¹. El centro nocturno, es un tipo de heterotopía crónica (erotopía-erocronía), como aquella de Foucault alude cuando se “está de la fiesta”. El escenario nocturno, crea una posibilidad distinta de “habitar la noche”.
5. Las heterotopías poseen un sistema de apertura y de cierre. La “zona de tolerancia” está permeada por este sistema implícito y explícito. En cuanto al primero, he hablado ya acerca del misticismo y el estigma que se vincula a estos lugares. Por una parte, atrae, por otra, también son espacios despreciados o mal vistos. Explícitamente, las regulaciones del centro nocturno se traducen en lineamientos que describen quienes entran y quiénes no. Un ejemplo es la advertencia que se muestra a la entrada del establecimiento que señala la negación del acceso a uniformados y menores de edad, así como el horario de

⁵⁰ En el siguiente capítulo desarrollo de lleno el proceso de fabrilización de los cuerpos del deseo.

⁵¹ El análisis del espacio inevitablemente conduce a tomar como de forma simultánea al espacio, de modo que no es posible pensar en el espacio sin tiempo. Por tanto, Foucault habla de la relación heterotopías-heterocronías de manera tal que la heterocronía significa también un tiempo “fuera” de los ritmos temporales cotidianos, por ejemplo “estar de fiesta” o un funeral.

funcionamiento. Este sistema tiene la peculiaridad de aislar los espacios transgresores respecto al espacio circundante.

En otras palabras, las heterotopías como la zona de tolerancia, son espacios físicos cuya permanencia persiste a pesar de ser espacios negados. Santiago y yo nos encontramos en este espacio demarcado por un gran portón de lámina negro que anunciaba nuestra llegada a “Las Venus”; el vehículo cruzó por un amplio estacionamiento cubierto de grava, hasta que nos estacionamos. A simple vista no parecía que alguien nos observara, pero inmediatamente un hombre con traje negro abrió la reja de la recepción.

Al interior de la recepción se encontraba otro hombre vestido de negro, ambos jóvenes, uno de ellos revisó a Santiago pasando las manos por su ropa y después con un detector de metales, yo pasé como si nada. Finalmente, cruzamos la puerta pesada de lámina que nos permitió descubrir el interior del bar. La atmósfera se caracterizaba por un lienzo de obscuridad coloreado por rayos laser de luz de colores neón y una capa amorfa de hielo seco que deambulaba en el espacio. Miré hacia la derecha, y unas cuantas chicas se acomodaban en las sillas, mientras con curiosidad nos observaban al entrar. La curiosidad fue mutua, pero traté de disimularla desviando mi atención hacia el mesero que amablemente nos invitaba a tomar una mesa. Como buenos novatos, elegimos una mesa a la orilla de la pista, con la intención de poder apreciar el baile de las chicas, sin embargo, sólo habría otras tres personas más compartiendo este espacio de consumo erótico, lo que me lleva a plantear la tercera noción que empleo como referencia para comprender la modalidad de consumo del cuerpo erótico de las mujeres dentro de este centro nocturno: las pornotopías.

Las pornotopías hablan sobre un tipo de consumo cultural situado en la creación de un nuevo *topos* erótico, urbano de posguerra. Sus orígenes podrían estar situados relativamente

recientes, a finales del siglo XX y principios del XXI, después de que el material visual de desnudos femeninos fuera popular entre el ejército. Preciado (2010) sugiere que *Playboy* es una muestra de una mutación cultural, de reordenación de espacios, formas de consumo flexibles, nuevas identidades de género capaces de funcionar como nuevos centros de consumo y producción; y nuevos centros de socialización.

Es por lo anterior, que trazar un punto de origen de “Las Venus” nos remite necesariamente a un desplazamiento geográfico para comprender la influencia de todos estos cambios culturales que dieron lugar al centro nocturno como espacio de comercio sexual, pero predominantemente erótico.

Preciado (2010) refiere que esta invención arquitectomediática tiene la capacidad de producir lo privado en público mediante la elaboración de la domesticidad orquestada y coreografiada con dispositivos y técnicas de vigilancia y reproducción visual. La autora se refiere concretamente a los clubes de *striptease* llamados *Playboy Club* que fueron populares en los Estados Unidos. En estos centros de socialización, los varones podían convivir con “las conejitas” y disfrutar del *show* de desnudos.

Las conejitas eran cuidadosamente seleccionadas, primero con base en su “belleza física”, pero también se buscaba como criterio de selección y de trabajo, encanto y una personalidad amigable. Al ser contratadas, “las conejitas” recibían un manual de introducción a su nuevo empleo⁵², en el que se especificaban puntos sobre un trabajo formalizado que les permitía gozar de seguro médico, vacaciones, servicios e incentivos laborales, a cambio de las normas a las que debían de ajustarse, mismas que estaban totalmente relacionadas con el uso del cuerpo.

⁵² El manual de “conejitas” está disponible en esta liga
<http://www.explayboybunnies.com/history/bunnymanual/bunnymanual3.html>

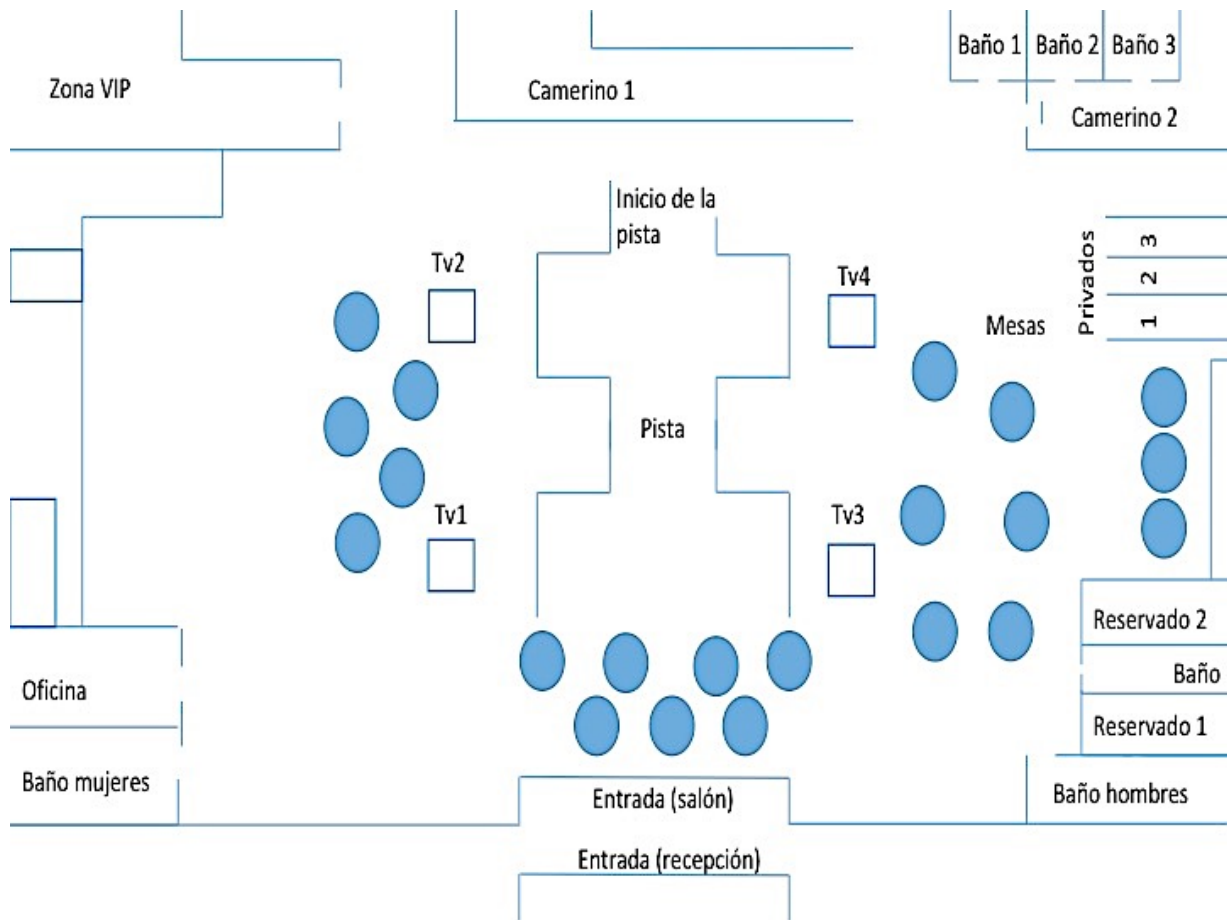
En términos generales “las conejitas” debían de mantener una apariencia impecable, que implicaba el obsesivo decoro del cabello, del rostro, del vestuario y de la higiene; pero también del ejercicio de un porte que les permitiera estar a la altura de los clientes durante la convivencia y manejar las situaciones siempre con amabilidad.

En estos *clubes* no se les permitía entablar un contacto demasiado directo (sexual o personal) con los usuarios, y estaba reservado únicamente a las actividades estrictamente eróticas de acompañamientos y *performance*. Asimismo, en el manual de “conejitas” se les advertía no revelar su información confidencial o aspectos de su vida privada.

Los *Playboyclubs* tenían un diseño administrativo complejo mediado entre las trabajadoras y los jefes a través de la figura de la *Bunny Mother*, quien administraría los permisos, sanciones y vigilaría de cerca el trabajo de las “conejitas”.

La organización de los centros nocturnos como “Las Venus” guardan ciertas similitudes con los clubes de *striptease* y también marcadas diferencias que problematizan la comprensión de estos espacios y de la situación de las trabajadoras ficheras/bailarinas⁵³ en un marco que vulnera su ciudadanía sexual.

⁵³ En el siguiente capítulo introduzco al lector de lleno al ambiente de “Las Venus” en donde podrá correlacionar todos estos puntos con el sistema del centro nocturno.



Mapa 3: Distribución de zonas en “Las Venus”. Fuente: elaboración propia.

Una vez instalados, el mesero nos permitió la carta de bebidas que ni siquiera tomamos el tiempo para revisar, ya que sólo pediríamos una cerveza. Al percatarse de que éramos el tipo de clientes que no iba a consumir otro servicio y que íbamos a mirar, las chicas no tardaron en perder el interés en nuestra presencia. Preguntamos al mesero a qué hora iban a comenzar a bailar, y él respondió que todavía era muy temprano, pero que probablemente en un rato más empezaría el *show*. Miré al frente y una de las chicas que yacía sentada en una de las bocinas llevaba puesta una chamarra encima de todo su atuendo. Tan sólo unos minutos después, una voz masculina emitida desde un micrófono acaparó la atmósfera del bar, anunciando la presentación de la primera chica de la noche, Fabiola. La chica que estaba sentada en la bocina, se levantó con

pesadez, desgano y un semblante de agobio y se fue al camerino. Yo veía cómo mi cerveza se iba consumiendo, mientras pensaba que se acercaba el momento de aproximarme al mesero para plantearle mi inquietud. En un instante cobré valor y lo llamé, él se acercó a la mesa bailando al ritmo de la música de los *Vengaboys*. Le dije: “¡Oiga! Y ¿qué se necesita para trabajar aquí?”. El mesero respondió: “Pues muchas ganas de trabajar y que no te de pena. Por ejemplo, todos los que trabajamos aquí no las vemos con morbo. Aquí a las chavas es a las que mejor les va, ganan bien. Si quieres platica con el encargado para que te explique bien”. Enseguida me señaló a un hombre que estaba en la barra. Esperé un momento más mientras seguí consumiendo mi cerveza. La tercera llamada de Fabiola fue anunciada, y de pronto ella apareció en la pista de baile. La chica estaba vestida con un atuendo ajustado, como tipo *smoking* y comenzó a bailar. Nosotros aplaudíamos a Fabiola cada que hacía fluidos giros en el tubo. Después de dos canciones más, Fabiola comenzó a hacer su *show de striptease*, mientras realizaba movimientos coreográficos en la alfombra de la pista. Cuando concluyó, caminó de regreso por la pista con el cuerpo desnudo y su silueta se desvaneció entre la densa mezcla de oscuridad, luces laser y humo. Una señora de baja estatura y complexión robusta se acercó y tomó su ropa.

Decidí levantarme y me dirigí a la barra que estaba detrás de mí con la intención de entablar una conversación con el encargado. Él administraba la caja, le pregunté nuevamente qué se requería para trabajar ahí, a lo que me respondió con tres preguntas: la primera fue si tenía documentos, la segunda si era mexicana, y la tercera, si tenía experiencia. Al responder negativamente a la tercera pregunta, me pidió que volviera el martes para hablar con Antonio, el gerente, ya que él era su primo. Pregunté a qué hora y dijo que como a las diez, pues él no tenía horario porque era el jefe, pero era muy seguro que lo encontrara a esa hora el martes. Santiago y yo terminamos nuestra bebida mientras Gala, una segunda bailarina fue anunciada, y al concluir su baile, salimos del bar.

Pasé los siguientes días pensando qué pasaría el día que fuera a platicar cara a cara con Antonio. Esos días se convirtieron en un mar de emociones que fluctuaron entre el entusiasmo, el miedo y la ansiedad, no podría decir que fue fácil. El martes llegó, y a medida que se aproximaba la hora yo imaginaba una y otra vez probabilidades infinitas de lo que pasaría en esa entrevista, algunas eran catastróficas y pensaba que mi seguridad estaba muy comprometida.

Especialmente, esta primera noche, fue el inicio de un camino que tendría que comenzar a recorrer por mí misma, ya no había compañeros que pudieran estar ahí y por primera vez en este recorrido me percibí completamente sola. Recuerdo haber llorado ante la desesperación de sentirme así, sin embargo, traté de controlarme mientras me trenzaba el cabello y me vestía como habitualmente suelo hacerlo. Abordé un taxi, y cuando llegamos me senté en uno de los sillones de la recepción, enseguida dije a los chicos de la entrada: “¡Vengo a hablar con Antonio!” Ellos me advirtieron que estaba ocupado, pero que lo esperara y en unos momentos saldría. Una chica (Natalia) salió en ese momento, desesperada por conseguir un encendedor para prender su cigarrillo. Con el cuerpo casi descubierto, sólo llevaba una mascada atada alrededor de las piernas, sin mirarme se sentó a mi lado y comenzó a fumar mientras bromeaba con los chicos de la entrada. Yo quería hablarle, pero no sabía cómo dirigirme hacia ella. Ella se retiró y en eso salió Don Antonio acompañado de otro hombre, se despidió de él y me pidió que pasara.

Cuando entré al bar, las chicas que estaban en las sillas me miraron aún con mayor intriga, el mesero con quien había platicado estaba cerca de la puerta y enseguida me recordó y me saludó con una sonrisa. Entré a la oficina con Don Antonio. Durante algunos minutos me senté y esperé a Don Antonio quien respondía desesperadamente sus mensajes de *Whatsapp*, hasta que me dio la palabra. Hablé y hablé con la finalidad de presentarme, dije mi nombre, que venía de la Ciudad de México, que era estudiante pero que me interesaba trabajar. Creo que me esforzaba demasiado por dar una buena impresión, sin embargo, mis esfuerzos parecían desvanecerse en la

nada mientras Antonio, con una mirada huidiza y un tanto de indiferencia se apresuraba para preguntarme: “¿tienes experiencia?”, a lo que yo respondí que no. Antonio continuó: “bueno, sólo podrías entrar como fichera, pero aquí —se dispuso a enfatizar las reglas del trabajo— vas a tener que usar vestido y zapatillas, y te vas a tener que peinar. Muchas chavas se alacían el cabello”. Después por un pequeño instante contuvo su mirada en mí para dar un rápido vistazo y valorar mi aspecto físico —esa noche yo llevaba una chamarra roja, brumosa—. Él volvió a preguntar: “¿Cómo estás físicamente?”, pero no me permitió responder y anteponiéndose a la respuesta aclaró: “Obviamente no te voy a pedir que aquí te desnudes, pero te voy a pedir que me mandes una foto vestida como si trabajaras aquí”.

Mientras la conversación fluía en un ambiente de tensión, yo miraba la oficina, era un espacio pequeño, equipado como una oficina convencional, con un escritorio y dos sillas dispuestas una frente a la otra. En la pared podían apreciarse algunos anuncios alusivos a características de identidad, aspecto físico y sexualidad de las mujeres ficheras/bailarinas, y de aquellas que se espera contratar tales como: “se prohíbe la contratación de cualquier persona sin documentos”, “se prohíbe el acto sexual en este establecimiento”, y “prohibido el paso a las gordas”.

Don Antonio me sugirió enviarle la fotografía, y con base en su criterio me diría si podría trabajar ahí o no.

La propuesta de comprender “Las Venus” y su contexto como una “erotopía” deriva de tres puntos de convergencia entre las tres nociones desarrolladas a lo largo de este capítulo que son los siguientes:

- a) Especialmente los no lugares y las pornotopías hacen referencia a espacios que emergen de la contemporaneidad: la sobremodernidad para Augé y la nueva economía espacial capitalista plasmada en los clubes de *stripteasse* que Preciado (2010) analiza.

- b) En conjunto, las tres nociones permiten dibujar y localizar los espacios del deseo. Pues son lugares místicos y herméticos; pero también públicos. De modo que el comercio erótico y su persistencia en un *topos* específico de la ciudad como lo es la “zona de tolerancia” se articula con el sistema de moral dominante, lo que denomino: “retorno a la moral”, ya que son espacios que permiten ciertas desviaciones de las normas morales imperativas por un tiempo de consumo relativamente corto, lo que permite la posibilidad de disolver dicho vínculo al terminar la transacción económica. De modo que cuando el usuario cruza la puerta restablece su identidad socialmente esperada de “hombre loable, padre de familia, trabajador, etcétera”.
- c) Debido a las prácticas eróticas y sexuales que implican la exposición del cuerpo privado, “Las Venus” no deja de ser un contra-espacio o un espacio de trasgresión.

Los siguientes capítulos estarán dedicados a la inmersión total dentro de “Las Venus” de manera que podamos adentrarnos más de cerca en ese mundo del comercio erótico a partir de mi inclusión como trabajadora del espacio.

CAPÍTULO 3

LA FÁBRICA DEL DESEO EN “LAS VENUS”

En cuanto al motivo que me impulsó, fue bien simple. Espero que, a los ojos de algunos, pueda bastar por sí mismo. Se trata de la curiosidad, esa única especie de curiosidad, por lo demás, que vale la pena practicar con cierta obstinación: no la que busca asimilar lo que conviene conocer, sino la que permite alejarse de uno mismo. ¿Qué valdría el encarnizamiento del saber si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y hasta donde se puede, el extravío del que conoce?

(Foucault, 1986:14)

En este capítulo, finalmente me centraré en llevar al lector al interior de “Las Venus”, enfocándome en mi experiencia como trabajadora dentro de este establecimiento durante el período que abarcó desde septiembre hasta diciembre del año 2017.

Como he mencionado en el capítulo anterior, insertarme como trabajadora en “Las Venus” no fue algo que hubiera estado premeditado, previsto o planeado, como la opción primera de encaminarme hacia esta investigación. Quizá, mi experiencia al implicarme en un tema desconocido, dentro de una ciudad desconocida, en un ambiente completamente desconocido para mí, corresponde a lo que algún día denominé como la “antropóloga suicida”, pero no en un sentido trágico o catastrófico, sino más bien, haciendo alusión a un instante en el que la antropóloga se tira al vacío para comenzar un recorrido no trazado, sino que da pie a ir descubriendo lo que su tema en tanto experiencia le brinda durante este camino.

De modo que, adentrada en la dinámica de dicho establecimiento comercial como parte de ese mundo, el presente capítulo consiste en resolver qué significado adquiere el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas en torno al circuito económico de la ficha dentro del centro nocturno, cuya finalidad consiste en la transformación del cuerpo en mercancía sexo-erótica. Para lo cual, he recurrido al uso de dos metáforas centrales, la fábrica y el teatro, que se conjuntan para dar sentido al uso del cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas en “Las Venus”. Ambas metáforas

obedecen a un simple establecimiento de fronteras temporo-espaciales como fines de estrategia de abstracción teórica, pues ayudan a englobar al centro nocturno como un universo fenomenológico, inserto en un sistema económico organizativo que fluctúa en torno a un proceso de producción de la fantasía a través de la transformación del cuerpo femenino en un producto de deseo.

La fábrica entonces, opera como engranaje anclado a las fuerzas del capital que agilizan la circulación dinero-mercancía en virtud de la generación de una plusvalía. No obstante, la situación se complejiza al examinar que lo que se vende y se compra en “Las Venus”, primordialmente es la fantasía creada y representada a través de los cuerpos eróticos que la producen en un ambiente teatral. Fantasía que es suministrada a los usuarios como una píldora ingerida en los tiempos que marca el consumo del alcohol.

La fantasía sexo-erótica entonces, y el sistema organizativo mercantil, como trataré de mostrar, sólo se hace posible, a través de un proceso de producción que da lugar a la representación de la figura de la mujer fichera/bailarina, quien encarna y en quien recae la función de la interpretación teatral que promueve mediante los distintos usos de su cuerpo dentro de la arquitectura del deseo que es “Las Venus”.

Por lo tanto, mi interés en cuanto al sistema organizativo, consiste en resaltar que éste es de tipo crono-arquitectónico. En este sentido Harvey (1996) menciona que los procesos operan activamente construyendo el espacio y el tiempo; esto a su vez coadyuva al establecimiento de escalas o niveles organizativos. Es decir, que es un sistema que produce regulaciones que adaptan al cuerpo y circunscriben el tipo de relaciones de acuerdo a tiempos y espacios controlados en aras de que dicha teatralidad que subyace dentro de un sistema de producción fabril opere exitosamente, o al menos perdure de pie frente las fuerzas del capital. De modo que la abstracción del tiempo, el espacio y el cuerpo los ocupo como vehículos que sirven para

comprender el arraigo a la materialidad del mundo (Harvey, 1996) en un sentido experiencial total.

En resumidas cuentas, mi interés es mostrar dos dimensiones del trabajo sexo-erótico en “Las Venus” enfocado por supuesto al uso del cuerpo: la representación escénica en el circuito de la ficha y detrás de dicho montaje escénico el sistema organizativo fabril que opera, mismo que se mantiene oculto.

Por lo tanto, el texto se divide en tres apartados para comprender el significado del concepto metafórico global que es la <<fábrica del deseo>>, pues en tal concepto, la teatralidad es el elemento clave que se vincula al deseo sexo-erótico en un circuito mercantil que confiere al cuerpo un estatus de mercancía. Los apartados que propongo son los siguientes:

- ✦ El proceso de metamorfosis entre el cuerpo y la ficha
- ✦ La fabrilización como sistema organizativo crono-arquitectónico
- ✦ De noches y cuerpos en “Las Venus”: la producción escénica del cuerpo y el *performance*

Una vez presentada la estructura sobre este capítulo, antes de comenzar el desarrollo de los apartados anteriores, sugiero retomar la narrativa sobre cómo fue que comencé a vivir mis noches dentro de “Las Venus” y abracé este nuevo mundo⁵⁴.

La siguiente semana, después de la entrevista, Don Antonio me mandó un mensaje pidiéndome que llegara el martes antes de las 9:30 p.m., así que sin saber qué era lo que me esperaba acaté sus instrucciones. Esa noche Don Antonio no estaba ahí, sólo su primo Abraham—cuyo estatus en ese momento era como el de un sub-gerente—y otro hombre platicaban frente a mí, sentados en uno de los sillones de la recepción. Abraham me preguntó:

⁵⁴ Para conocer el inicio de mi experiencia de inserción en “Las Venus”, véase el capítulo 2.

“¿Esperas a Antonio?” Respondí que sí, y entonces tomó su celular para comunicarse con él. Yo esperé, hasta que me dijo: “Dice Don Antonio que pases a cambiarte y ya empieces a trabajar”. Ese momento me tomó por sorpresa, ya que no esperaba que “así nada más” fuera a entrar a trabajar. Le dije: “Disculpe, pero no creo que me pueda quedar hoy, no venía preparada”. Después de ese acontecimiento, durante un par de meses más, mi inserción como trabajadora estuvo pausada y se convirtió en una opción latente.

Como he mencionado, el foco teórico desde el comienzo de la investigación, estuvo centrado en la teoría social del cuerpo, por lo que al paso de los meses, la teoría y el abordaje metodológico se comenzó a armar a modo de un rompecabezas que poco a poco encontraba su forma ante lo que primero fue un caos total y un enorme reto.

Entonces, conocí a Waquant (2000) y la lectura de *Entre las cuerdas* apareció en el momento indicado. La experiencia que Waquant (2000) narra en esta obra sobre cómo conoció y se adentró en el mundo pugilístico, el cual, como el autor lo menciona, era un universo relativamente cerrado y no podría ser éste comprendido desde afuera, coincidió con el universo al que yo me enfrentaba. Por lo tanto, al igual que en el mundo del boxeo que Waquant (2000) relata, esta investigación no puede partir de priorizar a las mujeres ficheras/bailarinas, o a la práctica de la ficha, o el baile erótico; pues no existe práctica sin actor, sin cuerpo que la ejecute, que la perciba, y que en este entorno que se interrelacione con los demás. Mi cuerpo, además, estaría siendo parte de esta investigación como un recurso o herramienta a partir del cual debería aprender a través de la práctica, el desempeño de la ficha y del baile, comprender las relaciones con los otros actores del espacio y dar cuenta de una práctica que al igual que el boxeo, es intensamente corporal y nos remite a una cultura profundamente cinética. Adhiriéndome con los puntos anteriores, al triple desafío que Wacquant (2000) presenta para comprender su respectivo campo de estudio.

De modo que, la lógica de este texto reside en el intento de tejer una narrativa que logre capturar la información etnográfica y el análisis antropológico, sin dejar de lado la experiencia de lo vivido, lógica que corresponde a lo que Wacquant (2000) señala como la “lógica social y sensual” que en este caso presenta como labor corporal la ficha y el baile desempeñados en el centro nocturno por las chicas ficheras/bailarinas.

La propuesta de Wacquant (2000) estriba en la importancia de llevar a cabo una antropología “desde el cuerpo” para lograr seducirlo e interpelarlo en todas sus dimensiones a través del mundo que le envuelve. Bourdieu (1997) alude al tipo de análisis que sería análogo a esta corriente: el *analysis situs*, el cual se refiere a las visiones situadas dentro del espacio social, lo que lleva necesariamente a incorporar elementos tales como las disposiciones en la estructura del capital, poderes correspondientes, reacciones prácticas, representaciones del espacio y los esquemas de percepción. Por consiguiente, Bourdieu afirma que: “Sólo puede describirse la relación entre agentes y el mundo a condición de situar en su centro el cuerpo, y el proceso de incorporación” (Bourdieu, 1997:240). En el mismo sentido Heisenberg sostenía que no existe observación pasiva como tal en el campo etnográfico, sino que de por sí la observación del mundo es inevitablemente una intervención en el mundo, es enfrentarse a un texto que requiere de múltiples lecturas para adquirir dicha forma sólo y a través de la interpretación (Heisenberg citado en Harvey, 1996).

Es así como finalmente voy al grano de esta travesía y comienzo a narrar cómo la antropología me indujo a transformar mi cuerpo en un ambiente entre la acción y la relación laboral del mundo del centro nocturno; fue entonces como me convertí en Ámbar⁵⁵.

⁵⁵ Ámbar es el verdadero nombre que empleé dentro del bar. Me fue sugerido por Juan, uno de los chicos de seguridad, al darse por enterado de que iba a trabajar como fichera. El nombre me convenció y lo adopté.

Ante el mundo de la academia, tras externar mi interés de incorporarme como trabajadora en el centro nocturno, esta idea pareció una locura que se evidenció en las numerosas y diversas opiniones y críticas sobre temas tales como las cuestiones éticas, mi seguridad, el uso de mi cuerpo, mi estatus como alumna —representante de una institución— y otras complicaciones que no fueron fáciles de sortear. La situación anterior deja entrever que pareciera que temas como estos sólo se permiten ser abordados mediante una aproximación indirecta a todo momento resguardada por la jerarquía que de manera absurda impone como superior al “investigador” en relación las trabajadoras sexo-eróticas.

Finalmente, meses más tarde, se aprobó la opción de incursionar como trabajadora en “Las Venus” bajo el acuerdo de que entraría en el estatus de mesera.

Don Antonio, aceptó que trabajara de esta forma, y el 1 de septiembre dio inicio mi aventura en el centro nocturno. Ese mismo día, entré al camerino para cambiarme. Recuerdo que al recorrer por primera vez el pasillo de paredes blancas que finalmente conduce a este cuarto sentí una emoción tan grande, probablemente equiparable a la de una niña al descubrir algo que le asombra; para mí, fue una abstracción total del mundo cotidiano. El camerino fue mi primera parada, y ahí, preparé mi cuerpo como lo que Goffman (1959) denomina “especialista de servicios”⁵⁶. Fueron dos noches que pasé desempeñando la función de llevar bebidas, cobrar y solicitar la orden de los clientes, vestida de manera muy semejante a los meseros varones⁵⁷. El oficio del mesero⁵⁸ es silencioso, discreto y consiste principalmente de la plena observación de la interacción entre las partes clientes-ficheras/bailarinas. En parte, pareciera que esta posición

⁵⁶Goffman define al “especialista de servicios” como: “Una persona que no es actuante pero que tiene el acceso a las áreas posteriores” (Goffman, 1959:171).

⁵⁷ Soraya era la única compañera más que trabajaba como mesera.

⁵⁸ Curiosamente, a diferencia de otros comercios como establecimientos de comida u otros donde esta función es desempeñada en su mayoría por mujeres, en el centro nocturno es un papel designado para los varones.

remite a la sensación que prevalece en un fotógrafo que está detrás de la cámara, al pendiente de lo que sucede en el escenario; cualidad pasiva que Goffman (1959) denomina como “anonimato”, pues a pesar de estar dentro del salón, el mesero se mueve en el trasfondo escénico.

Mi permeancia bajo este estatuto no duró más que un fin de semana, mismo que me sirvió como un breve periodo de adaptación al ambiente de “Las Venus”. Así de lejos, pude observar sin incidir directamente en las actividades que realizaban las mujeres ficheras/bailarinas. No obstante, la interacción desde esta posición con mis principales actoras estaba limitada por el reglamento, dinámica laboral y por la posición social dentro de este contexto de trabajo⁵⁹.

El fin de semana siguiente, “la mami”, antes de entrar a mis labores, me interceptó para hablar sobre un tema importante. Yo no tenía idea, pero de pronto, el suspenso comenzó a desesperarme. Entramos a la oficina⁶⁰ y comenzó a fluir una conversación sobre la propuesta de incorporarme esa misma noche como fichera, pues no habían llegado chicas suficientes y había muy pocos clientes⁶¹. Después de esto, sólo tuve unos instantes para responder, y tras un breve análisis de la situación decidí aceptar la propuesta que “la mami” me hacía.

⁵⁹ El reglamento de los trabajadores en “Las Venus” está plasmado en un documento que recibe cada trabajador. Yo lo recibí hasta después de dos meses de trabajar en el establecimiento, junto con el cual tuve que entregar la copia de mi identificación oficial y firmar un contrato en el que asumía mis responsabilidades como bailarina del local. El reglamento estipula que no se deben establecer relaciones personales entre los trabajadores de cualquier índole.

En cuanto a la dinámica laboral es poco frecuente que los meseros u otros trabajadores recurran al camerino o a las zonas de socialización de las ficheras/bailarinas y el último punto sobre la influencia de la posición o jerarquía social dentro de “Las Venus” podrá comprenderse de manera más amplia en el siguiente capítulo; pero brevemente menciono que cada uno de los actores en el centro nocturno está situado dentro de una jerarquía social, por supuesto, cuya estructura se conforma a través de relaciones de poder entre éstos.

⁶⁰ Durante el tiempo que pasó desde que fui por primera vez a la entrevista con Don Antonio hasta esta fecha, él comenzó a distanciarse poco a poco de su cargo de gerente. A veces hacía viajes hacia el Norte del país y dejaba el bar durante algunas semanas, hasta que, por fin, dejó de llegar. Cuando yo volví “la mami” había asumido el rol de gerente, pero sin dejar su cargo de “mami”.

⁶¹ Cuando Don Antonio se fue, se vio afectado el negocio, el efecto fue como una cadena. Según las conversaciones que tuve con otros empleados, llegaban muchos clientes adinerados que consumían bastante en el bar, pero cuando él se fue, dejaron de llegar. Esto repercutió en la economía de las chicas, pues ya no les iba tan bien, y también decepcionadas se retiraban a trabajar a otros lugares. Otra de las

Es importante mencionar que ser mujer, mestiza, joven, entre otras características relacionadas con mi apariencia física⁶², fueron factores de gran importancia que me incorporaron a este ambiente. Bourdieu (1999) señaló que “el agente elige aquello que lo determina” y fue así como elegí quedar expuesta al mundo de la ficha y comenzar a “tomarlo en serio” a partir de la inclusión de este universo en mi propio cuerpo.

Sin embargo, las reflexiones de Bourdieu, me conducen a pensar sobre la existencia de una relativa coherencia entre mis acciones y mi cuerpo físico⁶³, pues según el autor “el mundo construye el cuerpo como realidad sexuada” (Bourdieu, 1999:11); lo anterior me lleva a considerar otro punto. Antes de llegar a este contexto yo ya era mujer, y ante los demás, era percibida como tal; no fue que el contexto me hiciera devenir en mujer, pero sí en una diferente; una mujer que nunca antes había sido, sino hasta que pisé el camerino, esta vez con el estatuto de fichera y encubierta bajo la representación de Ámbar. Con la reflexión anterior, pretendo hacer alusión a que en mi materialidad subyacen de por sí, estructuras que contienen parámetros de acción, responden a una historia, y a la conservación y transformación de dicha historia (Bourdieu, 1999).

Esta primera noche en el camerino, rodeada de las otras chicas ficheras/bailarinas, dio inicio mi “rito de investidura”. Bourdieu explica el “rito de investidura” de la siguiente manera:

Aquello que hace posible la apropiación de la función del impetrador, es asimismo apropiación del impetrador por la función: El titular sólo acepta la función si acepta dejarse poseer por ésta en su cuerpo, como le exige el rito de investidura, que, al imponer

implicaciones fue que “la mami” no era tan estricta como Don Antonio, lo que repercutió negativamente en la calidad del servicio. Es decir que según la percepción de los trabajadores “la mami” les daba ciertas permisiones a los trabajadores que antes no tenían, como emplear de vez en cuando su teléfono celular, tomar una siesta mientras no había clientes, entre otras.

⁶² En este contexto algunas características físicas de mi cuerpo tales como el color de piel, el cabello largo y una silueta parcialmente modelada a través del ejercicio, me facilitaron el ingreso a este ambiente laboral.

⁶³ Bourdieu señala que el cuerpo in-corpora cierta “coherencia práctica, relativamente inalterada, de unos comportamientos y de unos discursos parcialmente arrancados al tiempo por la estereotipización ritual” (Bourdieu, 1999:8).

la adopción de una indumentaria, un lenguaje y una *hélix* corporal adecuada, trata de amarrarlo duraderamente a una forma de ser impersonal y manifestar mediante esa suerte de caída en el anonimato que acepta el sacrificio a veces desorbitado, de la persona privada (Bourdieu, 1997: 322).

Para lo cual tenía a mi disposición algunos objetos diversos para maquillarme (brochas, polvo, lápiz labial, entre otros) que con cierta familiaridad he empleado en mi cotidianidad, pero ahora los tendría que utilizar en virtud de la creación y encarnación de un nuevo personaje. Lo que me sugería que el uso de toda esta parafernalia tendría que ser extra-cotidiana y esta vez tendría que estar adaptada a un espacio y a prácticas distintas, a su vez, mediante el uso de dichos instrumentos lograría en la medida de mi experiencia asumir un personaje.

Mientras todas las chicas se maquillaban y peinaban con destreza, yo no sabía exactamente cómo debía comenzar a fabricar dicha imagen. Me sentía desorientada y torpe, mientras de forma más o menos recurrente ciertas imágenes, a manera del destello de un estrobo, me imponían recuerdos de diversas vivencias en las que lograba “ser mujer” a través de maquillaje, del decoro, del vestido. Vivencias que, a su vez, estaban asociadas a espacios tales como estéticas, eventos sociales, o al mero juego de una niña de cinco años que revolucionaba su imaginación con el uso de unas zapatillas y lápiz labial en la boca.

En la vida cotidiana, empleamos posturas, gestos, modulaciones del tono de voz, entre otros signos que de manera imperceptible nos sirven para relacionarnos en nuestro entorno. Sin embargo, asociamos de forma más clara objetos y prácticas tales como la indumentaria, el maquillaje y accesorios decorativos para la creación de los diversos personajes que interpretamos. Todos estos recursos forman parte del concepto goffmaniano de persona/personificación. Sin embargo, comprendí, que esta ocasión se trataba de algo distinto, pues consistía en la fabricación de una nueva imagen femenina, distante de mi identidad cotidiana, es decir, a través del

maquillaje y el vestido tendría que re-inventarme⁶⁴ a mí misma para funcionar en este contexto laboral.

Después de ese día, de manera recurrente me frustraba por no saber ponerme las pestañas postizas, no poder caminar de forma “natural” con tremendas zapatillas⁶⁵, no poder ser más extrovertida, hasta que con ayuda del tiempo y de la rutina fui in-corporando de forma continua e imperceptible ciertas habilidades que me ayudaban a llevar a cabo diversas actividades relacionadas con este contexto laboral. La experiencia de Ámbar, según Bourdieu (1997), remite al proceso de transformación largo, continuo e imperceptible, en que alguien se convierte en un personaje.

Recuerdo que una de las primeras incomodidades que sentí era cuando en el salón, al caminar, mi vestido tan corto y ajustado se comenzaba a subir cada vez más y de forma insistente yo trataba de bajarlo. Otro ejemplo, quizá más doloroso, fue el uso de las zapatillas, que además de no saber manipular, me ocasionaban un gran cansancio y lesiones en las partes que rozaban con la piel de mis pies, pues este tipo de experiencias no eran parte de mi historia antecedente a “Las Venus”.

Poco a poco, me fui cuestionando sobre la razón por la cual yo sentía vergüenza o pudor al mostrar mi cuerpo, o más aún, al tener que establecer un contacto tan íntimo con alguien desconocido. Caí en cuenta que la interacción en este nuevo mundo me indujo a un proceso de desestructuración de mi feminidad habitual. Me cuestioné qué tipo de mujer había sido hasta el momento en que Ámbar se cruzó en el camino, y al ser plenamente interpelada por el mundo que

⁶⁴ El acto re-inención al que me refiero no supone un acto individual, sino al contrario, un acto que acontece bajo correspondencia de la imagen “entre semejantes”, es decir, que en esta fabricación tendría que emplear como referente a mis compañeras de trabajo.

⁶⁵ Las zapatillas que se emplean para el centro nocturno son de plástico, a menudo transparente. Aunque la altura es variable dependiendo del modelo en promedio son de 20 cm. La fichera/bailarina debe de dominar su uso, pues en éste estriba su “elegancia” hasta para acciones tan sencillas como caminar; quizá el mayor reto es bailar.

me rodeaba; un susurro sugería la ilusión de un factor de liberación asociado a la nueva conciencia de mis actos, antes profundamente naturalizados. En este sentido, Butler (1988) alude a la noción de *performance* social, el cual, aplicado al género, se refiere al modo en que los cuerpos actúan de maneras estilizadas para convertirse en categorías de género. De manera que, en mi forma de ser mujer, ya había una historia que había construido una imagen esencializada y naturalizada de serlo, no obstante, el trabajo de la ficha me situó en un nuevo plano de acción performativa teatral y laboral.

El trabajo recurrente en “Las Venus” me dio quizá uno de los aprendizajes más significativos en mi vida, al poner en duda aspectos antes tan arraigados a mi persona como el desgastante esfuerzo que hacía por tratar de “quedar bien” y de ser amable, cuando mis compañeras trataron de explicarme que no siempre podía ser “buena onda” con todo mundo, porque si no los clientes te hacían lo que querían. En “Las Venus” la regla de la ficha era “como recibes, das”, así fue como el tipo de trabajo performativo que yo encontré en la ficha, por veces, cuestionaba la afirmación que Bourdieu (1999) hace para explicar que las relaciones de dominación masculina están caracterizadas por actitudes serviciales que especialmente la mujer en tanto ser inferior debe rendir al hombre como pilar social. En contradicción a esta afirmación, el trabajo sexo-erótico requiere de destreza para mantener activamente el dominio sobre el cliente.

El consejo que las chicas me proporcionaron podría también tener otra interpretación si pensamos en el trabajo emocional que Hochschild (1979) propone en aporte a la teoría goffmaniana, al postular que el uso de las emociones es aquello que conlleva a las actuaciones profundas. Por lo tanto, de acuerdo a la autora, existen actividades laborales que exigen la manipulación emocional en el sentido de inducción o supresión de las emociones de acuerdo a los objetivos de la profesión desempeñada. En otras palabras, de forma habitual, recurrimos al

manejo de las emociones para presentarnos, no obstante, existen profesiones como en este caso la ficha y el baile erótico, que dependen estrechamente del uso de las emociones.

Un par de meses más tarde, motivada por el ímpetu de desempeñar otras actividades, comencé a bailar. Aquel primer día que me introduje en este nuevo uso de mi cuerpo fue impactante. “La mami” me permitió bailar para familiarizarme con la pista sin tener que desnudarme, pero a partir de la segunda vuelta el *show* tendría que ser completo. Recuerdo con vivacidad cómo esos minutos se convirtieron en una eternidad, el tiempo que pasé sobre la pista se prolongó de manera inusual, percibía todo mi ser fragmentado, disociado, distraído e impactado entre un mar de miradas sobre mí. Pero el momento de quitarme la ropa llegó, y lo hice con tan poco “estilo” que una sensación de “estar fuera de lugar” me tomó por completo. Evidentemente el público más experimentado pudo darse cuenta de que mi actuación no proyectaba aquello que Goffman (1959) describe como la sinceridad en el acto como una forma dramática que se emplea para dar la impresión de que la actuación es “real”, y que como toda una inexperta ni yo me la creía. Pues al contrario de ser el desnudo un acto mundano, requiere de una ejecución elaborada que debe de atrapar al observador, casi a modo de un acto hipnótico. El desnudo entonces, se convierte en la teatralidad. El acto del “desnudo público” o *striptease*, como una “categoría social y política” somete al cuerpo ante un evento de “trasgresión legal o moral” (Preciado, 2010: 75). Es, además el *striptease*, una aparente revelación fantástica que evoca la sensación de pasar de lo oculto a lo expuesto para garantizar la reversibilidad del proceso (Preciado, 2010). En este sentido, comprendí que: “incluso cuando estamos desvestidos, no estamos realmente desnudos, pues la piel misma hace el papel de vestido de la carne” (Zizek, 1999:206).

El curso de las noches se volvió cíclico y las rutinas cada vez más habituales. Un atardecer, mientras descansaba antes de iniciar la jornada laboral, tuve un sueño cuya idea me

gustaría resumir en este escrito. En aquel sueño, escuché el timbrar de una campana cuando varias chicas estábamos cada una frente a un tocador arreglando nuestros rostros. El propósito de dicho sueño me remitió a una idea del control estructurado que induce el sistema fabril que marca las pautas de los ritos de vida asociados a la actividad productiva. En este caso, la producción del cuerpo como un producto erótico precede al advenimiento del cuerpo en un “producto serial de un proceso de producción del capital” (Preciado, 2010:65), que encarna la belleza ficcional. Veremos cómo el sistema organizativo incide de diversas formas en la regulación y normatividad, pero a su vez el margen de acción y de estrategia de los cuerpos en las diversas actividades que se desempeñan dentro del centro nocturno.

3.1 EL PROCESO DE METAMORFOSIS ENTRE EL CUERPO Y LA FICHA

Harvey (1996), basado en los escritos de Marx, menciona que el circuito del capital se desenvuelve de manera simultánea con la vida social. Por lo que en este apartado es de mi interés llevar al lector a algunas reflexiones en torno al secreto oculto o en términos de Marx al “fetichismo de las mercancías”, con lo que se refiere a las “relaciones que quedan incrustadas en las cosas” a través del intercambio; pero que, no obstante, pareciera que dichas relaciones quedan ocultas en este proceso.

Si bien Marx, comprende el significado de mercancía como: “un objeto exterior, una cosa, que a merced de sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran” (Marx, 1975:43), aquí nos enfrentamos a la primera problemática en cuanto a esta concepción, lo que requiere una pronta reformulación, ya que en el caso del comercio sexo-erótico lo que se vende es la acción/relación sexo-erótica y no el cuerpo inerte. Por lo tanto, si concebimos el cuerpo en

términos de una mercancía, la primera formulación que hace Marx (1975) como cosa/objeto, externa, inerte no parece suficiente para entender este proceso en el circuito del capital.

A mi entender, en cambio, el valor que se le adscribe al cuerpo en el comercio sexo-erótico guarda correlación con el trabajo intelectual de quien lo produce, a través de la producción o elaboración de su propio cuerpo y del trabajo teatral que ejecuta mediante sus acciones. ¿Cuál sería entonces la necesidad a la que responde la compra de una ficha? Pues bien, aquí considero que la necesidad como tal abarca una gama de posibilidades muy amplia, pero que podría resumirse en la idea de que la adquisición de la ficha responde a necesidades afectivas, sexuales y/o eróticas de los usuarios, que en su conjunto pueden situarse dentro del infinito campo del deseo. El deseo en el centro nocturno conlleva un proceso de producción o elaboración de una fantasía, cuya característica es mantener algo siempre inacabado, para que el deseo pueda perdurar. Lo inacabado se vuelve tangible, por ejemplo, en la obsesiva producción de un cuerpo que no muestra imperfecciones; es decir, en el ocultamiento de aquello que “lo bello” niega o en el establecimiento de relaciones íntimas postizas que duran el tiempo de una bebida. Por lo que el éxito de tal montaje es mayor en tanto sus productores se aproximan más a las expectativas del deseo.

De esta manera, propongo partir de la ficha como un tipo de moneda interna o signo temporal que después deviene en dinero para cubrir los salarios de los trabajadores del centro nocturno, lo que, a su vez, genera un aumento de valor para los propietarios del establecimiento; situación que constantemente nos remite a un proceso cíclico. Zarco (2009) ya se había referido al “circuito de la ficha”, dentro del cual, el uso del cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas figura como un proceso interrelacional en el que se usa el cuerpo estratégicamente para conseguir ganancia económica, pero a su vez, su cuerpo es utilizado de múltiples maneras por los diversos actores dentro del espacio como capital simbólico, económico y fuerza de trabajo.

Reitero la noción de proceso, circulación y circuito, en un sentido dialéctico para no perdernos en imágenes fijas de ninguna de las concepciones aquí empleadas, sino cargadas de dinamismo y en relación de interdependencia. En su encarnación más simple, la ficha se considera como un flujo que en un «momento» asume la «forma» dinero, y que en otro asume la «forma» de actividad productiva (Harvey, 1996).

El circuito de la ficha en el centro nocturno tiene sus particularidades, pues se puede pensar que a través de esta actividad se desprenden otros servicios como el baile privado, el desnudo en la pista, el reservado y la zona VIP. Proporciono la siguiente referencia sobre las actividades, las cuales serán revisadas a profundidad en el contenido de este capítulo⁶⁶:

- Baile privado: es un baile erótico que se entiende como un baile “personalizado”. Ocurre dentro de una de las cabinas de privado. Éste dura sólo el equivalente a una canción o cinco minutos y tiene un costo para el cliente de 150 pesos, de los que la fichera/bailarina recibe 75 pesos.
- Desnudo en la pista: también llamado “variedad”. Es un *show* que se lleva a cabo en la pista de baile. Éste es ejecutado únicamente por la bailarina. Consiste en el baile erótico de tres canciones. El espectáculo culmina con el *striptease*. El pago de esta actividad está relacionado con el “tabulador”⁶⁷.
- Reservado: es un espacio privado al cual se accede únicamente con la invitación a la chica de una botella (1,750 pesos) o de una charola de *whiskeys* (seis copas por 1000 pesos). El tiempo que dura el acceso al reservado es de media hora, pero si el cliente da su propina al mesero, éste dará hasta diez minutos más. En este lugar se puede llevar a cabo el

⁶⁶ Para la mejor comprensión de la disposición del espacio y las actividades que se llevan a cabo en cada una de las áreas que compone “Las Venus”, sugiero al lector recurrir al mapa del establecimiento que se encuentra en el capítulo 1.

⁶⁷ Léase en el sub-apartado “3.1.2 Sistema de pago: la ficha como mediación entre el cuerpo y el valor” sobre el “tabulador”, que se encuentra en el capítulo 2.

intercambio de relaciones sexuales, no obstante, no está directamente relacionado con este tipo de servicio, ya que requiere de una previa negociación con la mujer sobre el costo y la disponibilidad que ella tenga de realizarlo.

- Zona VIP: es una subregión dentro del salón, a la cual se accede únicamente con la invitación de una copa para la fichera/bailarina (200 pesos por copa). Debido a su ubicación al fondo del salón y el inmobiliario de sillones tipo gabinete, se promueve un espacio con más privacidad en el que las ficheras/bailarinas podrán dar más acceso a su cuerpo, ya sea con caricias, bailes, etcétera.

3.1.2 SISTEMA DE PAGO: LA FICHA COMO MEDIACIÓN ENTRE EL CUERPO Y EL VALOR

La oficina es el espacio en donde el trabajo se transforma en el salario de todos los trabajadores del centro nocturno, siendo el trabajo de las mujeres ficheras/bailarinas el más representativo dentro de este sistema de producción, pues además de incrementar el valor de la bebida mediante su trabajo, de su ganancia se desprenden otras contribuciones al resto de los trabajadores como propinas a los chicos de seguridad, *DJ*, meseros y mami. El descuento obligatorio de 60 pesos para el *DJ* por cada bailarina, y la adquisición de productos dentro del bar que van desde comida, productos de belleza e higiene, hasta el vestuario que utilizan, y finalmente las multas correspondientes a las sanciones.

Con base en las actividades que desempeñan dentro del centro nocturno, las mujeres se dividen en ficheras y ficheras/bailarinas. La fichera, primero que nada, está relacionada con la actividad del acompañamiento a los clientes (relación intercorporal afectiva y/o erótica). La labor

de la fichera será conseguir que los clientes le compren el mayor número de servicios durante la noche, suponiendo que “la noche” es el tiempo de la jornada laboral. La actividad en común a todas es la ficha, ya que todas las chicas deben llevar a cabo esta actividad. Por lo tanto, denomino mujeres ficheras/bailarinas a aquellas que además de realizar el *show* de baile, también tienen que fichar. El tiempo de acompañamiento se traduce en bebidas, las cuales se organizan jerárquicamente de menor a mayor valor (cerveza, tequila, copa de *whiskey*, charola de seis *whiskeys*, y botella).

En “Las Venus” las mujeres que únicamente son ficheras tienen dos opciones de pago: una, recibir el denominado “apoyo” de 150 pesos por noche y recibir las fichas con un 40 por ciento de comisión; u otra, sin apoyo recibiendo una comisión del 50 por ciento.

En el caso de las ficheras/bailarinas se emplean las fichas como medida base para definir el “tabulador”. El “tabulador” es un mecanismo de pago que funciona únicamente para las chicas que bailan. Esta medida es la expresión de valor o “sueldo” que se le asigna por los tres bailes de la noche. El “tabulador” corresponde al mismo valor en fichas (fichas+baile), es decir, 700 pesos equivalen a 14 fichas de cerveza (50 pesos por cada una) o siete copas (100 pesos por cada una). Según este mecanismo de pago, sólo si las bailarinas completan su respectivo número de fichas durante la noche, lo que denominan como “tabular”, obtienen el sueldo completo por bailar, más lo que hayan adquirido por las fichas. En caso de que no logren “tabular” el valor de su sueldo por bailar, disminuye en proporción a las fichas obtenidas. Retomando el ejemplo del sueldo de 700 pesos, si la bailarina sólo obtiene cuatro copas de *whiskey* (400 pesos), únicamente le serán asignados 400 pesos por bailar, y su sueldo final será de 800 pesos. Ahora bien, este sueldo es

asignado por la gerencia, con base en la experiencia y/o el aspecto físico⁶⁸. Por lo tanto, los sueldos son variables para cada chica y van desde los 500 hasta los 1,100 pesos.

Existe otra modalidad de contrato menos frecuente que es a través de los representantes, personajes externos al centro nocturno. Las bailarinas más experimentadas se ponen en contacto con ellos y ellos —generalmente varones— formalizan el contrato con los gerentes de otros centros nocturnos. Los representantes adquieren una comisión del sueldo de la chica y según las chicas que llegan por contrato tienen un sueldo fijo sin la necesidad de fichar para “tabular”, aunque les resulta más conveniente porque al hacerlo incrementan su ganancia.

3.2 LA FABRILIZACIÓN COMO SISTEMA ORGANIZATIVO CRONO-ARQUITECTÓNICO

“El dinero vino a medir el tiempo de trabajo socialmente necesario a través de la coordinación del comercio de valores en el espacio” (Harvey, 1996:309). Con esta afirmación doy entrada al segundo apartado que compone este capítulo, dedicado al desarrollo más a profundidad sobre la metáfora aquí empleada: “la fábrica” o el sistema fabril.

La fábrica organiza la vida laboral en “Las Venus” en términos de tiempo y espacio. Por lo que el control crono-espacial es otra de las propiedades que se le atañen a la ficha⁶⁹, la cual es una forma simbólica de dominio y adscripción al sistema fabril del cuerpo de las trabajadoras,

⁶⁸ Es fácil pensar sobre la subjetividad de los aspectos que se emplean para asignar un valor sobre el aspecto físico. En este ambiente, generalmente son más codiciadas las chicas altas, de cuerpo exuberante. Las cirugías estéticas también elevan su valor en este tipo de mercado.

⁶⁹ La ficha como mecanismo de control para el trabajo de la fichera/bailarina es una forma de responsabilizarla para cumplir las horas de trabajo establecidas por los dueños; mide también el tiempo del servicio con los clientes; y con relación al espacio, marca los distintos juegos en los que se usa el cuerpo con los compradores.

quienes de múltiples formas creativas y estratégicas responden a dicho sistema de control. Lo anterior coincide con la propuesta de Munn, quien sitúa los conceptos de tiempo y espacio añadiendo un elemento más, que es el valor; los tres forjan un «nexo relacional» que repercute en la construcción de relaciones intersubjetivas en las que el valor, calculado en términos de una ficha, tanto se crea como se significa (Munn, citado en Harvey, 1996).

Por lo tanto, propongo concebir la ficha en términos de un juego social, que sólo existe mientras mantiene relación con el grupo que lo define (Wacquant, 2000). Es decir, un juego cuyas relaciones se gestan en torno a una práctica de mercantilización, en la que el producto primordial en la ficha no es la bebida, sino el trabajo sexo-erótico que explota como recurso primero al cuerpo, en este caso de la mujer fichera⁷⁰.

El circuito de la ficha empata con el proceso de fabrilización, entendido como una forma de organización, un ritmo de trabajo, una disciplina de trabajo, vigilancia, búsqueda de eficiencia y de ganancia (Doxrut, 2015). Es un régimen impuesto sobre el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas que laboran en ese entorno mercantil. Bajo este concepto, qué tan descabellado sería pensar a las ficheras/bailarinas como obreras de sí mismas, cuando detrás de este valor que representa la ficha se encuentra la técnica del cuerpo, que guarda coherencia entre la representación y la acción a partir de la puesta en escena “del montaje fisio-psico-sociológico de series de actos, más o menos habituales o más o menos arraigados en la vida del individuo y

⁷⁰ La imagen de la mujer fichera cobra auge y se populariza con el género cinematográfico denominado “cine de ficheras”, comprendido durante el período de 1970-1995. Su relevancia en cuanto al cuerpo, se explica en la siguiente cita:

Un cine que se articula de elementos tan diversos como complejos, tales como la producción, las temáticas, estructuras narrativas y dramáticas en los filmes, hasta aspectos como el tratamiento y representación del cuerpo femenino: las poses, la piel, su desnudez en la imagen, la mirada del espectador, etcétera, entre múltiples aristas de este cine. Una articulación de procesos creativos, valores sociales, políticos, y económicos que toman como soporte expresivo a la mujer y su cuerpo, al cabaret y al espectáculo nocturno [...] (Cabañas, 2017:131).

en la historia de la sociedad, que se ponen en funcionamiento «por y para la autoridad social» (Wacquant, 2000:32).

Por veces, pareciera que esta construcción plástica de experiencia laboral funciona en un plano aparte o ajeno a los trabajadores dentro del espacio. Sin embargo, la jornada de trabajo, propiedad del sistema fabril en “Las Venus”, se encarna con cada desvelo, cada bebida, cada caricia, cada historia contada; es decir, desde el momento en que se cruza la puerta de entrada al centro nocturno, la noche lo es todo, y es que después de la entrada, sólo queda incorporarse a la serie de actividades repetitivas que estructuran cada acto y cada relación en ese mundo durante las horas que marca la jornada.

Según Harvey, “la especificación precisa del espacio y de la función que caracteriza a las instituciones modernas, la coordinación de estas funciones en disposiciones jerárquicas, la organización de la supervisión y la vigilancia, la delimitación del tiempo en horarios y programas, todo esto contribuye a construir un mundo que parece consistir no en un complejo de prácticas sociales, sino en un orden binario: por un lado, los individuos y sus actividades, por otro, una estructura inerte que de alguna manera se encuentra aparte de los individuos, que existe antes que ellos y que contiene y proporciona un marco para sus vidas” (Harvey, 1996:291). Por lo que, la “jornada laboral” no se refiere al mero control del tiempo, sino que en su configuración yace la serie de experiencias internas del tiempo organizadas en ritmos prácticos temporales adecuados al contexto laboral del comercio (Bourdieu, 1997).

Por lo tanto, el eje central en este apartado corresponde a la “jornada laboral”, pues en ésta recae la organización y el sistema administrativo que define los rituales que se llevan a cabo dentro del centro nocturno, para lo que me enfoco primeramente en la jornada laboral de las mujeres ficheras/bailarinas y de forma secundaria en las relaciones que tejen con los otros actores del establecimiento.

“Las Venus” abre sus puertas al público de martes a sábado, de nueve de la noche hasta las seis de la mañana, pero tal horario puede modificarse dependiendo, en gran medida, de la cantidad de clientes que lleguen, del consumo, y de la hora a la que se vayan los últimos usuarios. Por ejemplo, algunas noches no había nada de clientes por quizá un par de horas, o llegaban muy pocos, pero durante los últimos instantes, comenzaban a entrar algunos clientes “buenos” que dejaban ganancias a las chicas y al bar. Cuando eso sucedía las ficheras/bailarinas debíamos quedarnos hasta que los clientes dejaran de consumir. Otras veces ocurría que a las cuatro o cinco de la mañana ya no había ningún cliente, por lo que la gerencia daba la orden de cerrar el bar. “La mami” era la encargada de ajustar este primer control. Cuando la hora de salir del camerino se aproximaba, comenzaba a apresurar a las chicas en el camerino, siempre recordando la advertencia de la multa si salíamos con retraso. Al final de la jornada, ella era quien desde la barra observaba el movimiento en el bar y a la hora que consideraba que ya no tenía caso que estuvieran las chicas atentas a los clientes, apuntaba un haz de luz con una linterna hacia las chicas que estaban adormiladas en las sillas de espera. Ellas se levantaban en ese momento, entumidas por el cansancio y se apresuraban nuevamente al camerino para cambiarse lo más rápido posible y así ser las primeras en cobrar para poder irse a sus respectivas casas.

Las noches en “Las Venus” siempre son impredecibles. En el camerino, mientras las chicas se preparan para la noche, tratan de elaborar alguna predicción: “hoy no va a haber nadie con esta lluvia”, u “ojalá hoy se ponga bueno, es quincena”, inferencias de este tipo. Las chicas se desean unas a otras que tengan una buena noche y que les vaya bien, porque pareciera prevalecer una filosofía que señala que, en este negocio, en la medida que le va bien a una, les va bien a todas; lo que nos remite a una idea de colectividad, unidad o pertenencia. Sin embargo, el ritmo dentro de “Las Venus” sólo se descubre conforme pasan las horas y siempre está la posibilidad latente de que algo inesperado cambie su curso, a veces para bien, a veces para mal. Aún así, en

una noche puede ser que sólo a unas cuantas chicas les vaya bien y a otras tantas no, eso dependerá de varios factores como del tipo de cliente que les toque, de la cantidad de clientes que lleguen esa noche, del tipo de servicios que logren vender, entre otros.

No obstante, la jornada laboral para las ficheras/bailarinas comienza desde antes de que la noche caiga, pues, cuando los últimos rayos solares se esfuman arranca el tiempo laboral extendido al hogar. En mi caso, yo debía darme un baño, comer, preparar mi cena que llevaría al trabajo, y quizá adelantar algunas cuestiones de mi arreglo personal que me tomaban más tiempo elaborar, como el uso de las pestañas postizas o el delineado de los ojos. Es aquí también, momento de mencionar que en “Las Venus” un gran porcentaje de las chicas se trasladan desde Tuxtla para trabajar cada noche; ellas generalmente salen alrededor de las siete de la noche. Son mujeres procedentes de diferentes estados de la República, de otras localidades de Chiapas o de otros países centroamericanos (Honduras en su mayoría, pero también de Venezuela y Nicaragua) que residen en la capital.

Cada noche de trabajo yo abordaba un taxi como la mayoría de mis compañeras lo hacían, otras llegaban en su auto propio o en la *Sprinter* que hace el recorrido Tuxtla-San Cristóbal. Al llegar a la recepción, los chicos de seguridad eran los encargados de darnos una libreta, en la que tendríamos que anotar nuestro “nombre artístico”, una firma y nuestra hora de entrada. La hora de entrada es a partir de las ocho de la noche, sin embargo, las primeras chicas comienzan a aparecer hasta media hora después. Cuando las ficheras/bailarinas han llegado al bar, todos los demás trabajadores ya estarán haciendo sus labores. Por ejemplo, los meseros acomodan el salón, el *DJ* comienza a poner la música y a ambientar el lugar con las luces, y los chicos de seguridad esperan en la recepción con una lista en la que las trabajadoras se registran al llegar con su pseudónimo y hora de entrada. De modo que, al entrar al bar, los pisos emanaban aún el aroma a detergente e incluso a veces el suelo estaba resbaloso.

Cada noche con un paso apresurado cruzaba el salón, normalmente ya ambientado con la música que sonaba desde la cabina. Después atravesaba el pasillo de paredes blancas, sucias y con manchas de lápiz labial rojo hasta llegar al camerino, donde descubría quiénes de mis compañeras ya habían llegado. Con el paso del tiempo fui aprendiendo a reconocer quienes estaban laborando esa temporada únicamente por el acomodo de sus cosas sobre la barra de madera que abarca todo el camerino.

El espacio trasescénico (baños, camerinos, pasillos, oficina) era predominantemente claro: paredes blancas y luces blancas, que en conjunto creaban una atmósfera que delimitaba la frontera entre la oscuridad, característica del espacio escénico. Mi cuerpo, nuestros cuerpos, percibían ese cambio de luminosidad, de ambiente sonoro, y entonces podríamos encorvar la espalda, arrastrar los pies o caminar con la espalda erguida contoneando la cadera según fuera necesario.

Como he dicho, “la mami” era la encargada de vigilar nuestro arreglo en el camerino, pero ella sólo era “los ojos de los ojos” que estaban tras la cámara, donde yacía la presencia del dueño físicamente ausente, ausente ante las necesidades de las chicas, pero sí presente, en cuanto notaba algún indicio o sospecha de que “algo no iba bien”.

Desde el momento de entrar al bar, nuestra identidad cotidiana, así como nuestros objetos personales dejaban de ser nuestros. Algunas veces nos convertimos en sujetas de sospecha, cuando mientras salíamos al salón a trabajar, los chicos de seguridad entraban a checar cada una de nuestras cosas en busca de droga. Pero las cámaras que abarcaban cada esquina del camerino eran el primer delator y su efectividad se reforzaba cada que “la mami” aprovechaba algún instante en el camerino para dar un mensaje de Don Matías a las chicas: “dice Don Matías que no se lavan los dientes”, “Dice Don Matías que hay muchas viejas en el camerino y no puedo tener más de tres”, por mencionar algunos.

Tras salir del camerino, en el salón el control del tiempo quedaba en manos de los meseros durante la ficha, pues ellos mediante distintas actitudes discretas apresuraban a las chicas a beber sus tragos. En mi caso siempre fue un problema, pues las grandes cantidades de agua mineralizada ingeridas durante la noche me ocasionaban frecuentes ganas de orinar que duraban incluso hasta la mañana siguiente, además de somnolencia, que es uno de los efectos asociados al consumo de este producto en grandes cantidades⁷¹. Mientras tanto, los meseros al percatarse que yo bebía despacio aprovechaban que el cliente se distrajera para acercarse a mí y susurrarme en el oído: “Toma más rápido. ¿Viste? Ese cliente trae billete”. Pero al parecer el tiempo en el que se ingerían las bebidas también era de la incumbencia de mis compañeras, quienes se esforzaban por aconsejarme: “¡Es que tienes que tomar más rápido, mamita!” Por otra parte, yo también empleaba el tiempo que esta bebida duraba de acuerdo a la situación. Por ejemplo, cuando estaba con algún cliente tranquilo y amable, trataba de tomar despacio, pero cuando trataba con clientes que me resultaban molestos entonces bebía lo más rápido posible para poder retirarme.

Cierta ocasión un hombre de la Ciudad de México que decía ser maestro de física y matemáticas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), me invitó un tequila. Después de un rato de invitarme varios “caballitos”, comenzó a sospechar de mi embriaguez hasta que por fin se atrevió a darle un sorbo a mi bebida y en cuanto percibió el sabor del agua me dijo: “¡No mames, esta es pura agua, güey; yo no te voy a pagar eso!” Traté de convencerlo de que esas eran las reglas del lugar y que lo que él estaba pagando no era por la bebida, sino por

⁷¹ Las bebidas que se compran para la chica, a excepción de la botella, siempre se sirven en un vaso. Según las reglas del bar, para evitar que las chicas se embriaguen se da una mezcla de cerveza hiper diluida con agua mineralizada. Para el bar, resulta más efectivo que las bebidas de las mujeres no contengan alcohol, ya que eso les permite ciertas ventajas: la primera es que las bebidas alcohólicas tienen mayor costo que la bebida diluida que ellas reciben. Además, a la casa le conviene que las chicas no se embriaguen, de manera que puedan trabajar mejor y aguantar toda la noche, e incluso resistir a las jornadas laborales, que de otra manera sería más difícil sobrellevar con la resaca.

el acompañamiento. Inmediatamente me respondió: “¡Me vale verga! Me voy a buscar a una vieja que sí quiera chupar”.

Se puede decir que en la ficha se establecen varios juegos entre el cliente y la fichera: el cliente está consciente de que está pagando por un servicio de acompañamiento del cual sabe que ambos podrán deslindarse al momento en el que concluya la transacción económica. Él asume que los tratos por parte de la chica son proporcionados porque es parte de su trabajo y acepta el juego.

En otros casos, los clientes piensan que las ficheras, de manera obligatoria, deben satisfacer todas sus demandas. Ante cualquier respuesta no deseada de la chica ellos se sienten engañados y se molestan, pues según Goffman (1959) se interpreta como una actuación fracasada o una decepción y rechazo ante la chica que no se deja besar o tocar alguna parte de su cuerpo.

Otra situación frecuente es que, a medida que invitan copas a las chicas, los clientes piensan que ellas irán adquiriendo un compromiso con ellos, que puede ser desde salir a pasear en otra ocasión, hasta proponerles que se vayan a algún hotel o a sus casas, tratando de convencerles de que fuera del bar ellas ganarán mejor. En este caso, cuando esto no sucede los usuarios sentirán que su inversión fue en vano.

Las situaciones anteriores sólo son algunos ejemplos aquí planteados para ilustrar la serie de circunstancias que las ficheras/bailarinas deben aprender a manejar.

El control del cuerpo en el baile privado y en la pista tiene algunas variantes. En el caso del baile en la pista, el *DJ* es el encargado de la preparación de la secuencia que llevará la “variedad” a lo largo de la noche. Al llegar todas las chicas, él observa quiénes bailan y organiza el orden de presentaciones y las carpetas de la música de cada una de ellas. El *DJ* elabora una lista de aparición de las chicas con base en su análisis del mercado en el bar, adecuando la

secuencia a partir de una categorización de las chicas de acuerdo a su apariencia y sus habilidades en la pista, con la finalidad de “que no se aburra la gente”.

Según las normas dispuestas en el reglamento, para bailar, cada bailarina debe de cambiarse su vestuario para evitar que use la misma ropa en el salón. Se puede decir que el *DJ* emplea a las bailarinas para animar al público y lograr que permanezca entretenido; él define los momentos en los que la “variedad” comienza y termina, y en general los ritmos que ésta lleva; a veces más pausada, otras más acelerada según la cantidad de clientes y el ambiente que haya en el bar. Durante el *show* de cada bailarina uno de los chicos de seguridad permanece a las orillas de la pista, pendiente sobre la interacción del público, quienes no deben acercarse demasiado a la pista, ni tomar fotos o videos del *show*, pues podrían ser amonestados o sacados del bar según sea la situación.

Otra de las funciones de los chicos de seguridad es por un lado la protección, pero también la regulación del tiempo de servicio en el baile privado. Cuando un cliente solicita este servicio, ellos permanecen fuera de la cabina y miden aproximadamente cinco minutos, el equivalente a una canción; en el baile, el control del tiempo se convierte en música.

3.3 DE NOCHES Y CUERPOS EN “LAS VENUS”: LA PRODUCCIÓN ESCÉNICA DEL CUERPO Y EL *PERFORMANCE*

Este último apartado, lo dedico al análisis sobre el uso del cuerpo como espectáculo en “Las Venus” empleando la metáfora del teatro; la teatralidad es un mundo que se condensa entre la realidad y la ficción.

El centro nocturno es un universo social ficticio, en donde “el tiempo libre” o recreativo que buscan los usuarios, se crea en conjunción con un mundo de trabajo, como hemos visto,

estructurado, normativizado y regulado. De este modo, “Las Venus”, mientras que para los clientes significa un espacio de ocio, diversión o entretenimiento, para el personal es un espacio laboral.

En varias ocasiones anteriores, he empleado el término de producción. Si entendemos la producción como “cualquier actividad transformadora” (Harvey, 1996:92), especialmente en “Las Venus” podemos lograr distinguir diversas formas de producción que comienzan desde la producción del propio cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas para posteriormente poner en marcha dicha producción a través de la actuación y exhibición del cuerpo.

El actor protagónico en los establecimientos de este tipo es la fichera/bailarina, encarnación de la imagen idealizada femenina, cuyo estereotipo responde al de un cuerpo hiperefeminizado, entendido como una elaboración retroalimentada por las expectativas de la perfección que actualmente privilegia la voluptuosidad de las nalgas, cadera, piernas y senos, en conjunto con un torso esbelto de brazos frágiles. Cuerpo cubierto de piel tersa, sin estrías, sin vello, sin cicatrices, que porta un rostro de ojos grandes, mirada penetrante, pestañas alargadas, cejas pobladas, nariz fina y labios carnosos. El cabello debe ser preferentemente largo. Todas las características anteriores se adquieren a modo de accesorios (implantes, extensiones para cabello, pestañas postizas) que conforman una amplia gama de parafernalia aplicada al cuerpo para la creación siempre inacabada de un cuerpo bello.

Si bien la idea anterior enmarca una tendencia a seguir un estereotipo, el enigma de lo bello es quizá difícil o imposible de descifrar, de manera que en “Las Venus” las mujeres pueden perseguir las tendencias de una imagen serial, sin embargo, cada una obtiene un efecto distinto y una creación propia.

Al principio me costó entender de golpe cómo podría yo obtener una imagen que parcialmente se aproximara a la que observaba de las otras chicas. Tiempo más tarde comprendí

que esto no obedecía a una creación instantánea, sino que era el reflejo de un proceso que sólo podría ser obtenido mediante la práctica y la continua evaluación de mi propia imagen frente a la de mis semejantes principalmente, pero también frente a la evaluación del cliente, de “la mami” y de todos aquellos que conforman ese mundo. Asimismo, es un proceso inagotable, pues se encuentra retroalimentando de la búsqueda de “defectos”, anhelos de “perfección” y la lucha contra los efectos propios del paso del tiempo, todo con relación a un proceso interactivo entre la autopercepción y la percepción del otro sobre el cuerpo que encarna el significado erótico.

El cuerpo de la mujer fichera/bailarina se convierte en un cuerpo vorazmente juzgado, calificado y valorado en términos monetarios como explica Munn: el análisis de Munn implica que «la representación evaluativa del yo por otros significativos», es «intrínseca al proceso de producción del valor», y que «al producir un nivel determinado de extensión espaciotemporal más allá del yo, los actores producen su propio valor» (Munn, citado en Harvey, 1996:281).

Una de las experiencias que ejemplifican esta cuestión ocurrió cuando comencé a bailar y las chicas más experimentadas me aconsejaban sobre cómo negociar mi precio con “la mami” por el baile. Melanie, por ejemplo, que llevaba 10 años en el negocio, me decía: “mira, mamita, tú llega con la mami y dile que estás bien, que te pague más por tu baile”. En cuanto a los clientes, algunos de ellos expresaban comentarios desagradables tales como: “ninguna de aquí vale ni 100 pesos”, con la finalidad de afianzar su superioridad a partir del desprecio explícito hacia nuestros cuerpos.

Por lo tanto, el cuerpo no sólo se construye dentro del espacio de trabajo, sino que conlleva prácticas y hábitos rutinarios como dietas y ejercicios, hasta algunos otros más costosos y con relación a los primeros más esporádicos, como las cirugías estéticas. Entonces, es así como el cuerpo de una fichera/bailarina se convierte en una inversión al ser su herramienta que le permite generar una remuneración económica a través de la representación teatral.

Goffman (1959), a quien en otras ocasiones me he referido en esta tesis, elabora una teoría sobre la representación teatral en su obra *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, la cual ha sido un fuerte referente que ocupé a lo largo de esta investigación con la finalidad de explorar la interacción escénica que es primordial en este tipo de comercio sexerótico basada en lo que Preciado (2010) denomina como “economía política de la mirada”. Con los *clubes de striptease* estadounidenses de influencia *Playboy* que la autora describe, el *tabledance* organiza un mundo que otorga a la vista, por tanto a lo visual, el primer nivel dentro de una jerarquía sensorial. El baile en la pista es un ejemplo del modo en que el cuerpo se reduce a la imagen. Preciado entonces refiere, que el <<ojo masculino>> estructura imágenes de cuerpos femeninos “bellos, atractivos, eróticos”, y además, dentro de las distintas actividades que he descrito, dicha estructura permite la interacción con estos cuerpos —momento en el que la mirada queda superada, diluida nuevamente en el mar de los sentidos que incita la caricia, el olor o el susurro—.

Otro ejemplo que gira en torno a la economía masculina pero que sin duda trasciende la mirada es el sistema de ficha, el cual coincide con lo que Goffman (1977) describió como “sistema de cortejo y cortesía”, que se organiza en un sistema basado en la performatividad idealizada de la masculinidad y la feminidad: al salir del camerino, las chicas deben de sentarse en una hilera de sillas dispuestas a un costado del salón. Cuando los clientes comienzan a llegar, los meseros los reciben y les invitan a tomar algo. Tras unas bebidas, los meseros deben “meter” a las chicas a las mesas, generalmente una chica por cliente y a partir de este momento el cliente tendrá que decidir si “le invita una copa a la dama” o rechaza la invitación. La mujer se adorna de acuerdo a las expectativas del atractivo sexual esperando recibir una valoración pública de su aspecto y sus modales; mientras el hombre tiene un papel activo en la elección de las mujeres que le resultan atractivas para él.

Para la configuración del espectáculo en “Las Venus”, la organización cronarquitectónica de la que ya hemos hablado, crea una dinámica para la fichera/bailarina en la que debe adecuar su cuerpo, posturas e interacciones a las distintas regiones que marcan los límites de su actuación. Goffman (1959) divide en *front region* o espacio escénico para referirse al lugar en donde se producen las actuaciones y *backstage* o trasfondo escénico a aquellos lugares en donde se hace válido el proceso de supresión de los elementos indeseables o su manifestación.

En este sentido, las áreas que componen el salón (VIP, pista de baile, cabinas de privado, reservado) son los espacios escénicos, zonas en las que el cuerpo debe canalizar intencionalmente su postura, gestos y emociones a las disposiciones del público y el usuario⁷². No obstante, no existe una sola manera adecuada de llevar a cabo actuaciones eficaces, pues al ser la ficha y el baile una actividad que a todo momento interpone la interacción con clientes distintos, cada una de las actuaciones debe de variar al paso que sugiere la situación. La fichera/bailarina entonces deberá aprender a escuchar a los clientes, a leerlos, a atraerlos, pero también a rechazarlos; lo que coincide con el “trabajo emocional” que Hochschild (1979) define como el manejo profundo de las emociones en virtud de un modelaje socializado que sugiere interacciones altamente complejas por medio de las emociones, pues las emociones no suelen ser ocultas o estar por detrás del acto, sino que son parte de este mismo y se hacen públicas o se suprimen según sea la situación deseada. De tal manera que las ficheras/bailarinas aprenden a leer las necesidades de los clientes: a veces con un guiño del ojo el cliente será suyo, otras ocasiones su manera de caminar es tan imponente que atrae la mirada de todos los clientes que están en áreas próximas. Es por lo

⁷² Las normas que enmarcan el uso del cuerpo en el espacio escénico no sólo responden a las demandas de público y usuarios, sino que también hay que considerar las reglas internas del establecimiento para llevar dichas actuaciones, y además las convenciones que se generan a través de las propias ficheras/bailarinas. Especialmente las chicas más experimentadas son quienes aconsejan y enseñan a las chicas nuevas las formas “correctas” de trabajar.

anterior que la presencia de las ficheras/bailarinas en el espacio escénico se percibe tan dominante.

En el caso del baile, Artemisa, una chica hondureña, me sugirió que “allá arriba todo era sensualidad”, refiriéndose a que podía incluso hacer movimientos mínimos que tuvieran esa fuerza para atraer al público. El baile en la pista no busca hacer una exhibición descarnada del cuerpo de la mujer, sino crear una composición escénica en la que las luces, la música, la altura y estructura de la pista son fundamentales para “vestir la piel”: paliar sus imperfecciones y resaltar sus virtudes, según los parámetros que definen lo bello.

El espacio escénico, entonces, conlleva de por sí una arquitectura previa o *setting* o “montaje”, “que incluye el mobiliario, el decorado, los equipos y otros elementos propios del trasfondo escénico, que proporcionan el escenario y utilería para el flujo de la acción humana que se desarrolla ante, dentro o sobre él” (Goffman, 1959:34).

En este caso, también sugiero que existen zonas que demarcan una liminalidad entre el espacio escénico y el trasfondo, como es el caso más recurrente, el pasillo que conecta el camerino con el salón, ya que a medida que se recorre ese pequeño espacio se arrastran los pies cuando se va al camerino o se contonea la cadera cuando se sale al salón con el cuerpo completamente decorado. Para mí, ese pasillo marcaba el límite entre el confort del camerino y la fuerte energía que me anteponía la presencia del público cada que tenía que salir a bailar.

Los espacios de trasfondo, en cambio, permiten un pequeño retorno al cuerpo cansado, agobiado, con imperfecciones o con hambre. El camerino es el espacio de trasfondo escénico por excelencia en “Las Venus”, aunque también se podría pensar como este tipo de espacios los baños o todas las zonas en las que el público no mira. En el camerino se elabora la “fachada” que “es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación” (Goffman, 1959: 34). En el caso de la fichera/bailarina dicha

fachada debe ser producida en este espacio del camerino con el uso de maquillaje, vestuario, zapatillas, lociones, entre otros artículos que confieren la transformación necesaria para abstraer a la mujer de su cotidianidad y dar origen a un personaje escénico.

Finalmente, no todo es perfecto e instantáneo como he descrito anteriormente. El trabajo de la ficha y del baile requieren de una trayectoria experiencial plasmada en un proceso lento y continuo que en muchas ocasiones conlleva a la fichera/bailarina a la incorporación incluso imperceptible de su trabajo. Al principio, muchas de las actuaciones desempeñadas pueden fracasar durante la ficha, durante el baile o incluso la elaboración del personaje en el camerino, pero esto es debido a que la adaptación al trabajo es un proceso que se va modificando con el tiempo. Pero incluso, aún con años de experiencia, la variabilidad de las circunstancias que envuelven el trabajo puede ocasionar tropiezos. Así fue como en numerosas ocasiones fracasé como Ámbar en mis actuaciones. Durante el baile, llegué a perder las zapatillas lanzándolas por accidente hacia la mesa de los clientes. A veces me mostraba tímida o nerviosa, otras ocasiones mi aspecto simplemente era desatendido a causa del frío y del cansancio. Lo que recuerda también que el trabajo de la ficha y el baile es un trabajo humano, por tanto, sujeto a imperfecciones, creatividad, transformación y adaptación, aún incluso dentro de los márgenes y controles que se establecen en ese ambiente.

En el siguiente capítulo procederé a contar algunas historias que atañen al cuerpo en “Las Venus” durante el tiempo que estuve laborando, con la finalidad de dar seguimiento a la discusión que desde el inicio se ha planteado, sobre el margen que se vive entre la estructura y la estrategia dentro de este sistema de mercantilización, y la manera en la que las diversas formas de poder inciden en el cuerpo de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas.

CAPÍTULO 4 MICROHISTORIAS DEL CUERPO EN “LAS VENUS”

“El vínculo dialéctico [contradicción en la unidad] entre la necesidad y el deseo genera, pues, nuevas contradicciones, en particular entre la liberación y la represión”
(Lefebvre, 1974:386).

A lo largo de mi inmersión en “Las Venus”, la interacción como trabajadora del espacio me dio la oportunidad de habitar el cuerpo de Ámbar, una mujer fichera/bailarina. Ámbar fue una posibilidad de encarnar el trabajo de la ficha y el baile, a partir del manejo constante de mi cuerpo dentro de ese mundo y de relacionarme a partir de él.

Probablemente en “Las Venus” vi cerca de treinta mujeres distintas pasar por el lugar. Con algunas de ellas, quienes recurrían de forma consecutiva, forjamos lazos de apoyo, reímos y conversamos. Otras sólo llegaban “de paso” por unas cuantas noches y después no se volvía a tener pista o rastro de ellas.

En términos generales, una de las características más importantes del trabajo como fichera/bailarina es la movilidad, debido a que el contexto comercial es altamente cambiante. A veces se pueden generar buenas ganancias en un bar por temporadas, pero la inestabilidad con la que se mueve este tipo de comercio puede variar relativamente en poco tiempo. En muchos de los casos, la inestabilidad económica dentro del bar se debe a que su economía depende de la economía de la localidad y del nivel adquisitivo de los clientes, entre otras muchas cuestiones que en cierta forma repercuten en las ganancias que las chicas obtienen, y en la serie de “elecciones” que ellas realizan dentro de estos espacios de trabajo. Otra de las cuestiones por las que la movilidad se intensifica en este tipo de comercio sexo-erótico es debido a que los propietarios esperan tener la mayor cantidad de chicas, y en el mejor de los casos que éstas sean distintas, pues se considera que a los clientes siempre les gusta ver mujeres diferentes en el lugar. Por estas

razones, las mujeres ficheras/bailarinas en “Las Venus” configuran diferentes trayectorias laborales. Se puede decir que las mujeres más experimentadas que llegué a conocer tienen alrededor de 10 años laborando en distintos establecimientos. Quizá, en promedio la carrera laboral de una mujer fichera/bailarina pueda durar hasta 20 años, ya que la mayoría de ellas comenzaron a trabajar entre los 18 y los 20 años de edad, hasta los casos más atípicos de mujeres con más de 60 años que han seguido laborando. Frecuentemente, ellas tuvieron que buscar una opción de trabajo que fuera, a comparación de otras alternativas, relativamente bien remunerada y así pudieran solventar las necesidades de sus primeros hijos. Claro, lo anterior es únicamente la explicación más frecuente, sin embargo, historias hay muchas.

Este capítulo sugiere lograr mediante algunas de las historias del cuerpo en “Las Venus” visualizar los campos de poder que rebasan las fronteras del mismo establecimiento, cuyo nodo central se encuentra en el cuerpo visto desde la dimensión de las relaciones y a su vez el movimiento que prevalece entre el margen de la estructura y la acción. Por lo tanto, parto de la noción de campo empleado en el siguiente sentido:

Como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (sitios) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) —cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo— y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etcétera) (Bourdieu y Wacquant, 1995:64).

A la definición anterior añado que el campo es práctica y estructura, es decir, que por medio de la práctica se producen estructuras sociales, no obstante, estas estructuras son dinámicas, cambiantes. De acuerdo con Deleuze, la denominada “actividad de estructuración” es dinámica y sensible a las acciones pues “atraviesa todas las estructuras estables que le corresponden con una pluralidad de estructuras eventuales posibles” (Deleuze, 2014:80).

El manejo de campo, lo hago en correspondencia con el concepto de red-ficha. De modo que la discusión que se propone para el presente capítulo surge en torno a las relaciones de poder en sus distintos niveles que se establecen dentro del ambiente de la red-ficha y la manera en la que las mujeres encarnan el poder y la estrategia a través de la acción, por tanto, de las experiencias que se viven dentro de este contexto laboral. Por lo que utilizo cinco historias, mismas que denomino como microhistorias del cuerpo, pues corresponden a fragmentos obtenidos mediante conversaciones y observaciones *in situ* durante las jornadas de trabajo y en algunas ocasiones en la convivencia fuera del ambiente del trabajo. Es decir, que la información etnográfica que aquí se presenta es de una densidad profunda, pero a su vez cargada de las interpretaciones y experiencias propias sobre la convivencia y apreciación de las narrativas de mis compañeras.

Aquí, mi interés y objetivo es compartir al lector las diversas formas de poder y de estrategias que inciden en el cuerpo de las trabajadoras sexo-eróticas en “Las Venus”, partiendo de la idea de que toda repartición de poder nos coloca en un punto de poder afectar y de poder ser afectados (Deleuze, 2014). Y dependerá del juego de relaciones, la posición en la cual nos encontramos dentro de este campo, y la gama de posibilidades creativas y estratégicas que nos devolverán un estatus de interacción y creación del entorno.

El argumento que aquí se plasma se desenvuelve con ayuda de la discusión que ya Wacquant y Bourdieu (1995) han desarrollado con esmero sobre la complementariedad entre la estructura y la acción; esperando que en las siguientes microhistorias se pueda observar dicha interacción. En este sentido, el campo, es decir, la red-ficha en toda su extensión en tanto estructuración y circuito del comercio sexo-erótico, se establece a partir de relaciones de poder como el capital, la sexualidad, el erotismo, la clase, el género y la raza. Mientras que el *habitus* alude a los individuos que a través del cuerpo se relacionan mediante esquemas perceptivos,

apreciativos y de acción. Ambos conceptos —*habitus* y campo— son relacionales ya que el campo —red-ficha— también puede ser entendido como un campo de juego, es decir, la estructura posee vida y la vida se la proporcionan los actores o jugadores partícipes de dicho juego (Bourdieu y Wacquant, 1995).

Para aclarar el uso de los conceptos anteriores Bourdieu refiere que el *habitus* se entiende como un aspecto activo del conocimiento práctico que la gente posee como una capacidad de elaborar el mundo a su vez socialmente elaborado (Bourdieu, 1997). En términos de Wacquant, el saber cenestésico tiene un poder estructurante. Ambas perspectivas ponen en claro que, en dicho aspecto activo o práctico, a pesar de haber un poder generador, no es el de un sujeto trascendente, sino el de un individuo socializado (Bourdieu, 1997). Lo que nuevamente remite a la necesidad por cuestionar términos tan ligeros como la “elección” o la “libertad” como si se tratara de mostrar un surrealismo de individuos desvinculados o capaces de desvincularse del entorno social.

Cabe mencionar que la discusión anterior surgió como una inquietud que con frecuencia encontraba la manera de volver: ¿qué tanta libertad de acción existe en el ejercicio de la ficha y del baile para las ficheras/bailarinas? *Vs.* ¿qué tanto dominio cobra relevancia en el cuerpo de las ficheras/bailarinas?

Inevitablemente el debate requiere entrar en la dimensión del poder, el cual es entendido por Deleuze (1986), según Foucault, fundamentalmente como una relación, o mejor dicho, como una multiplicidad de relaciones que adquieren forma o sustancia en y a través del cuerpo.

El comercio sexo-erótico es un sistema estructurado con base en distinciones o categorías raciales, de género, de edad y clase; todas in-corporadas en la imagen de la mujer fichera/bailarina y preceptos que le abrirán puertas o las cerrarán en la multiplicidad de actividades que se le despliegan. Por ejemplo, como he ilustrado en otros fragmentos

etnográficos, en San Cristóbal habrá lugares en donde la mayoría de las mujeres ficheras son mujeres indígenas. Con mayor especificidad refiero que en el campo en el que trabajé, los criterios de selección se indagaban en el cuerpo de las mujeres que entraban a laborar al establecimiento; el primer aspecto de selección es el género, pues en “Las Venus” únicamente laboran mujeres. Posteriormente, en el cuerpo se valora el aspecto de la piel (tono, textura), la complexión, los rasgos faciales, el volumen de los senos, la forma de la cadera; todo lo anterior resumido en un rápido vistazo, como aquella mirada evaluativa con la que Don Antonio escudriñaba los cuerpos que le parecían apetecibles para su negocio.

El cuerpo de la mujer fichera/bailarina entonces, es una ficción atiborrada de idealizaciones y expectativas que narran pasajes de una historia, en la que se ocultan o se exaltan episodios de la vida propia de las mujeres que encarnan y encarnamos estos cuerpos. Por lo tanto, en la lectura de las microhistorias propongo, en el mismo sentido que Wacquant y Bourdieu (1995), centrar la atención no en las actrices individualizadas que protagonizan estas historias, sino como actantes de un campo en el que participan de forma activa y eficiente, a su vez produciendo efectos sobre este mismo.

Aquí, podemos describir algunos de los aspectos estructurales que conforman este campo y la manera en la que se relacionan con el cuerpo de las mujeres ficheras-bailarinas. Lugones (2008), con base en el enfoque interseccional, complejiza el argumento de Quijano (2000), introduciendo el género como una categoría que se intersecta con la raza, donde lo que busco destacar con dicha perspectiva es el punto nodal que se refiere a la forma en la que la “colonialidad del poder” se ha hecho cuerpo y estructura, que se vive a través de experiencias que guardan vigencia.

La red-ficha es un campo mercantil, por tanto, es una gota en el mar del flujo capital, en el que el cuerpo, en este caso de la mujer fichera/bailarina, queda adscrito a las formas históricas de

colonialidad instauradas en América: “en la articulación estructural de todas las formas históricamente conocidas de control del trabajo o explotación, la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, el trabajo asalariado, y la reciprocidad, bajo la hegemonía de la relación capital-salario” (Quijano, 2000:204). La historia es otra de las propiedades que no debemos olvidar cuando hablamos de la interacción entre el campo y el *habitus*, pues según Wacquant y Bourdieu (1995), entre ambas nociones, sólo hay acción e historia que transforma y/o conserva las estructuras. Por lo tanto, los autores mencionan que, siendo partícipes de este modelo de “modernidad y de colonialidad del poder”, en términos de Quijano (2000), los dominados en mayor o en menor medida no sólo contribuyen, sino que incorporan la dominación. En el trabajo sexo-erótico de la zona de la frontera Sur, existen condiciones reales que favorecen la inserción de las mujeres en este tipo de actividad como los beneficios obtenidos en contraste con las peores condiciones laborales que se viven en otro tipo de trabajos también asignados al rol de la mujer, como el servicio doméstico. La división laboral en la frontera Sur no está dada de manera fortuita —como lo he tratado de dibujar especialmente en la introducción—, sino que obedece a la situación histórica en gran medida desfavorable que ha afectado los países centroamericanos. En el trabajo sexo-erótico de la frontera Sur se incorporan cierto tipo de mujeres generalmente de bajos recursos que se vinculan a la situación histórica vivida en los países centroamericanos. Existe también un gusto y una demanda por mujeres que guarda relación con la construcción colonial aunado a los procesos de colonialidad contemporáneos que dibujan flujos migratorios desfavorecidos por el movimiento de la economía global. Las mujeres dominadas, mestizas, indígenas y negras, fueron exotizadas y empleadas a modo de satisfacción sexual en una relación diferencial, antagónica de dominio y obediencia. Galeano narra la historia de la colonialidad encarnada en el cuerpo de la africana “burlonamente bautizada Venus de los hotentotes” quien fue puesta en exhibición dentro de una jaula para el deleite, curiosidad y morbo

de un grupo de “célebres ingleses”. Tras su temprana muerte, George Cuvier también “célebre naturalista”, diseccionó su cuerpo en nombre de la ciencia y concluyó que tenía “cráneo de mono, cerebro escaso y culo de mandril (Galeano, 2008). Esta historia puede ser extravagante, pero no absurda al tomarla en cuenta como referente histórico que ha estructurado el deseo, exotismo y dominación de las mujeres mestizas, indígenas y negras que habitan en el margen de una vida sin privilegios, ya que si bien las distintas modalidades de comercio sexo-erótico se han ampliado y diversificado incorporando a nuevos actores, me limito únicamente a las características económicas y culturales de las mujeres que trabajan en los centros nocturnos de San Cristóbal de Las Casas, quienes, fueron en su totalidad —durante el tiempo que estuve laborando— mujeres mexicanas y centroamericanas madres, a cargo de al menos dos hijos y que trabajaban para cubrir sus necesidades, ya que el trabajo en el centro nocturno es su único o mayor fuente de ingreso.

Entonces, para comprender las relaciones de dominación capitalista con respecto a las mujeres, Federicci (2015) señala una interacción más: género-clase, pues con la transición capitalista, los roles de género sufrieron cambios radicales en el sentido de que la identidad sexual se volvió el anclaje o la base de las funciones del trabajo, donde fundamentalmente, de acuerdo a la autora, el cuerpo es para la mujer lo que la fábrica es para los varones trabajadores asalariados; pues en dicha transición, el cuerpo de la mujer fue apropiado por el Estado y por los hombres. De modo que el capitalismo está necesariamente vinculado con el racismo y el sexismo encubierto por una promesa de liberación que se coaliciona con la realidad de una coacción generalizada (Federicci, 2005). Según Federicci, la realización del capital encarnado se encuentra cuando la trabajadora, en este caso, se convierte en “libre dueña” de su fuerza de trabajo y el cuerpo deviene en una herramienta o instrumento del capital. Sin embargo, estas consideraciones se retoman principalmente por la cuestión de que el trabajo sexo-erótico es intrínsecamente mercantil. La explotación y autoexplotación del cuerpo de trabajo se vive en términos de horario,

salario, inestabilidad económica, omisión de derechos laborales, cuyas condiciones, pueden ser equiparables a la explotación en otros empleos informales que forman parte de este sistema capital, considerando además los riesgos a la salud en el trabajo sexo-erótico ante los cuales las mujeres quedan completamente desprotegidas⁷³. En el trabajo sexo-erótico la informalidad puede tener varias desventajas imperceptibles a corto plazo, pues con las ganancias diarias que se reciben por el cumplimiento de cada jornada laboral se puede vivir “al día” y quizá hasta un poco mejor. Sin embargo, cuando los problemas de salud recaen sobre el cuerpo y no se tienen prestaciones laborales, cuando no se puede trabajar y no se tiene ganancia por cada día de ausencia, la vida puede tornarse complicada.

Por otra parte, la diversidad de prácticas que se llevan a cabo no puede ser explicada únicamente en el sentido económico, sino que una sola actitud o práctica incluye una serie de motivaciones mucho más variada que no responde a intereses puramente mecanicistas directamente vinculados a fines económicos, sino al margen del poder y la estrategia. Es decir, en el caso de “Las Venus”, las mujeres establecían relaciones afectivas, amistosas, amorosas, de compañerismo, entre otras que quedaban fuera de las relaciones dicotómicas —fichera/gerente, bailarina/cliente, fichera/seguridad, etcétera—, puramente económicas o administrativas. Respecto a este tema, es interesante nuevamente retomar el hilo sobre las reflexiones a las que nos conduce el poder. Al plantear que las relaciones laborales y comerciales son jerárquicas, antagónicas y sin lugar a dudas de explotación, el estudio de otras formas relacionales que atraviesan la vida en “el ambiente” nos remite a otras formas de poder como aquel que se gesta

⁷³ Los riesgos a la salud que conlleva este tipo de actividad están relacionados con la sexualidad, ya que el uso del preservativo no es siempre confiable y su uso u omisión responsabiliza a las mujeres de las posibles consecuencias en su cuerpo por el intercambio sexual “sin protección”. Por otro lado, como hemos visto, la salud de las mujeres puede verse afectada por otras condiciones de trabajo como el exceso de bebida [ya sea carbonatada o alcohólica], por las adversidades del clima y la mala adaptación de los espacios que normalmente se vuelven muy fríos en invierno, entre otras.

cuando “inconscientemente” se busca la protección de un chico de seguridad o al enamorarse de quien representa un estatus dominante como el dueño o el gerente del bar. Existen también historias que narran las chicas sobre algún cliente que las conquistó con la promesa tan popular de “sacarlas de trabajar”, lo que nuevamente nos conduce a la búsqueda del paternalismo, de la protección, y de la seguridad que encuentran en este juego de dominio.

4.1 ESMERALDA

Esmeralda fue una de las primeras chicas que comencé a frecuentar en “Las Venus”. Al inicio de mi trabajo de campo, nuestros encuentros fueron recurrentes. Cada noche de trabajo ella ya estaba en el camerino; era de las chicas más constantes. Esmeralda era una joven de 22 años, proveniente de Tuxtla, de tez blanca, cabello corto castaño claro, complejión media, se podría decir que en este medio su rostro era atractivo, y ella codiciada por dicha característica. Hacía seis meses que Esmeralda había llegado a trabajar a “Las Venus”, pero nunca antes había trabajado en “el ambiente”⁷⁴. Cuando yo llegué, noté que Esmeralda ya se relacionaba bastante con varias de las otras chicas, con “la mami”, y con el resto de los trabajadores, pero particularmente con los chicos de seguridad mantenía una relación cercana.

⁷⁴ La ficha es una actividad inmersa en “el ambiente”, de manera general, se lleva a cabo en todo el país en bares diurnos o centros botaneros, cantinas y centros nocturnos. Cada uno de estos establecimientos se convierte en un cosmos distinto, pues a pesar de que su dinámica es la misma, está imbuido en una serie de circunstancias que configuran un sistema único. Recupero entonces, “el ambiente” como una expresión coloquial que hace referencia a la red de comercio sexual inmersa en los flujos globales, que se diversifica y conforma numerosas formas de consumo y de espacios que adquieren sus particularidades dependiendo del contexto en donde se encuentren.

A pesar de que no tenía experiencia previa, Esmeralda se desempeñaba sin pudor, bromeaba con los clientes y era extrovertida; a veces se mostraba alegre y platicaba con todos. Otras ocasiones, cuando su estado de ánimo no era tan positivo, Esmeralda mostraba apatía, desgano o irritabilidad en un rostro que no podía engañar aquellos que la miraban. Esmeralda parecía haber desarrollado rápidamente las habilidades en la pista de baile para dar un buen *show* y mantener a los clientes entretenidos mientras meneaba su cadera al ritmo del *reggaetón* que siempre fue su género preferido para bailar.

A pesar de que el trabajo tiene generalmente un grado de incertidumbre, Esmeralda siempre tenía clientes y buscaba la manera de que le invitaran las bebidas más caras que le harían ganar más comisión. Una ocasión, mientras compartíamos la mesa con unos clientes frecuentes, sin saber qué pasaba vi que Esmeralda se levantó y se retiró con cierto enojo. Tiempo después los chicos me comentaron que a uno de ellos le había pedido 500 pesos, pero el sujeto no accedió a darle el dinero, discutieron y ella se fue.

En cuanto a su relación conmigo y con otras chicas, el trato con Esmeralda también estuvo marcado por variables estados de ánimo; a veces ella se mostraba con ímpetu de conversar, pero en otras se mantenía a distancia y platicábamos poco, situación que era similar con las otras chicas, así como con los clientes, pues tenía la capacidad de mostrarse bromista, pero otras ocasiones cuando algún cliente le desagradaba, ella expresaba explícitamente dicho disgusto. Especialmente al principio parecía que mi presencia le provocaba curiosidad y se acercaba con más frecuencia para platicar, y al enterarse que yo era nueva, en algunas ocasiones intentaba darme consejos sobre cómo aprender a trabajar en las mesas, cómo tratar a los clientes; y en el camerino, me aconsejaba sobre cuestiones de mi arreglo. Una noche me contó que tenía dos hijos, una niña y un niño, ambos pequeños.

Tiempo después, mientras Esmeralda y yo platicábamos en las sillas de espera, supe que mantenía una relación con Jesús, chico de seguridad. Esmeralda me contó que, por tal motivo, ella no se podía meter al “reservado”. La relación íntima que Esmeralda y Jesús habían establecido recaía en la vigilancia y el control del cuerpo de Esmeralda, y esto repercutía en la manera de desempeñar su trabajo. Jesús trataba de impedir que Esmeralda entrara al “reservado” para que no tuviera ningún tipo de contacto íntimo con alguno de los clientes y que todo lo que ella hiciera mientras trabajaba estuviera al alcance de su vista. Más tarde comprendí que cuando se daban relaciones íntimas de este tipo, “el reservado” se convertía en un drama que había que vivir, pues sus parejas tenían que “aceptar” o “prohibir” ciertas actividades. Bajo esta lógica sus compañeros podían aceptar que las chicas bailaran y ficharan, pero no que entraran al “reservado”, y mucho menos que tuvieran relaciones sexuales con los clientes.

Las peleas y discusiones entre Esmeralda y Jesús fueron recurrentes, pero ella argumentaba que a veces se veía en la necesidad de entrar al “reservado” debido a que “todo estaba muy bajo”; no había clientes y si alguno de ellos le sugería entrar, Esmeralda tenía que acceder para incrementar su ganancia.

En la gerencia, los encargados recibieron el reporte de que Esmeralda y Jesús mantenían una relación de noviazgo y corrieron a Jesús, pues según el reglamento, el establecimiento impide las relaciones íntimas entre los trabajadores, principalmente debido a que cuando se trata de relaciones entre ficheras/bailarinas y otros trabajadores, ellos como en el caso de “Jesús”, observan y están al tanto de todo lo que las chicas hacen con los clientes y limitan el trabajo de las mujeres ficheras/bailarinas, situación que repercute en las ganancias del bar de manera negativa. Se estima también que los conflictos, debido a las emociones tales como los celos y el enojo, podrían ser un factor que pudiera repercutir en la estabilidad del ambiente dentro del centro nocturno.

Las relaciones aquí chocan, pues dedicarse al trabajo sexo-erótico no quiere decir que se esté exento de forjar otras relaciones de dominación y de control fuera del ámbito laboral, sino que dichas relaciones adquieren formas particulares a las múltiples experiencias que acontecen entre la atmósfera del trabajo sexo-erótico.

Tiempo después, Jesús comenzó a trabajar como mesero en una pizzería. Una de esas ocasiones me encontré a Nolan —otro chico de seguridad ex compañero de Jesús—, quien había ido a visitar a Jesús al restaurante, así que nos detuvimos unos minutos a platicar afuera. Nolan me confesó que él nunca tendría una relación sentimental con una chica de ese “ambiente”, “porque ellas siempre tienen queridos, amantes y demás”. Comentario que me sugirió de manera consistente que el estigma sobre el trabajo sexo-erótico prevalece también en otros actores presentes de forma más directa en el bar, tales como los clientes, trabajadores, taxistas e incluso también entre las chicas⁷⁵. Después me contó que en su papel como seguridad le gusta ayudar a las chicas que son nuevas y que aunque también parte de su trabajo consiste en reportarlas cuando infringen las reglas, si son sus amigas él las encubre, porque además de la relación laboral, como he tratado de mostrar, las relaciones amistosas y de intimidad entre las ficheras/bailarinas y los chicos de seguridad son frecuentes y a través de éstas es posible ver la atracción que surge de manera persistente hacia los chicos de seguridad, quienes en su rol de protectores establecen una relación afectiva que puede ir más allá de las demandas laborales. En este tipo de vínculos cabe señalar que lo “prohibido” que existe en esta relación muchas veces es un factor que incrementa la atracción o el deseo, ya que estas dos cuestiones:

⁷⁵ En numerosas ocasiones escuché comentarios tales como el de Alexandra cuando salió a repartir volantes del *club* a la zona del centro con su vestido ajustado diciendo “me veo bien puta”. El apelativo de “puta” se empleaba con frecuencia con un tono bromista pero que dejaba entrever la interiorización del estigma y la infravaloración que conlleva el trabajo sexo-erótico.

prohibición/protección, juegan un papel importante que crea diferencias, por ejemplo, en cuanto a la relación entre las chicas y los meseros, las cuales son menos frecuentes.

Una noche, Esmeralda dejó de llegar al bar, y como se me hizo raro debido a su constancia, pregunté a Gala, amiga de Esmeralda. Ella me contó que Esmeralda había dejado de ir porque al parecer estaba embarazada de Jesús y ese fue el motivo por el cual a él lo habían corrido, mientras que a ella la amonestaron; aunque, de cualquier forma tuvo que dejar el trabajo en cuanto se percató de su embarazo. La noticia me impactó y pensé que debido a eso ya no la volvería a ver en el centro nocturno.

La sorpresa ocurrió cuando una noche, pasados unos meses, vi que Esmeralda entró al camerino. Como de costumbre, ella se cambió y se puso un vestido corto, pero holgado y encima se había cubierto el torso con un suéter. Esos días evité hacerle alguna pregunta directa, debido a que mostraba cierto grado de reserva en temas personales, pero noté que después de su regreso, especialmente las primeras noches, Esmeralda se esforzaba por ser más discreta con los cambios en su cuerpo. Parecía que no sólo se preocupaba de que los clientes notaran su vientre engrandecido, sino que también mostraba reserva en el camerino ante algunas de nosotras. Aquellas que ya se habían enterado de la noticia tampoco decían nada de forma explícita, pero mientras producíamos nuestro arreglo, eran frecuentes los comentarios que la aconsejaban de no fajarse, sobre la ropa que debía de usar para disimular, entre otras cosas, además de ser apodada como “la panzuda”.

Después, fue interesante observar cómo la relación con el nuevo estado de su cuerpo en el contexto laboral del centro nocturno fue cambiando.

Era imposible no darse cuenta que el transcurso de la noche le generaba muchas dificultades, pues se mostraba cansada, incómoda con su nuevo aspecto, resolvía el hambre comiendo frituras, galletas, u otro tipo de comida que tuviera a la mano; y cuando no estaba

ocupada, explayaba su cuerpo encima de una bocina o en alguno de los sillones. Sus actividades laborales dentro del bar también se transformaron en la medida en que el drástico cambio en cuanto su autopercepción se modificó. Primero que nada, Esmeralda dejó de bailar para no exhibir su vientre y guardaba distancia con los clientes durante su trato con ellos en las mesas.

Semanas después, las conversaciones en el camerino se volvieron más abiertas sobre este tema y se comenzó a tratar con más naturalidad. Una noche Esmeralda entró al camerino muy entusiasmada con una carpeta y mostró los documentos que estaban en el interior, especialmente a “la mami” y a Nolan (chico de seguridad). Cuando Carlos (mesero) entró al camerino, Esmeralda efusivamente le dijo: “¿Quieres ver a tu hijo? Tiene una vuelta de su cordón en el pescuezo, me dijeron que todavía está chiquito”. Carlos se rio y contestó: “Ha de ser de tanto que le andas bailando a los clientes”.

“La mami” le explicó que es hasta los últimos meses de embarazo que los bebés crecen más. Entonces trató de reconfortarla diciéndole que su hijo todavía tenía tiempo de crecer.

Después siguieron bromeando sobre el tema. Esmeralda le dijo a Carlos: “Tú vas a ser el padrino; al paso que voy, va a nacer aquí y van a tener que traer los manteles”. Con el tiempo, Esmeralda se fue habituando nuevamente al trabajo y a su cuerpo. Cada vez se mostraba más desenvuelta con los clientes. Una ocasión, Don Matías —el dueño— se acercó a ella mostrándose “interesado” por su estado de salud, pero Esmeralda no tuvo ningún tipo de consideración distinta a las otras chicas; tenía que cubrir las mismas horas de trabajo, beber las respectivas bebidas de la ficha y emplear las zapatillas.

Pareciera que en la perversidad del sistema capitalista y la tendencia hacia la informalidad del trabajo incita a creer a las mujeres que en este tipo de comercio ellas están obteniendo un beneficio por parte de la empresa que las emplea, lo que en términos reales se hace tangible a la hora del pago. Por otra parte, se nubla la importancia que tiene el cuerpo de las mujeres para la

ganancia y subsistencia del comercio sexo-erótico y de todos los demás actores (dueños, gerentes, meseros, mami, *DJ*, seguridad), ya que, sin ellas, sin sus cuerpos y sin su trabajo este tipo de comercio se volvería nada. El restar importancia a este hecho, es un éxito para la manutención de la jerarquía, desigualdad, y control de las mujeres que se dedican a esta labor, reducidas a empleadas sin derechos laborales que, a pesar de la enfermedad, el cansancio crónico o el embarazo, deben seguir trabajando y llevando el cuerpo al límite para continuar obteniendo paga.

Una ocasión, mientras Esmeralda se maquillaba en el camerino, las demás chicas le sugerían que ya no debía trabajar así, a lo que Esmeralda orgullosa respondió: “¿Qué me quedo hacer en mi casa? Mejor vengo a trabajar, no es por el dinero, tengo un chingo de dinero ahorrado en el banco”. Esmeralda sabía que debía seguir trabajando por el mayor tiempo posible a pesar de que esto pudiera conllevar severas consecuencias en su cuerpo durante el embarazo, ya que con un tercer hijo no habría otra manera de aportar economía a su familia. Sin embargo, ella no quería presentarse ante sus compañeras de trabajo como una mujer vulnerable, por el contrario, a través de su comentario frente al espejo, ella reforzó claramente una expresión que alude a la autoexplotación encubierta de valores tales como que el trabajo es una virtud aceptando las malas condiciones que las eximen de sus derechos laborales.

Las últimas noches que le vi, Esmeralda estaba tan habituada a trabajar así que entró con un cliente al reservado. Ya en el camerino mientras se cambiaba me platicaba sobre los cambios en su cuerpo. Sus senos estaban al descubierto y su piel tenía un aspecto enverdecido por las venas que le recorrían desde el pecho hasta el cuello. Le pregunté: “¿Y apoco los clientes no se dan cuenta?” Esmeralda con naturalidad respondió: “¡No, nena! Vieras que no se dan cuenta. Hasta he entrado al reservado y me he quitado la ropa, pero mi hijo se esconde; pobre de mi niño”. Le pregunté cuánto tiempo más iba a trabajar. Ella respondió: “Yo creo que como una semana más. Pero así como ha estado... —refiriéndose a la disminución de las ganancias— Yo

entré a finales del año pasado y me iba muy bien. Antes despilfarraba el dinero, ¡en una noche de fiesta me podía gastar hasta 4 mil pesos!”

La semana siguiente ya no vi a Esmeralda. Pregunté a Nadia qué había pasado con ella. Nadia respondió: “Ya se alivió, ahí anda ya el chamaco”. Exclamé en un tono de incredulidad: “¡Cómo crees! ¿Pero no que tenía ocho meses?” Nadia respondió: “Yo creo que ni ella sabía cuánto tenía. Cuando llegó se le rompió la fuente. Según estaba programado para enero”.

Con la microhistoria de Esmeralda podemos ver la manera en la que distintas dimensiones se contraponen en un mismo cuerpo. El cuerpo como espacio de experiencia de una mujer trabajadora sexo-erótica se contrapone con el de la maternidad ante la experiencia propia como a los ojos de los otros. Asimismo, las relaciones que se atraviesan en torno a éste como las relaciones eróticas y sexuales con los clientes, contrapuestas a las relaciones íntimas con sus compañeros sexuales. Las coaliciones entremezcladas que conforman la realidad de un mismo cuerpo en muchas ocasiones resultan incomprensibles o difíciles de asimilar, lo que puede devenir en conflictos derivados del estigma hacia las mujeres que supone el trabajo sexo-erótico, pero también del anhelo de posesión del cuerpo femenino que persiste en las culturas patriarcales.

Otro de los aspectos que son apreciables en esta narrativa es el manejo de la subordinación de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas a la informalidad del trabajo y a la dominación “aparentemente imperceptible” por parte del sistema de control que organiza esta empresa. El trabajo de fichera/bailarina difícilmente es socialmente reconocido, lo que repercute en su calidad de vida en términos emocionales, de salud y de justicia.

4.2 ALYSSA

En “Las Venus” es notable la presencia de mujeres centroamericanas, entre las cuales es más constante la presencia de hondureñas, pero también en menor proporción, de otros países como Venezuela y Nicaragua. A diferencia de las mujeres mexicanas, las centroamericanas cuentan con más reserva sus historias sobre cómo fue que llegaron a México y cómo comenzaron a trabajar en estos espacios. Alyssa, una chica que llegaba con frecuencia, alta, morena y de curvas exuberantes, mostraba gran experiencia en el trabajo. Tras salir del camerino, su arreglo y su vestuario eran impecables. Ya en el salón, su postura usualmente permanecía erguida, caminaba con elegancia y delicadeza e incluso al estar sentada mantenía una figura alineada, pero a la vez con un semblante relajado, lo que la hacía parecer siempre muy atractiva. Rara vez Alyssa mostraba alguna señal de fastidio, cansancio, o malestar en su comportamiento o actitudes, a pesar de que después de unos meses de trabajo las sombras del desvelo comenzaban a oscurecer la parte inferior de sus ojos. Nunca dejó de sorprenderme la manera en la que bailaba, aunque su *show* estaba siempre sujeto a cambios, es decir, a improvisaciones con relación a su interacción con el público. Cuando el salón estaba vacío y el público era escaso, Alyssa realizaba únicamente pasos simples, recorría la pista de un lado al otro, caminaba alrededor de los tubos metálicos y sus movimientos eran muy sutiles, sencillos, y lentos pero estilizados mientras su rostro permanecía inexpresivo, monótono. En cambio, cuando el salón estaba repleto, la euforia del público la motivaba a hacer acrobacias con gran destreza en el piso y en el tubo, interactuaba con los clientes que observaban con admiración brindándoles una sonrisa o aceptando un trago de alguna bebida que le ofrecían mientras bailaba.

Con nosotras —sus compañeras de trabajo— se mostraba siempre amable, aunque reservada, especialmente en aspectos de su vida personal. Con el tiempo Alyssa me fue

conociendo un poco más y a veces platicábamos sobre algún tema del trabajo: sobre las noches o los clientes.

Pasé algunos meses pensando que Alyssa era hondureña, hasta que una ocasión, cuando ella acababa de bailar, yo entré al camerino y mientras se cambiaba el vestuario me acerqué con interés de saber cómo había aprendido a bailar. Ella me contestó: “En Nicaragua. En el lugar en donde trabajaba ponían coreografías y yo solita me quedaba a practicar”. Ese comentario me hizo caer en cuenta de que mis primeras intuiciones sobre la procedencia de Alyssa estaban erradas, pues era originaria de Nicaragua y llevaba ya varios años viviendo en Tuxtla. Además de que, en conjunto con los relatos de otras chicas, la mayoría aprendieron a bailar en los espacios de trabajo “viendo” o con ayuda de sus otras compañeras.

A medida que pasaban nuestras noches en “Las Venus”, nuestra relación fue mejorando, aunque nunca fue tan estrecha, debido a que Alyssa se trasladaba diariamente de Tuxtla a San Cristóbal, y únicamente convivimos dentro del espacio de trabajo.

Algunas semanas después noté la presencia de otra chica, quien intuí que probablemente provenía de Centroamérica. Es difícil precisar cuáles son los factores que intervienen en las distinciones que hacemos respecto a la procedencia de las personas, pues responden a una idealización prefabricada usualmente sobre características fenotípicas, pero que se complejiza al incorporar otros referentes como el acento, los gestos y ademanes, las posturas y otras características que parten de construcciones culturales que empleamos para crear nuestras referencias propias sobre la identidad y la alteridad.

En el caso específico del centro nocturno, era frecuente que las chicas centroamericanas que trabajaban en “Las Venus” tuvieran más de una cirugía estética. Tanto las mujeres centroamericanas como las mujeres nacionales han remodelado su cuerpo a través de prácticas corporales como las cirugías estéticas. Esto es un referente sobre la experiencia laboral, pues se

puede comprender como una transformación quirúrgicamente inducida del cuerpo en relación a la forma de trabajo, pero además como una inversión que se hace para “sentirse con más seguridad” en cuanto a las otras chicas, contratistas y el público que las valora.

El cuerpo de las mujeres que ha sido remodelado a partir de una o más cirugías estéticas adquiere en este medio, más valor al ser más “atractivo” para los clientes, debido a que auxiliado con la producción del montaje y la elaboración de la fachada, éste se convierte en una ficción extra-cotidiana. Estos cuerpos se vuelven impactantes al estar al margen de los cuerpos de la cotidianidad. El aumento desmesurado de los senos y los glúteos, la reducción del abdomen y la cintura por medio de las técnicas más socorridas como la mamoplastía, abdominoplastía, lipoescultura y lipotransferencia, dan como resultado un cuerpo que queda al borde de la realidad y la ficción. El motor de tales cambios es a menudo la persecución y el anhelo de la perfección nunca culminado. De tal manera que, un cuerpo femenino que se aproxima a la exuberancia adquiere una alta demanda en este tipo de mercado por parte de los usuarios, quienes recurren en su mayoría en búsqueda de estos cuerpos y en la búsqueda de dicha fantasía.

En este ambiente, es común que los “defectos” corporales se exacerben al ser cuerpos juzgados de manera persistente en cuanto a su aspecto físico. Las ficheras/bailarinas cada día luchan contra los efectos del desgaste físico, de la vejez, del embarazo que recae a modo de estrías, flacidez, ptosis mamaria, arrugas, entre otras características corporales que los parámetros de belleza estipulan como “defectos” que habrá de combatir para seguir permaneciendo activas en esta carrera.

Muñiz (2015) plantea a la cirugía estética como un dispositivo de poder al situar los cambios que se llevan a cabo por medio de estas técnicas como prácticas corporales consideradas “desde dos series que constituyen el biopoder y la biopolítica: la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones; y la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores-

Estado” (Muñiz, 2015:33). Elementos a los que añadiría la importancia de las industrias tecnológica, médica, y sobre todo mediática, que intervienen en la producción de esta ficción.

En el camerino tanto Alyssa como Jazmín permanecían sin cruzar muchas palabras. Al notar esto, no sabía si se trataba de tensiones que pudieran existir por alguna cuestión de competencia. Probablemente dichas tensiones estaban ocasionadas al considerarse ambas como mujeres foráneas, atractivas, y con cierto grado de experiencia como bailarinas.

Una noche que Jazmín no llegó, las chicas en el camerino hablaban sobre ella. Mabel comentó: “Esta niña —refiriéndose a Jazmín— estaba en la mesa con el cliente y yo sentía que se burlaba de mí [...]” “¿De dónde es?”, preguntaron las chicas.

“La mami” respondió: “Creo que es de Honduras”. Las chicas prosiguieron la conversación: “¡Ah! Por eso es así. Es como la Esperanza —hondureña también—; sienten que nadie las merece”, replicaron. Alyssa asintió en complicidad con los comentarios de las chicas.

Aún a pesar de sus diferencias, después de un tiempo empezó a notarse un cambio en la relación entre Alyssa y Jazmín. Parecían haber dejado las diferencias e incluso a trabajar juntas durante la ficha en las mesas de los clientes.

Una de las últimas noches, ya como a eso de las cuatro de la mañana yo cenaba en el camerino junto con Alyssa, cada una frente al espejo. Alyssa llevaba unos tacos empacados en una charola. Los tacos fueron el hilo conductor de una plática inesperada. Yo le pregunté, en afán de hacer un poco de conversación: “¿Qué comes, tacos?” Alyssa respondió mientras pellizcaba la tortilla: “Sí mami, pero nada más me como la carnita”. Le dije, un poco curiosa sobre su lugar de origen: “Supongo que en Nicaragua no hay tacos”. Alyssa respondió: “Sí hay, pero son diferentes, los tacos allá son con la tortilla sofrita. Aunque sí hay, a veces íbamos con mi familia a comer a la calle y veíamos que decía “tacos mexicanos”, pero son diferentes”.

Poco a poco mi interés por conocer la historia que trajo a Alyssa a México me motivó a continuar la conversación sobre ese tema: “¿O sea que tú nunca te imaginaste llegar a México?”

La respuesta de Alyssa me impactó:

No mamita, nunca pensé llegar a México. Primero estaba en un grupo de élite trabajando en Guatemala, ahí llegaban chicas rusas, de todo, ganábamos muy bien; pero el problema era que estaba controlado por el narco, estaba muy feo. Ahí veíamos a gente morir⁷⁶. Después éramos cinco chicas: una colombiana, una paraguaya, una venezolana, una de Costa Rica, y yo, que nos venimos por eso a trabajar a México. Primero llegamos a Tapachula y ya de ahí cada una hizo su vida. Yo ya tengo 14 años viviendo en México, luego conocí al papá de mi hijo. Me casé en Distrito Federal con un chilango, ya tengo mis papeles, estoy naturalizada, pero tengo dos nacionalidades. Pero yo no trabajo en los estados del Norte, porque allá dicen que hay mucho narco. Me han contado que allá llegan en camionetas y se llevan a las chavas, luego se las llevan a vender a otros lugares. Una amiga me contó que en una ocasión estaba un grupo de edecanes y a todas se las subieron y después ya no las encuentran. Por eso yo lo mucho he trabajado es en Tampico, he trabajado en Xalapa, Pachuca, Querétaro, en Ciudad del Carmen, Oaxaca. El problema aquí es que es tranquilo, pero es muy mal pagado (Alyssa, 2017)⁷⁷.

Actualmente, Alyssa mantiene la relación con su pareja con quien menciona que no tiene conflictos por su actividad laboral, ya que “él sabe que es trabajo”. Tras años de experiencia, Alyssa conoce a varios representantes, pero la mayor parte del tiempo trabaja en “Las Venus”, ya que al igual que muchas otras chicas que trabajan ahí, ya están asentadas en Tuxtla. Otras temporadas deja de ir, ya sea porque trabaja en otros lugares por tiempos cortos o porque se da tiempos de descanso, cuando ya percibe que su cuerpo está sufriendo las afecciones del trabajo nocturno.

⁷⁶ Después investigué sobre el tema, encontrando que la llamada fuerza élite o grupo élite “Kaibil Balam” fue un grupo creado en 1974 para derrocar a la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en función de recuperar el territorio de Belice para Guatemala (Castillejos, 2007). Posteriormente, se tiene información sobre la incorporación de “kaibiles” en empresas de seguridad privada en Irak y sobre su vínculo con el narcotráfico en cárteles de México. (<https://www.laprensa.com.ni/2007/10/22/internacionales/1313602-kaibiles-mercenarios-y-fuerza-de-narcos>).

⁷⁷ Extracto de diario de campo sábado 2 de diciembre de 2017. Conversación informal con Alyssa en el camerino.

Con la microhistoria de Alyssa es posible conjuntar el poder que emerge a partir de los estereotipos de belleza colectivizados como modelos a seguir que otorgan reconocimiento, ya que los cambios físicos por medio de estas prácticas corporales se traducen en plusvalor. Las mujeres que encarnan estos cuerpos en el comercio sexo-erótico, como es el caso de Alyssa, generalmente ya tienen una amplia trayectoria que les ha permitido llevar a cabo estos cambios. En cuanto a su percepción, ellas se sienten “más seguras”, por ejemplo, cuando están en la pista como lo refirió Mabel; seguridad que logra ser reflejada a modo de una belleza exuberante que está por encima del cuerpo “natural”⁷⁸. No obstante, la cirugía estética en estos medios se convierte en un beneficio, una inversión, y con el paso de los años, hasta una necesidad para las chicas que trabajan en estos ambientes. En términos generales, se puede decir que el ambiente en “Las Venus” no está exento de la competencia de quienes interiorizamos estas formas de poder y que a menudo se expresan en formas de competencia y rivalidades, sin embargo, en este tipo de contextos también se aprende a lidiar con dichos comportamientos con la finalidad de evitar los ambientes de tensión ocasionados por tales expresiones. Las propias ficheras/bailarinas instauran mecanismos de autodisciplina para trabajar más tranquilas y ser más eficaces en sus respectivas labores.

El último punto que me gustaría señalar en la microhistoria de Alyssa, y que quizá más me sorprendió, fue el estrecho vínculo que existe entre el crimen organizado, la violencia estructural, y el comercio-erótico, que es más fuerte o evidente en determinados lugares, ya que no se manifiesta de forma homogénea en cada espacio de este tipo de comercio. Algunas mujeres refirieron moverse estratégicamente considerando este factor como un elemento de riesgo, pero

⁷⁸ Empleo las comillas para señalar que a menudo en estos temas dónde interviene una modificación intencional como es el caso de la cirugía estética se emplea una distinción dicotómica que diferencia el cuerpo “natural” del cuerpo “operado”. Considero al respecto que no existe un cuerpo “natural”, ya que todo cuerpo es de por sí una construcción social.

también de beneficio económico. Natalia alguna vez me comentó, por ejemplo, que en el Estado de Michoacán se ganaba muy bien, pero que era muy peligroso trabajar ahí porque las chicas se involucraban con “puros narcos”. Las presiones económicas y las pocas ganancias que a veces se obtienen en lugares más tranquilos como la ciudad de San Cristóbal a veces induce a las trabajadoras sexo-eróticas a desplazarse a lugares más riesgosos a cambio de obtener mayores ganancias; sin embargo, no pueden permanecer tanto tiempo laborando bajo esas condiciones y en otros momentos deciden regresar a los espacios menos riesgosos.

Siguiendo este último punto, me interesa descartar la importancia que la violencia estructural representa en este juego de decisiones y “elecciones” que se toman; por ejemplo, en el caso de Alyssa, quien a lo largo de su trayectoria como fichera/bailarina ha tenido que sortear las diversas dificultades que supone cada espacio de trabajo. De tal manera que, no es coincidencia que los fenómenos políticos y económicos también sean eventos importantes que van configurando los tipos de comercio sexo-erótico y los cuerpos que se espera encontrar en este ambiente. En el caso de la frontera Sur, se espera encontrar mujeres hondureñas, salvadoreñas, venezolanas, nicaragüenses, panameñas, quienes se consideran como “más exóticas” y “más bellas”, lo que de manera inmediata nos remite a la relación que existe entre las ideologías de raza y nacionalidad que configuran los siempre cambiantes significados de lo que es bello, erótico, o exótico.

4.3 GALA

Un tema de interés es acerca de las formas en las que se forjan relaciones interpersonales en el ambiente del centro nocturno. Cabe señalar que es posible pensar el surgimiento de dichas

relaciones dentro de un contexto de poder que rebasa los límites del espacio laboral, pues si bien “el ambiente” es decisivo, habría que explorar tales relaciones de poder en la cultura misma, la cual subyace a una cultura jerárquica patriarcal que guarda relación con el poder adquisitivo y el estatus; pero también a otros factores como la seguridad, el paternalismo u otras cuestiones que quedan fuera de estos elementos pero que tienen fuerza en el aspecto de las emociones que se tejen entre los distintos actores inmersos.

En este sentido, es común que las ficheras/bailarinas se sientan atraídas por los dueños o los gerentes, pues para ellas, involucrarse con estas personas implica un mayor estatus y mayor reputación. Se hablaba de que Don Antonio (gerente), quien gustaba mucho de la bebida, a veces se quedaba con las chicas en las mañanas después de la jornada de trabajo para seguir bebiendo, por lo que mantenía una relación “amistosa” con varias de ellas. Se dice también que Don Antonio seducía a las chicas y solía salir con varias de ellas.

Con exactitud, durante el tiempo que estuve trabajando en “Las Venus”, dos chicas me contaron sobre su experiencia con Don Antonio en ocasiones que salimos juntas. Fue el caso de Gala, quien narró que en algún momento tuvo una relación con Nolan (chico de seguridad). Después de que terminaron como pareja, siguieron llevando su relación como amigos cercanos. Tiempo después Gala salió con Don Antonio (gerente), pero comentó que sólo duró con él 15 días porque no lo aguantó, pues todos los días los pasaba “tomada”. Cuando conocí a Gala ella mantenía una relación con Damián, chico de seguridad que Gala conoció en “Las Venus”. A mi llegada él ya no estaba trabajando ahí, pues lo habían corrido también por ser descubierto en su relación íntima con Gala. Una noche que salimos “de fiesta” Gala y yo, me externó su miedo a

que Damián la dejara por alguien más joven⁷⁹. Su inseguridad se incrementaba específicamente al pensar que dentro de poco tiempo él se iría a la escuela militar.

Después de una copa de vino y un rato de conversación juntas, Gala y yo nos reunimos con Nolan, Jesús, y Darío (chicos de seguridad) en un bar de la zona del centro, en donde trabajaba Damián, pareja de Gala. Permanecemos adentro, todo parecía fluir bien y en un instante Gala salió desenfrenada y se abalanzó sobre su pareja a golpes. Todos a su alrededor trataron de contenerla mientras ella continuaba lanzando golpes al aire y gritando a una de las muchachas que también trabajaba ahí: “¿Qué quieres con mi marido?”. La chica corrió al interior del bar a refugiarse y nosotros tuvimos que cambiar de bar. Gala continuó llorando toda la noche, e inconsolablemente me decía: “¡Tú viste! Le estaba tirando la onda a la otra chava. Yo le he dicho que si le gusta otra que haga lo que quiera, pero que yo no lo vea. ¿Por qué ahora que fui? Él tiene todo conmigo, esa moto en que anda, yo la compré con mi trabajo”.

Algunas de estas situaciones me dieron pista de que las relaciones íntimas que las chicas establecen generalmente son vividas con complicaciones usualmente relacionadas con el estigma, ya que con sus parejas su estatus laboral es parcialmente aceptado. Algunas mujeres comienzan su vida de pareja desde muy jóvenes —menos de 20 años—, tienen hijos y después se separan a causa de conflictos. Al momento de conocer a Damián, Gala ya tenía dos hijos, a quienes veía ocasionalmente.

Los conflictos que recaen sobre el cuerpo y la sexualidad de las mujeres trabajadoras sexo/eróticas en los establecimientos están relacionados en gran medida a que los trabajadores las consideran como vía de adquisición de recursos. Existe un asunto derivado de la concepción del cuerpo y de la sexualidad de la mujer como propiedad en el espacio laboral por parte de los dueños, gerentes, meseros, chicos de seguridad, clientes, y en la vida cotidiana por parte de sus

⁷⁹ Gala tenía 27 años y Damián 20.

parejas. Cuando estas relaciones se trasponen, situación bastante frecuente, como cuando la pareja es a su vez un trabajador del mismo espacio, la relación puede incluso tener mayores conflictos o ser más recurrentes.

Por otro lado, la familia de las chicas es la que acepta la situación laboral con mayor facilidad, pues el aporte económico que ellas generan se convierte en un ingreso importante para sus miembros. No obstante, en el caso de su pareja la situación se vuelve más tensa. El sentimiento de rechazo, soledad, aislamiento, falta de apoyo, entre otras cuestiones derivadas del estigma, después se convierten en factores importantes en la elección de sus nuevas parejas, que serán hombres vinculados directa o indirectamente con “el ambiente”. Sin embargo, esto no siempre supone quebrar con la estigmatización y las diversas formas de violencia que se generan en estas relaciones.

A partir de esta microhistoria, se puede entender la intersección de las distintas formas de poder que convergen en el cuerpo de Gala. En este caso, es posible notar la influencia de las jerarquías en el centro nocturno, cuyos actores adquieren mayor o menor estatus con relación a dicha estructura. En “Las Venus”, durante algunas pláticas con las chicas y con los compañeros de seguridad, ellos comentaban que las relaciones entre los dueños y los gerentes con las ficheras/bailarinas se daban con frecuencia. En el caso de Don Antonio, él invitaba a las chicas a “tomar”, posteriormente en el tenor de una relación “amistosa” comenzaba a involucrarse íntimamente con ellas. Natalia, al calor de la plática en un centro botanero de la ciudad, aclamó efusivamente sobre su relación con Don Antonio: “Él nunca me lo pidió, yo se lo di. Como amigo es muy bueno”. Situación que proyecta la manera en la que la dominación se diluye en otras formas aparentemente amistosas que facilitan la creación de vínculos de intimidad con los trabajadores fuera del contexto laboral. En este tipo de relaciones, el poder que predomina es el estatus como dueño o como gerente, pero se expresa de manera bidireccional en la relación y se

convierte casi en un juego, pues los portadores de dicho estatus lo emplean a su favor para atraer a las chicas, quienes creen les pertenecen porque trabajan en su establecimiento; no obstante, esto no sería posible si las chicas no persiguieran a su vez el aparente reconocimiento que adquieren al salir con los dueños o gerentes.

En el caso de los chicos de seguridad, quizá el tema más importante es la protección que ellos simbolizan y representan para las chicas, quienes nos sentimos en un ambiente más seguro al contar con toda esta organización del bar. Es verdad que el uso del cuerpo desnudo y el intercambio erótico-sexual con los clientes pone a las ficheras/bailarinas en un estado también en el que el cuerpo se percibe vulnerable. Debido a lo anterior no es de sorprenderse que el símbolo de protección que portan estos chicos sea un factor de atracción a partir del cual se crean vínculos afectivos, pues muchos entablan relaciones amistosas y de apoyo con las chicas dentro y fuera del bar. En el caso de Gala y su relación con Damián, mostraba cierta preocupación por la diferencia de edad que existía entre ellos. Ella se preocupaba porque Damián fuera a “cambiarla” por una mujer más joven. A menudo las inseguridades de Gala respecto a su relación con Damián la inducían a darle obsequios tales como una motocicleta que adquirió mediante su trabajo; lo que una vez más se contradice con la autonomía económica como forma de liberación que se genera a través del trabajo sexo-erótico.

4.4 CRISTINA

Una de tantas noches, se apareció en el camerino una chica de baja estatura con cabello corto y rubio que se hacía llamar Cristina. Su particularidad a simple vista era que llevaba unos lentes de armazón rojo y grueso todo el tiempo. Cristina se dedicaba únicamente a fichar. En tan sólo unas

semanas, Cristina y yo establecimos una relación amistosa. Una ocasión, mientras esperábamos la llegada de los primeros clientes platicábamos sobre una de las bocinas del bar. Cristina me preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando, a lo que yo respondí que tan sólo unos meses, pues “era la primera vez que trabajaba de eso”. Al parecer mi semblante de novata le rememoró los momentos en los que ella comenzaba a trabajar por primera vez a los 24 años de edad. Antes de eso, ella vendía *Jaфра*⁸⁰ y unas compañeras le recomendaron trabajar como fichera.

Cuando entró al primer bar, narra que ella no tenía zapatillas de bailarina como las otras chicas, por lo que llevaba “unos zapatitos bien bonitos, con piedritas y unos taconcitos”. Trabajaba en un antro muy bueno, en donde llegaban a tener hasta más de treinta chavas. La noche que la pasaron a bailar la dejaron hasta el último. Cuando pasó a bailar no podía ni caminar con los diminutos zapatos. Un cliente la vio y notó que era la primera vez que Cristina se presentaba. Cuando su *show* concluyó ella lloró y se metió al baño. El cliente que la había visto mandó pedir “por la chica de los zapatitos”, y cuando ella acudió se dio cuenta de que el cliente le había comprado todas las rosas que un joven había llegado a vender a la mitad de la noche. Dijo Cristina: “Ese señor me maldijo y me bendijo, porque me dijo que después de ese día me iba a gustar el trabajo y mira cuántos años llevo⁸¹”. Cuenta que aquel cliente le invitó muchas cubetas esa primera noche y que a veces, en complicidad con la situación de Cristina, él le decía: “¡Tíralas, no te las tomes!” Cristina cuenta que esa noche ganó más de 3 mil pesos. Poco después conoció a su pareja actual; él era un cliente. Su tono de voz comenzó a cambiar. Se volvió un tanto temblorosa al contar que él le prometió sacarla de trabajar, pero eso ocurrió hasta que quedó embarazada. Cristina dejó de trabajar y su pareja era quien llegaba hasta el día siguiente

⁸⁰ *Jaфра* es una marca de cosméticos que se vende por catálogo. Este tipo de negocio está dirigido al público femenino quienes participan como vendedoras de los productos que la marca ofrece ganando una comisión por cada venta.

⁸¹ A la fecha de mi encuentro con Cristina, ella tenía 31 años.

“borracho y drogado”. Cristina menciona que él andaba con una de sus amigas, mientras ella estaba embarazada, hasta que un día decidió irse a la casa de su madre. Ella lo dejó de ver por más de un año y siguió trabajando. Después su pareja la volvió a buscar porque quería ver nuevamente a su hija y se volvieron a juntar. Ella dice que en esa época “era muy reventada”, le valía. “Pero en esta vida todo se paga”, señaló con firmeza. Una vez se accidentó con su pareja y casi perdió parte de un párpado.

Tiempo antes de que el accidente ocurriera ella había ido a consulta junto con unas amigas por una promoción para una cirugía estética con un doctor en Pachuca, el doctor Pino; “él ha operado a varias”. Cuando llegaron al consultorio, el doctor les mostró los implantes de silicona y les explicó el procedimiento. Cristina me contaba mientras me ilustraba el procedimiento: “Te cortan aquí arriba del pezón y de ahí van metiendo la bolsita”. Iban a hacerles un descuento si todas se operaban. Cristina menciona que esa ocasión le dijeron que “cuando te operas pierdes sensibilidad, ya no sientes”.

Tras el accidente regresó con el doctor Pino, pero esa ocasión fue con otra finalidad, la de reconstruirle el párpado. Cuando llegó al consultorio, él se sorprendió al verle el párpado: “Primero me la pintó bien bonita, vimos en la computadora cómo iba a ser la cirugía. Me dijo que me iba a quitar piel de la ingle, pero después todo me lo cambió. Me quitó piel de aquí —señaló detrás de la oreja— y del otro párpado. Y yo le dije, pero cómo me va a quitar piel del otro ojo que tengo bueno. Salí con los dos ojos parchados”.

Cada noche de trabajo el ritual de arreglo de Cristina se complica, pues para reconstruir sus pestañas utiliza partes de su cabello; esas pestañas se las tiene que colocar diario con mucha paciencia. Cristina detalló: “De día no puedo salir más que con lentes de sol y ya en la noche uso los otros lentes; yo no necesito lentes. También este *look* me ayuda”, mostrando su peinado con un fleco largo que usa de lado.

Cristina no se percibía como una chica atractiva y aprovechaba cada momento para compararse con las otras chicas. Antes de su ingreso a “Las Venus” cuenta que tenía miedo de ir a pedir trabajo al bar pues le habían dicho que “ahí aceptaban a puras chicas operadas”. Debido a sus obsesivos intentos de comparación con las otras mujeres ficheras/bailarinas, ella optó por no bailar a pesar de que en otros establecimientos sí bailaba. La escasa iluminación le permitía disfrazar su rostro con la ayuda de las técnicas que había adaptado a través de la experiencia para el trabajo, pero también para sobrellevar las secuelas en su vida cotidiana. Sin embargo, pareciera que el rostro de Cristina no era su mayor complejo, sino su figura, ya que en numerosas ocasiones me hizo referencia sobre la incomodidad que le generaba percibirse menos delgada que cuando comenzó a trabajar.

El relato de poder en torno a la microhistoria de Cristina refiere a la relación en dos direcciones. En este caso, el vínculo que estableció con su actual pareja, quien en algún momento fue uno de los clientes de Cristina, ilustra la frecuencia con la que los varones acuden a estos sitios con el precepto de que las mujeres ficheras/bailarinas están ahí porque no tienen otra alternativa de sustento, y que necesitan de un “hombre” para mejorar su vida. Bajo dicho precepto muchos de los clientes asumen su dominio a través de la promesa de “sacar de trabajar” a la chica. La experiencia de Cristina narra los acontecimientos devenidos tras involucrarse con un cliente bajo dicha promesa, donde el embarazo fungió sólo como la expresión somática de aquella relación removida por tensiones que marcaban la presencia intermitente de Cristina en el “ambiente”.

Por otra parte, el poder de los estereotipos idealizados sobre el cuerpo cobraba indecencia en la preocupación constante de Cristina por creer no cumplir con tales ideales. La comparación con sus compañeras se manifestaba en la autopercepción negativa sobre su aspecto físico,

elemento sobrevalorado que determina una fuerte carga emocional en las mujeres dedicadas al trabajo sexo-erótico.

4.5 NADIA

Nadia fue otra de las compañeras más constantes en “Las Venus”. En reiteradas ocasiones ella expresaba con nostalgia sus anhelos por volver a su lugar de origen: la Ciudad de México. Cuenta que creció en la colonia Escandón, lugar que narra antes era muy distinto a lo que es ahora; era un barrio, una colonia popular en donde tenía una convivencia cercana con sus vecinos. Varios de los compañeros con los que Nadia creció “acabaron mal”; algunos incluso en la cárcel, “y yo pues, aquí metida en el putero”, expresó con el tono crudo y bromista que la caracterizaba.

Cuando conocí a Nadia, tenía 31 años. Comenzó a trabajar en los centros nocturnos de su ciudad natal desde que era menor de edad. Recorrió algunos como “La Envidia”, “El *Fahrenheit*”, “La Obsesión”, establecimientos con los que yo también en algún momento me crucé antes incluso de imaginar elegir y adentrarme en este tema de investigación. Posteriormente la mayoría de tales centros nocturnos fueron clausurados.

Tras más de 10 años de trabajo, Nadia se mostraba con gran desempeño en la pista. Mientras hacía sus acrobacias y contorsiones, el manejo de sus gestos incitaba a los clientes a disfrutar su *show*. Cuenta que desde chiquita ella tomaba clases de ballet y eso le dio habilidad para la pista. Sin embargo, a ella no le gusta fichar, y no se acercaba a la mesa de los clientes por cuenta propia, sino hasta que era solicitada.

Cuando Nadia comenzó a trabajar en estos espacios narra que no tenía idea de cómo arreglarse, pero a medida que fue adquiriendo destreza su arreglo se perfeccionaba. Ahora Nadia

ha remodelado su cuerpo mediante intervenciones quirúrgicas que se lleva a cabo en una clínica de la Ciudad de México, ya que particularmente su abuela que vive en esta ciudad es quien la cuida.

Nadia me apoyaba en el trabajo, platicaba mucho conmigo y tenía la particularidad de hacer reír a cualquiera con su personalidad siempre bromista y escandalosa. Una noche, mientras la mayoría permanecían ocupadas en el salón, yo moría de impaciencia al estar sentada únicamente en espera, hasta que me levanté y me dirigí al camerino decepcionada a tomar mi cena. Cuando íbamos cruzando la puerta del camerino, Nadia se acercó a mí y me susurró en voz baja: “Hay un muy buen cliente”. Yo sin prestarle mucha atención, me dispuse a comer. Ella impaciente me gritó: “¿Ya? ¡Vámonos, órale, levántate!”, en afán de apresurarme. Salimos los dos del camerino y la seguí hasta una mesa en donde había un grupo de varios hombres. Me senté al lado del único hombre que estaba solo, era el cumpleaños y habían ido a celebrar a “Las Venus”. Antes de sentarme le pregunté si lo podía acompañar y él accedió, mientras sus compañeros me animaban a ocupar ese lugar en la mesa: “¡Siéntate con el cumpleaños!”, decían. No pasamos mucho tiempo en esa mesa cuando las otras chicas los convencieron de que nos fuéramos a la zona VIP. Julián, el cumpleaños, me invitó un *whisky* también. Todos nos levantamos y nos fuimos a los sillones del VIP. Julián y yo comenzamos a platicar, mientras sus amigos convivían con las otras chicas. Él me contó que era ingeniero en sistemas. Todos ellos eran de Tuxtla y formaban un equipo de trabajo. Aunque tenían profesiones y puestos diferentes, trabajaban para el gobierno. Todo ese tiempo Julián y yo estuvimos platicando, me contó sobre su pasión por su carrera. Un día él estaba con sus amigos y les dijo: “Yo algún día voy a ser el jefe de todos ustedes”. Cuenta que nadie le creyó, pero en tres años él ya era jefe. Después de un rato de plática Julián reiteró: “A mí me gusta estar así platicando contigo, tal vez porque tengo dos hijas”. Después me explicó que a él no le gustaba mucho recurrir a ese tipo de lugares, sin

embargo, guarda vínculo con algunas personas que se dedican a este ambiente. Julián afirmó conocer al dueño del “Fulgor” y además ser cuñado de “la mami” de “Las Venus”. Poco más de una hora después, llegó uno de los compañeros de Julián para avisarle que la cuenta total era de 15 mil pesos. Nadia yacía recostada en las piernas de Héctor, cliente con quien ella estaba y parecía que había una historia tras su relación. Nadia me miró y dijo: “¿Cómo ves que teníamos 10 años de no vernos?” Julián se sorprendió al desconocer ese episodio de su amigo y preguntó con impaciente curiosidad: “¿Apoco ya se conocían?” Nadia prosiguió: “Sí, fue mi marido, vivimos juntos un tiempo. Me conoció cuando tenía 21 años”. Después los dos se pararon y se fueron a la barra. Todos nos despedimos, pero ellos siguieron bebiendo caballitos de tequila en la barra mientras platicaban con “la mami”. Nadia y yo, desocupadas nuevamente, esperamos ya los últimos momentos de la noche para terminar la jornada laboral. Seguimos conversando sobre el tema; ella decía: “Yo estuve casada con ese hombre, lo conocí allá en el “Fulgor”, después empezamos a salir. Pero en esa época él no tenía nada, yo lo trataba como mi pendejo. ¡Imagínate! Tenía 21 años. Después él dice que no, pero me engañó con su secretaria. Yo me quise desquitar cuando me enteré y me empecé a meter con el que ahora es papá de mi hijo”.

Diez años después, esa noche, el hombre llegó a “Las Venus” sin saber que Nadia trabajaba ahí y se reencontraron. Nadia continuó la historia: “¡Y míralo ahora! Tiene mucho dinero. Pero así como lo ves es un ratero. Yo por eso le dije que yo soy de izquierda”.

En la microhistoria de Nadia capta la atención la postura que ella asume en cuanto al trabajo que desempeña al afirmar que trabaja en un “putero”, expresión que se conjuga con estigma colectivizado que introyectan las mujeres que trabajan en este ambiente. Como he mencionado, los términos tales como “putería” y “putero” son ampliamente empleados para referirse a las cuestiones relacionadas con esta profesión, lo que sugiere que la parte artística y creativa que acompaña al performance erótico no es reconocida como parte de esta labor.

La convivencia con Nadia en la ficha me llevó a vivir la continuación sobre un episodio de su relación con Héctor (cliente), quien como se ha narrado llegó incluso a mantener una relación de pareja por varios años. En esta relación se hace tangible la interacción del poder por parte de ambos actores. Durante esa época, Nadia refiere percibirse más joven y más deseable en cuanto a su aspecto físico antes de su último embarazo; y Héctor económicamente “no tenía nada”, lo que confería a Nadia una sensación de dominio sobre su pareja. No obstante, los celos a partir de que Nadia se enteró de que Héctor salía con su amiga marcan nuevamente las relaciones íntimas forjadas a partir de un juego complejo de posesión entre la pareja.

A través de estas breves microhistorias del cuerpo espero aportar al lector una idea sobre las historias que cuenta el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas que laboran en “Las Venus”, en las que se pueden distinguir la multiplicidad de formas de poder y motivos que impulsan las estrategias de sus acciones y las relaciones vividas que marcan su historia biográfica relacionada con el ambiente. Asimismo, me interesa mostrar la manera en la que la vida laboral se enlaza con la vida cotidiana, haciendo énfasis en que no hay una línea, límite o brecha clara que delimite la frontera entre una y otra.

CONCLUSIONES

La presente investigación partió de la propuesta de mostrar desde adentro la dinámica de un centro nocturno a partir de la herramienta principal de investigación que fue el cuerpo. Cabe mencionar que el cuerpo fue el espacio experiencial que me permitió la interacción, transformación, y experimentación que en su conjunto conformaron la encarnación del trabajo de la ficha y el baile dentro de “Las Venus”.

Como he tratado de mostrar, la constante incertidumbre e improvisación ante las circunstancias que dieron secuencia al proceso etnográfico fueron importantes en la elección del tipo de técnica empleada “desde el cuerpo” y a la vez encubierta. Asimismo, este proceso influyó en la postura que asumí respecto a la profesión de la ficha y el baile concibiendo ambas actividades como un trabajo. Este tipo de elecciones –técnica y postura– que dieron cause e intención, incidieron directamente en la profundidad con la que se construyó la información etnográfica, la cual contiene la experiencia crono-espacial y relacional de la ficha y el baile, lo que denomino como trabajo sexo-erótico.

Puedo decir con certeza que, para las demandas de la teoría social de cuerpo planteadas desde la elección del tema, fue indispensable su abordaje “desde el cuerpo”, pues habría sido imposible el apego al enfoque que requiere la teoría social del cuerpo a distancia o desde un manejo indirecto, ya que dicha perspectiva requiere una aproximación de lleno.

Para Scribano y De Sena (2009) “el gesto auto-etnográfico consiste en aprovechar y hacer valer las experiencias afectivas y cognitivas de quien quiere elaborar conocimiento sobre un aspecto de la realidad basado justamente en su participación en el mundo de la vida, en el cual está inscripto dicho aspecto” (Scribano y De Sena, 2009:5).

En otras palabras, considero que la aproximación metodológica fue la más atinada para el cumplimiento de los objetivos de la investigación, y sobre todo apegada a los elementos teóricos, ya que si bien toda etnografía implica el uso del cuerpo, pues no hay etnografía sin margen de subjetividad o experiencia, el ejercicio reflexivo y consciente sobre la experiencia de la práctica y las relaciones sí marcan una enorme diferencia en comparación con otro tipo de acercamientos.

Ahora bien, aquí la lectura que sugiere la promoción de la ficha y el baile como un tipo de trabajo sexo-erótico, conlleva a su contextualización dentro del sistema mercantil que mueve la producción y consumo de estas actividades. Por lo tanto, el análisis estuvo centrado en el sistema de mercado que define la administración laboral y el control de los cuerpos principalmente bajo los poderes que se desprenden del capitalismo como el sistema dominante. No obstante, limitarme al espacio laboral me dio la oportunidad de conocer desde adentro este sistema, pero únicamente de tocar de forma escasa algunos aspectos relevantes sobre la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas, como la maternidad, relaciones familiares, trayectoria laboral, entre otros que abarca la biografía basta e inagotable.

En el capítulo 1 se sugiere la lectura teórica que fue el hilo conductor para explicar el “quiebre mecanicista” que busca explicaciones lógicas en el uso del cuerpo en las relaciones de poder, en las relaciones limitadas al trabajo o al comercio, y otras cuestiones que devienen propias de la vida humana. Es por eso que hago énfasis en la interpretación de la aparente “lógica del sin sentido etnográfico” a partir de la transposición de dimensiones y lógicas que fueron apareciendo únicamente en la simultaneidad del devenir etnográfico a todo momento impredecible. La transposición adquiere diferentes formas a lo largo de la presentación del trabajo.

En la primera parte se observa la yuxtaposición de modelos que dan forma a la zona de tolerancia y cómo dicho espacio forma parte dentro de la arquitectura urbana. Posteriormente la

transposición dentro del bar se observa en el espacio social y el espacio operacional, ambas dimensiones en las que se complejiza el trabajo operativo con el escénico, y finalmente la transposición que surge en las formas de poder que impactan en el cuerpo de las mujeres que exceden las relaciones laborales y se yuxtaponen en la vida personal y la vida en el trabajo.

En el capítulo 2, el objetivo fue implementar el compuesto conceptual de “erotopía” con la finalidad de dar seguimiento a la postura y contextualizar el centro nocturno desde una perspectiva que problematizara la inclinación hacia los modelos a partir de los que se había abordado el trabajo sexual, sobre todo como sinónimo de *prostitución*. En vez, la “erotopía” responde a un fenómeno en el que la globalización ha dado una forma “moderna” a una actividad que históricamente ha sido marginalizada y ha adquirido una dimensión distinta en la que el cuerpo de las mujeres se convierte en herramienta de trabajo, productora de un trabajo intelectual que requiere la implementación de habilidades para la producción escénica de un cuerpo erótico.

Propuse entonces, una lectura de la ciudad que parte desde el margen en donde suceden una serie de contradicciones en las que el deseo, el estigma, la prohibición y el control dan forma a la arquitectura de la “zona de tolerancia” dentro y a su vez fuera de la urbe, es decir, una actividad comercial circunscrita a un espacio limítrofe en cuanto a las dinámicas cotidianas.

En el capítulo 3, se dio introducción a la vida dentro del bar empleando como recurso para explicar el trabajo sexo-erótico en el sistema comercial a partir de dos metáforas: el teatro y la fábrica. En torno a dichas metáforas, se abordaron distintas actividades que llevan a cabo las actoras centrales –ficheras/bailarinas– en el centro nocturno. En este sistema laboral también se pudo apreciar el control gestionado de acuerdo a la arquitectura específica del bar y el control del tiempo que supone la ficha transformada en servicios eróticos y sexuales conformados en relaciones efímeras entre los clientes y las mujeres trabajadoras sexo-eróticas. Asimismo, la autoexplotación que es característica de esta forma de trabajo capitalista e informal.

La intención de utilizar ambas metáforas es abarcar las dimensiones principales involucradas en las actividades que surgen en torno a la ficha desde la producción del cuerpo hasta la realización escénica que perfila las diversas actividades adecuadas a las zonas en las que se divide el bar. Asimismo, explico a partir de la experiencia encarnada las relaciones que se gestan desde el cuerpo de Ámbar, una mujer fichera y posteriormente bailarina con otros actores que constituyen el ambiente del bar.

Finalmente, en el capítulo 4 se abordaron las múltiples dimensiones del poder que cobran vida y forjan historias a través del cuerpo de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas. Recurrí entonces a la presentación de cinco “microhistorias del cuerpo” cuyo objetivo central no consiste en el contenido biográfico aislado de algunas de mis compañeras con las que interactué de forma más constante, sino que hago énfasis en la realización de una lectura que permita comprender las vidas de actrices sociales que interactúan con las formas de poder llevando a cabo estrategias para moverse en relación a la estructura que delimita el margen de sus acciones. Considero pues, que cada actor es creador y partícipe a la vez de tales estructuras; sujeto y objeto a la vez.

La investigación en sí ha representado un proceso de deconstrucción en tanto ha sido una evolución intensamente reflexiva y una confrontación permanente. Una trayectoria que marcó, desde sus inicios, el ejercicio de la improvisación y de decisiones necesariamente espontáneas que fueron dibujando el cauce siempre incierto de las experiencias que surgieron, y que sin duda, seguirán surgiendo sobre el tema; pues considero, lo que aquí se presenta es un ínfimo fragmento que corresponde al contorno limitado por un período, así como a la interpretación perpetuamente cambiante que adquiere la experiencia, en tanto sujetos históricos que somos. Inspirada por Wacquant (2006) y por el flujo de las circunstancias, el cuerpo fue mi herramienta de trabajo, pero también de investigación.

El cuerpo aplicado a la investigación como vía de exploración y experimentación hizo posible en el presente texto la incorporación de las tres dimensiones yuxtapuestas que se fijan a través de la antropología desde el cuerpo: análisis sociológico, descripción etnográfica y evocación literaria (Wacquant, 2006:24). En este sentido, me parece importante reflejar a lo largo de estas páginas que la lectura e interpretación de la experiencia correspondiente al tema del trabajo fue a todo momento –siempre de la mano de la vivencia– hecha bajo diferentes enfoques debido a los cambios e interpelaciones que modificaron de forma inagotable mi apreciación y reflexión sobre el trabajo de la ficha y el baile.

Quizá lo más relevante que puedo concluir respecto a esta auto-etnografía es que para mí la trayectoria recorrida fue un trabajo de deconstrucción. Preciado (2002) habla sobre la contra sexualidad, la cual de alguna manera, aunque no en su totalidad, se vincula con mi experiencia propia; lo cual explicaré en las siguientes líneas.

Mi intervención directa como trabajadora en “Las Venus” fue un proceso que atravesó mi cuerpo provocando una ruptura sobre lo que significaba mi propia feminidad, misma que a lo largo de la vida había sido construida. Durante este tiempo caí en cuenta, a través de una experiencia directamente sobre el cuerpo, de que la construcción de la feminidad es un proceso histórico y a su vez plástico; pues permite la adquisición de diferentes formas o expresiones en el transcurso de la vida y ante la diversidad de circunstancias y de relaciones que se presentan en la vida social; siendo el cuerpo el plano central de acción, relación y representación. En “Las Venus” el trabajo en tanto práctica y en tanto convivencia con las personas de este ambiente, me indujeron a un proceso de espejeo constante que me llevó a re-significar mi propio cuerpo, no sólo dentro del espacio, sino fuera del contexto laboral.

De esta manera, coincido con Preciado (2002) cuando señala la contrasexualidad como “la voluntad de des-naturalizar y des-mitificar las nociones tradicionales de sexo y de género”, ya

que parte del cuerpo como un texto socialmente construido a través en la reinscripción de operaciones repetidas de los códigos, en este caso, de masculinidad y feminidad socialmente investidos como naturales.

Si bien la autora concretamente se centra en la tarea prioritaria del estudio de los instrumentos y los aparatos sexuales y, por lo tanto, las relaciones de sexo y de género que se establecen entre el cuerpo y la máquina, para mí llevar a cabo la práctica de la ficha y el baile me indujeron paulatinamente a la acción auto-exploratoria persistente que me indujo hacia el proceso de desnaturalización. Puedo mencionar algunos ejemplos sobre dicho proceso; cómo ocurrió a través de emociones limitantes como el pudor, la vergüenza, y la timidez que me generaban la necesidad de cuestionarme por qué sentía estas emociones al mostrar mi cuerpo a veces desnudo, a veces con ropa diminuta; o al tratar de conversar o abrazar a un hombre que apenas conocía, con quien quizá no existía la mínima afinidad de aquello que pudiera resultarme interesante al establecer ese tipo de contacto. Con el paso del tiempo fui aprendiendo a moderar y manejar dichas emociones suscitadas en mi cuerpo antes de manera “*cuasi* natural” en virtud de las demandas del trabajo, sin dejar de lado que éstas también eran acciones escenificadas llevadas a cabo en relación a las expectativas y consensos establecidos dentro del centro nocturno. Lo que sugiere cierta desaprensión del cuerpo cotidiano o de la experiencia de ser deshecho en términos de Butler (2006).

Preciado (2002) menciona la importancia de desmitificar la “verdad” del cuerpo biológico, y en el ámbito de la sexualidad, pone de manifiesto que las prácticas que la circunscriben son tecnologías disciplinarias. De esta manera, se configuran zonas erógenas en el cuerpo que no tienen que ver con una naturaleza dada, sino con la histórica atribución sexual y de placer a un cuerpo eróticamente fragmentado.

Por otra parte, los cuerpos de las ficheras/bailarinas visto desde afuera de “Las Venus” también son erróneos, pues de cierta manera trasgreden el sistema heteronormativo, monógamo y de la sexualidad legítima que guarda como objetivo la procreación o los fines de reproducción de la propiedad privada, del estatus social, del matrimonio, y otras formas de intercambio sexual y afectivo gratuito (Salinas, 2016).

No obstante, sugiero considerar la importancia que reside en estos cuerpos que figuran como marginales, limítrofes, al borde. Lo cual quiere decir que de cierta manera el margen figura como un elemento necesario para la definición de las polaridades, y en este caso, para reafirmar la prevalencia de los rasgos dominantes de la sociedad a la que pertenece y persiste dicho margen. A lo largo del capítulo 1 he abordado la forma en la que la marginalidad constituye parte de la dinámica total de la ciudad de San Cristóbal, pues hace posible el quiebre o la ruptura momentánea con la cotidianidad para posteriormente retomar las respectivas formas de vida habituales de los usuarios que consumen su tiempo en los servicios de entretenimiento “sexo-erótico” que promueve el bar bajo el lema “donde el único pecado es divertirse”.

Al mismo tiempo, la experiencia anterior me remitió a la propuesta de Garfinkel sobre sus conocidos “experimentos de ruptura”, los que permiten resaltar el orden moral que designa “actividades de la vida cotidiana gobernadas de acuerdo a reglas”. En palabras del autor: “Los miembros de una sociedad encuentran y reconocen el orden moral como un curso de acción normalmente perceptible, compuesto por escenas familiares de asuntos cotidianos y por el mundo de la vida diaria reconocido y dado por sentado en común con otros” (Garfinkel, 2006:47). De esta manera: “las escenas familiares de actividades cotidianas, tratadas por los miembros como «hechos naturales de la vida», constituyen hechos relevantes de la existencia diaria de los miembros, como mundo real y como producto de actividades en un mundo real” (*ibíd.*). Así pues, por medio de mi inclusión en “Las Venus” tuve que abstraerme de la cotidianidad y enfrentarme

a una creación distinta encarnada en Ámbar, explorando la alternativa que Garfinkel promueve, que consiste en “convertirse uno mismo en un extraño”, lo que facilita develar lo <<fijo>> que perdura en la cotidianidad.

Asimismo, logré también superar la creencia del trabajo sexo-erótico como un mundo aterrador y peligroso, en el que persiste el imaginario de mujeres pasivas con los clientes, mujeres víctimas de explotación; del centro nocturno como un espacio lleno de tensión, envidia, conflictos y competencia, como lugar en el que a las mujeres prácticamente se les exige desempeñarse en actividades que no son de su agrado; que el trabajo sexo-erótico es un trabajo fácil, que quienes lo realizan no pueden sentir agrado o amor por su trabajo, y que se hace porque no se encuentran otras alternativas laborales.

Para mí, así como para otros trabajadores del espacio, “Las Venus” podía ser como lo que para Wacquant era el gimnasio en el gueto: “El *gym* aísla de la calle y desempeña la función de escudo contra la inseguridad del gueto y las presiones de la vida cotidiana a modo de santuario, ofrece un espacio protegido, cerrado, reservado, donde uno puede sustraerse a las miserias de una existencia vulgar y a la mala” (Wacquant, 2006:30).

En este sentido, el centro nocturno era un espacio en el que el trato continuo y la empatía generada a través del trabajo rutinario permitían conocer este mundo como tal, como un entorno laboral en donde las ficheras/bailarinas eran personas, mujeres, madres que desempeñaban otros numerosos roles en sus vidas, y que sobre todo, a través de la práctica uno puede comprender la verdadera dificultad que está detrás del desempeño en la pista, en el arreglo o en el trato continuo con los clientes.

A continuación, sugiero la división de las conclusiones en dos puntos que estuvieron presentes a lo largo de la información etnográfica y que dan seguimiento a la postura aquí planteada: estigma y ciudadanía sexual.

El estigma como hemos visto, es una constante que adquiere varias formas biográficas que se plasman en el cuerpo y en el espacio. Este tema, se articula de forma central con la ciudadanía sexual, pues el trabajo lleva por intención compartir la experiencia “desde adentro” de la vida nocturna en un centro de comercio sexo-erótico con la intención de mostrar información que sirva de referencia para mejorar las condiciones de un trabajo no reconocido como tal, cuyas trabajadoras portan el estigma ante los preceptos sociales que las marginan y las eximen de derechos laborales y sociales.

i. HABITAR EL MARGEN: EL CUERPO MARGINAL

El trabajo sexo-erótico encarna una lucha cuyo meollo se centra en el estigma. Trabajar con el cuerpo desnudo, exhibirlo, vender afecto y/o sexo, performar un cuerpo erótico, son algunas de las cuestiones que causan escándalo y generan polémica cuyo debate vierte efectos que inciden en el cuerpo de las mujeres ficheras/bailarinas. El estigma entonces, que conlleva el trabajo sexo-erótico y que portan las mujeres ficheras/bailarinas, cobra distintos efectos tanto en el trabajo como en la vida cotidiana.

El término “estigma” lo empleo en el sentido de Goffman (1968), quien lo define como: “un atributo profundamente desacreditador” (Goffman, 1968:13). Según el autor, pueden distinguirse tres tipos de estigmas: abominaciones, defectos de carácter, y tribales. De los cuales, para este caso el estigma que se le imputa a las mujeres trabajadoras del comercio sexo-erótico es el segundo.

Históricamente se ha dibujado a la mujer transgresora del orden moral puritanista como una mujer con defectos de carácter, quien debido a diversas contingencias a lo largo de su vida

acabó por dedicarse a alguna labor dentro del comercio sexual, como si se tratara de un destino indeseable.

Es una realidad que las mujeres ficheras/bailarinas son desacreditadas en tanto seres humanos cuya profesión usualmente se repudia en el ámbito público. Durante este tiempo experimenté y fui testigo de varias historias de estigma, lo que me lleva a considerar que el estigma es un ciclo que permea el orden social. No sabemos dónde comienza o dónde termina, pero las diversas formas de estigma se plasman y se reproducen en distintas dimensiones. Comenzando por el espacio, la “zona de tolerancia”, como pudimos observar en el capítulo 1, es una muestra arquitectónica del diseño urbano que designa un espacio marginal a las prácticas y a los cuerpos considerados abyectos. En alguna ocasión, mientras comentaba que trabajaba el tema de la ficha se me mencionó a modo de facilitarme cierta información sobre dichos lugares: “aquí en San Cristóbal también tenemos nuestra zona de tolerancia que está al lado del panteón municipal, parece ser una ruta muy lógica.”

Como he mencionado, la “zona de tolerancia” actual no es oficial, sino que fue designada por la “costumbre” cuyo trasfondo estuvo conformado por las riñas, peleas e inconformidades de los habitantes de las nuevas zonas habitacionales que poblaban el margen a la par del crecimiento urbano. El tema de tales discusiones era la preocupación suscitada por las mujeres que trabajaban en los bares, que hacían sus *shows* desnudas y que ponían en peligro a los jóvenes y ciudadanos en general. Pero en tal sentido, la pregunta sería: ¿las mujeres trabajadoras del comercio sexerótico no tienen derecho de ser consideradas como ciudadanas? Wacquant (2009) menciona tres tipos de estrategias dirigidas hacia la regulación de la ley y el orden que las sociedades contemporáneas aplican a los sujetos marginales considerados como quienes manifiestan conductas indeseables, amenazantes u ofensivas:

La primera consiste en socializarlas, es decir, actuar en el nivel de las estructuras y los mecanismos colectivos que las producen y reproducen: por ejemplo, para hacer frente al aumento continuo del número visible de personas «sin techo» que «manchan» el paisaje urbano, se construyen o se subsidian viviendas o se les ofrece un empleo o unos ingresos que les permitirían conseguir una vivienda en el mercado de los alquileres. Ese camino implica (re)afirmar la responsabilidad y (re)construir las capacidades del Estado social para abordar los desplazamientos urbanos permanentes o emergentes. La segunda estrategia es la medicalización: se trata de considerar que una persona vive en la calle porque es alcohólica, drogadicta o sufre deficiencias mentales y, por lo tanto, se busca una solución médica a un problema que se define, desde el inicio, como una patología individual que deben tratar profesionales de la salud.

La tercera estrategia es la penalización: en este caso no se trata de comprender una situación de sufrimiento individual ni de contrarrestar una falencia social; el nómada urbano es categorizado como un delincuente (a través de ordenanzas municipales que declaran ilegales las acciones de mendigar o de estar tendido en la calle, por ejemplo) y tratado como tal; deja de pertenecer a los «sin techo» apenas se le coloca tras las rejas. La «construcción legal de la situación de quien no tiene hogar como instinto de supervivencia» socava sus derechos, lo reduce a un no ciudadano, y facilita su enjuiciamiento penal (Wacquant, 2009:25-26).

Estas tres estrategias se expresan en un espacio que excluye a las ficheras/bailarinas de la dinámica centralizada de la ciudad y aunque ninguna de estas regulaciones se lleva a cabo de manera frecuente, debido a que los propietarios las omiten por medio de irregularidades que no logré aclarar⁸², se encuentran parcialmente expresadas en el documento que regula el funcionamiento de los centros nocturnos⁸³.

En algunas ocasiones escuché hablar de la advertencia de que se realizarían operativos, y un claro ejemplo se expresa con la experiencia que narré sobre las revisiones que los chicos de seguridad hacían a nuestras cosas personales con la finalidad de buscar “droga”.

⁸² Con la finalidad de indagar sobre las revisiones sanitarias el mes de noviembre del año 2017 solicité una entrevista con el jefe de la Jurisdicción Sanitaria, misma que a mi entender me fue negada debido a que toda vez que me comunicaba para preguntar sobre la fecha se me proporcionaba información confusa sin dar una resolución clara para llevarla a cabo.

⁸³ El reglamento que continúa vigente para la regulación de los centros nocturnos es expedido en el año de 1996 en el que la autoridad principal la encabeza el Ayuntamiento que a través de la Dirección de Servicios Públicos —Subdirección de Salubridad Municipal, Unidad Jurídico Social y Dirección de Protección Ciudadana— tiene la facultad de “eliminar o reducir sus efectos nocivos en el municipio” (Reglamento para el control del ejercicio de la *prostitución* en el municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 1996:2). En este documento se pueden distinguir las tres estrategias que Wacquant (2009) menciona.

Otra de las regulaciones que se contemplan son las revisiones sanitarias, las cuales corresponden especialmente a la estrategia de medicalización del sujeto estigmatizado propuesta por Wacquant (2009), ya que la institución encargada es la Jurisdicción Sanitaria. No obstante, dichas revisiones no son solicitadas a las ficheras/bailarinas para trabajar en “Las Venus”. Lo cual esclarece que el propósito de las instituciones públicas ve únicamente los beneficios económicos enmascarados por la preocupación sanitaria que se encarna en el estigma del cuerpo de las trabajadoras sexo-eróticas. En otras palabras, el estigma que históricamente se ha conformado a partir de estos cuerpos promueve el uso de los recursos económicos públicos por las instituciones sanitarias y de seguridad creadas para su vigilancia. De esta manera, el Estado y los propietarios se deslindan de la responsabilidad, y por lo tanto de las consecuencias sobre la salud de las ficheras/bailarinas.

Algunos taxistas que trabajaban para el bar desde hace varios años me informaron sobre los operativos antimigración que antes se llevaban a cabo para criminalizar a las mujeres centroamericanas que laboraban sin papeles dentro de los establecimientos: “las muchachas tenían que salir corriendo y se escondían entre la hierba”.

Si bien he mencionado en páginas anteriores que el centro nocturno es un espacio que aísla a la vez de los estigmas que permean estos espacios, no obstante, dicha familiaridad que reside en el centro nocturno entre los trabajadores como lo menciona Goffman (1968) no siempre “reduce el menosprecio”. En alguna ocasión escuché comentarios denigrantes hacia las mujeres bailarinas, como fue el caso de un mesero que mientras observaba a una chica en su primer baile expresó entusiasmado que era “una chuleta nueva”. Esta expresión alude a la tendencia generalizada de restar y anular la calidad de ser humano a los individuos considerados “anormales”, y en este caso, disminuir a las mujeres ficheras/bailarinas a la calidad de carne u objetos de placer.

Algunas compañeras ficheras/bailarinas con las que conversé sobre este tema, mencionaron que para ellas era prácticamente imposible externar a otros información sobre su profesión, y empleaban como estrategia decir que eran enfermeras o amas de casa. Otra de las chicas temía ser vista cuando llegaban jóvenes al bar, ya que había la posibilidad de que fueran compañeros de su hijo adolescente. De esta manera, las mujeres ficheras/bailarinas tienen que sortear o convivir con el estigma que perdura en este ámbito laboral. Goffman (1968) escribe desde el punto de vista del “normal”, pero en este caso, siendo San Cristóbal una ciudad pequeña, también me tocó ser señalada en la vía pública mientras caminaba y escuchaba comentarios tales como “¡ah, es la ‘teibolera’!”.

Así pues, en el comercio sexo-erótico siempre habrá fracturas, tensiones, resistencias, estrategias, pero que no necesariamente vivir el margen o encarnar un sujeto transgresor dentro de un sistema de mercantilización propio del capitalismo conlleva a un acto de liberación, sino de cierta manera corresponde a un intersticio que se genera al habitar el margen; el individuo transgresor adquiere otra forma de conciencia que guarda relación con el estigma que lo envuelve. Por lo tanto, vivir dentro de este ambiente para mis compañeras de trabajo significaba vivir con el estigma y adecuar ante cada circunstancia social su situación laboral. Para mí, la experiencia directa con el estigma inevitablemente fue apareciendo desde los primeros días, cuando abordaba el taxi y el conductor me miraba con curiosidad, cuando me encontraba con personas conocidas de otros espacios dentro del bar o en el mismo centro nocturno al interactuar con algunos de los clientes.

Mientras que en el sistema capitalista no hay actividad productiva que esté exenta de explotación, el comercio sexo-erótico también conlleva al yugo de la autoexplotación, de la persistencia por encajar y perfeccionar el cuerpo de acuerdo a los estereotipos de belleza, y otras formas necesariamente esclavizantes, propias del neoliberalismo y del sistema patriarcal que

caracteriza el trabajo dentro del centro nocturno. A su vez, la violencia estructural debe ser un factor que no se puede demeritar al pensar en las vulnerabilidades que rodean a las mujeres más desfavorecidas por el sistema neoliberal —pensando por ejemplo en la migración desde países centroamericanos debido a las malas condiciones de vida y la violencia en estos países; México, tampoco es la excepción—. Añado también la reflexión de que dichos fenómenos sociales dibujan a su vez o inciden en la estereotipificación de las mujeres preferidas como cuerpos eróticos u objetos de consumo.

Lo anterior, desemboca en una crítica más profunda que inclina a pensar más allá de las vivencias más “directas” o cotidianas de la vida dentro del trabajo sexo-erótico hacia un contexto mucho más amplio. Entender el trabajo sexo-erótico como modo de vida laboral que cabe dentro y sólo surge de la mano del capitalismo en tanto circuito de comercio, es comprender que su dinámica funciona en torno a lo que Bourdieu (2006) denomina como “estrategias de inversión económica”, ya que el autor define éstas vinculadas a las “estrategias de inversión social”, pues ambas:

Están orientadas a la utilización de bienes movilizables, a corto o a largo plazo, es decir, hacia su transformación en *obligaciones* duraderas, subjetivamente percibidas o institucionalmente garantizadas, y, por lo tanto, en capital social y en capital simbólico, producido por la alquimia del intercambio —de dinero, de trabajo, de tiempo, etcétera— y por todo un trabajo específico de sostenimiento de relaciones sociales (Bourdieu 2006:37).

En cuanto a lo anterior, quizá la clave es pensar acerca de la dimensión concreta en la que se plasman las asimetrías de poder devenidas desde la estructura que serían *las relaciones*.

Bourdieu (2006) nos ayuda a situar las relaciones como el meollo entre la estructura social y los cuerpos en el nivel de la interacción, y es ahí en donde la dominación cobra sentido a través de cuerpo.

Pensando entonces acerca de la violencia estructural que permea los cuerpos de las mujeres trabajadoras sexo-eróticas como cuerpos sujetos del capital, Bourdieu se basa en el concepto de “violencia inerte” de Sartre, para caracterizar aquellas formas “suaves o eufemizadas de la constricción que definen la violencia simbólica especialmente con todos los recursos del paternalismo” (Bourdieu, 2006:43).

Podemos entonces entender que el trabajo sexo-erótico tiene dos caras, ya que por una parte es una actividad en cierta forma “elegida” como una forma de vida, mientras que por otra parte no se deslinda de la explotación y de las condiciones estructurales que condicionan las actividades laborales de todo ser humano inserto en el sistema capitalista.

El empobrecimiento de las poblaciones, la fragmentación de los vínculos de apoyo, la tendencia a la privatización, la inseguridad ocasionada por el crimen organizado, la desregularización del mercado y la creciente informalidad del trabajo, son algunas de las cuestiones que invitan a considerar el trabajo sexo-erótico, así como otras formas de vida laboral que caben dentro de la ambigüedad entre los factores coercitivos y la libre elección.

Aunado a lo anterior se configura una morfología de los cuerpos desacreditables, que para Butler (2004) son aquellos a quienes se les priva de conseguir un estatus humano conformando formas de vida inhabitables, subordinadas a las formas de dominio capitalista cuya única libertad reside en el poder de la elección ante el escenario constrictivo. Para Butler “el sexo y la verificación perceptiva de dicho sexo; la etnicidad y la categorización de dicha etnicidad” (Butler, 2004:14) fungen como encarnaciones de valores sociales que crean distinciones entre los acreditables y los desacreditables.

De modo que a través de estas experiencias mi interés estriba en aportar un panorama sobre las distintas formas que adquiere el estigma para enlazarlo con la postura siguiente: ciudadanía sexual.

ii. CIUDADANÍA SEXUAL

Considero pues, que en virtud de haber vivido una experiencia directa con la ficha y el baile, me adscribo a la postura manejada por investigadoras como Salinas (2016), quien a través de su trabajo previo como bailarina erótica, destacó la importancia de evidenciar el problema que reside en la invisibilidad que omite a las mujeres trabajadoras sexuales como sujetas de derecho, a quienes además de ser ajenas al reconocimiento de sus derechos sexuales se les infravalora socialmente; situación que genera y promueve el desinterés por parte de las instituciones, de los propietarios, y demás ámbitos que articulan un sistema que vulnera los derechos laborales, de salud, y otros que afectan la calidad de vida de las mujeres trabajadoras del comercio sexo-erótico.

La ciudadanía sexual entonces, es una postura que destaca el urgente reconocimiento de los derechos sexuales y laborales de las mujeres ficheras/bailarinas a través del desarrollo e implementación de políticas públicas adecuadas que promuevan “la posibilidad de llevar una vida digna como cualquier trabajador potenciando” (Villa, 2010 citado en Salinas, 2016).

En cuanto al cuerpo, Butler (2002) pone en cuestión la idea del cuerpo como individualidad o como pertenencia exclusiva de quien lo habita, pues no podemos negar la dimensión pública que lo constituye a su vez como fenómeno social. Por lo tanto, Butler menciona que “la autonomía corporal, sin embargo, es una vivaz paradoja” (Butler, 2002:40) ante la cual no debemos dejar de reivindicar por la vida digna.

Cierro con las palabras de la autora para enfatizar la importancia del reconocimiento de la ciudadanía sexual:

No se trata de un problema de índole moral, sino de derechos humanos y de acceso a condiciones laborales dignas que permitan a la trabajadora el ejercicio de derechos que tienen que ver con la regulación de sus condiciones laborales, de tal manera que la

posibilidad de explotación sea eliminada o reducida al mínimo; el trabajo en entornos seguros; la vida libre de estigmas; el no ser nombrada ni definida a partir de su oficio; el poder pronunciarse a partir de este oficio cuando esto se considere necesario y, en resumen, poder vivir del *tabledance* sin que esto comprometa el reconocimiento a esos derechos que se desprenden de su calidad de ciudadana, independientemente de la naturaleza del trabajo a través del cual se establezca su participación social (Salinas, 2016:70).

Finalmente, concluyo que las vetas de análisis como la vida cotidiana, la estigmatización y en general los derechos laborales, quedan abiertas ya que cada una requiere de un desarrollo exhaustivo y contribuyen de manera importante con la postura de la ciudadanía sexual en el comercio sexo-erótico. Asimismo, en esta ocasión sólo me dediqué al grupo de mujeres ficheras/bailarinas de un centro nocturno específico. No obstante, la diversidad de actores inmersos en este tipo de comercio vive de maneras distintas su respectivo contexto laboral y las trayectorias biográficas que los han situado en este campo de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, Marc

1992 *Los no lugares: Espacios del anonimato*. Gedisa. Barcelona, España.

Ayuntamiento Municipal del Municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

1996 Reglamento para el control del ejercicio de la prostitución en el municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Blanco, Mercedes

2012 "Auto-etnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos"

Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 9, núm. 19, mayo-agosto, 2012, pp. 49-74

Bourdieu, Pierre

1998 *La dominación masculina*. Anagrama. Barcelona.

1999 *Meditaciones pascalianas*. Anagrama. Barcelona, España.

2006 *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI. Buenos Aires, Argentina.

Bourdieu, Pierre; Wacquant, Loïc

1995 *Respuestas por una antropología reflexiva*. México. Grijalbo.

Bronfman, Mario, René Leyva y Mirka Negroni

2004 *Movilidad poblacional y VIH/SIDA, contextos de vulnerabilidad en México y Centroamérica*. Cuernavaca: Instituto Nacional de Salud Pública.

Bronfman, Mario; Sergenovich, Gisela

1998 *Migración y SIDA en México y América Central: Una revisión de la literatura*. Ciudad de México: Consejo Nacional para Prevención y Control del SIDA.

Butler, Judith

1988 "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory". *Theater Journal*. vol. 20. núm. 4. pp. 519-531.

2004 *Deshacer el género*. Paidós. España.

Cancino, Marco Antonio

2016 Reglamento para Vigilancia, Control de Horarios y Días de Funcionamiento de Establecimientos dedicados al Almacenamiento, Distribución, Venta y Suministro de Bebidas Alcohólicas en el Municipio de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Crossley, Nick

1995 "Body techniques, agency and intercorporeality: on Goffman's relation in public". *Sociology*. 29(1). pp. 133-149.

Cruz, Tania

2011 "Racismo cultural y representaciones de inmigrantes centroamericanas en Chiapas". *Migraciones Internacionales*. 6(2). pp. 134-157.

Deleuze, Gilles

2014 *El poder: Curso sobre Foucault*. Tomo II. Cactus.

Doxrud, Jan

2015 Karl Marx (7, El Capital): Revolución Industrial y maquinismo. Liberty and Knowledge. Disponible en: <http://www.libertyk.com/blog-articulos/2015/11/25/karl-marx-7-el-capital-revolucin-industrial-y-maquinismo-por-jan-doxrud>. Consultado el 25 de abril de 2018.

Escalona, José Luis

2014 "Espacios traspuestos. Haciendo etnografía entre el campo y la ciudad". *Entre Diversidades*. Año 1 núm. 2. pp. 175-205.

Federicci, Silvia

2015 Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Tinta limón.

Fernández, Carmen

2009 "Experiencias de mujeres migrantes que trabajan en bares de la frontera Chiapas-Guatemala". *Papeles de Población*. 173-192.

Foucault, Michel

1986 *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Siglo XXI. México D.F.

2008 "Topologías". *Fractal*. vol. XII. núm. 48. pp. 39-40.

2010 *El cuerpo utópico: Las Heterotopías*. Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.

Galeano, Eduardo

2008 *Espejos: Una historia casi universal*. Siglo XXI. España.

Goffman, Erving

1959 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu. Buenos Aires.

1963 *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu. Paraguay.

1977 "The arrangement between the Sexes". *Theory and Society*. 4(3). pp. 301-331.

Harvey, David

1996 Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia. Traficantes de sueños. Ecuador, Quito.

Lamas, Marta

2014 "Prostitución ¿Trata o trabajo?" *Nexos*. vol. XXXVI núm. 441. pp. 55-62.

2016 *El fulgor de la noche: El comercio sexual en las calles de la Ciudad de México*. Océano. México.

Lara, Luis

2010 *Diccionario del Español de México*. Vol. II. Colegio de México. México.

Lefebvre, Henri

1974 *La producción del espacio*. Capitán Swing. Madrid.

- Lugones, María
2008 "Colonialidad y género" *Tabula Rasa* núm. 9 julio-diciembre pp. 73-101. Colombia, Bogotá.
- Maldonado, Issa
2017 Tapachula, refugio para migrantes africanos. *Diario Ultimátum*. Disponible en: <http://ultimatumchiapas.com/tapachula-refugio-migrantes-africanos/>.
- Maldonado, Vanessa
2016 *Relaciones entre trata de personas y trabajo sexual en la frontera México (Chiapas)-Guatemala: Distinciones para su análisis*. Tesis de maestría. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Marín, Mónica
2014 *Prostitución y religión: el Kumbala bar y el culto a San Simón en un lugar llamado Macondo de la frontera México Guatemala*. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Mariscal, Ángeles
2013 "Industria Sexual: El camino de las migrantes centroamericanas en México". Expansión en Alianza con CNN. Revisado el 5 de febrero de 2017. Disponible en http://expansion.mx/nacional/2013/03/08/la-industria-sexual-el-camino-de-las-migrantes-centroamericanas-en-mexico?internal_source=PLAYLIST
- Marx, Karl
1975 *Crítica de la economía política*. Libro primero. El proceso de producción del capital. Siglo XXI. México.
- Merleau-Ponty, Maurice
1945 *Fenomenología de la Percepción*. Planeta-Agostini. España.
- Preciado, Beatriz
2002 *Manifiesto contra-sexual*. Opera prima. España
2010 *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en <<Playboy>> durante la guerra fría*. Anagrama. Barcelona.
- Quijano, Aníbal
2000 "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América latina" en *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. 201-246. CLACSO-UNESCO 2000, Buenos Aires.
- Ramos, Baltasar; Pérez, María
2009 *Militarización y trabajo sexual en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas*. San Itzamná-Tezcatlipoca. México.

Rivera, Carolina

2014 Capítulo 2. “Niños, niñas y adolescentes centroamericanos en el mercado laboral de la frontera Guatemala-México: hacia la evidencia de una presencia encubierta y simulada”. En Carolina, Rivera coord. (2014). *Trabajo y vida cotidiana de centroamericanos en la frontera suroccidental de México*. Casa Chata. México.

Salinas, Claudia

2016 “Estigma, subjetividad y ciudadanía sexual en mujeres mexicanas bailarinas de *table dance*”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*. 2(4). pp. 46-75.

Scribano, Adrián; De Sena, Angélica.

2009 “Construcción de conocimiento en Latinoamérica: algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación” *Cinta Moebio* 34:1-15.

Suazo, Marcela

2011 Prólogo. En Leyva, René y Quintino, Frida (2011). *Migración y salud sexual y reproductiva en la frontera sur de México*. Instituto Nacional de Salud Pública, México. pp. 17-20.

The Playboy Club

1960 Playboy Bunny Manual. Disponible en: <http://www.explayboybunnies.com/history/bunnymanual/bunnymanual3.html>. Consultado el 2 de mayo de 2018.

Vallverdú, Jaume

2005 “Violencia religiosa y conflicto político en Chiapas, México”, *Nueva antropología*. vol. 20 núm. 65.

Vergara, Carlos

2013 “Gentrificación y renovación urbana. Abordajes conceptuales y expresiones en América Latina”. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. vol. 33 núm. 2. pp. 219-234.

Villalobos, Joaquín

2014 “El infierno al sur de México”. *Nexos*. vol. XXXVI núm. 441. pp. 32-53.

Wacquant, Loïc

2000 *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI. Argentina.

Zarco, Ángel

2009 *Migración y trabajo sexual indígena en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Implicaciones en salud sexual y reproductiva*. Tesis de maestría. CIESAS. México.

Zúñiga, Magda

2013 *La casa chica en Chiapas. Una aproximación antropológica*. Juan Pablos. México.